Tim Guénard

Más fuerte que el odio

Cómo escapar de un destino fatal y convertirse en un hombre feliz a pesar de la desgracia

RESILIENCIA/TESTIMONIOS

13

El esperanzador testimonio de Tim Guénard ha causado una enorme conmoción en Francia, donde se han vendido más de 300 000 ejemplares de su libro.

Su nombre es Tim Guénard y este libro es el relato de su vida. Ha necesitado años de silencio y de amor para poder decirlo casi todo. Ha vivido lo que cuenta en estas páginas. Este libro no es pues una novela, sino el vigoroso testimonio crudo, enternecedor de una vida herida por un destino terrible.

Tim fue un niño con el corazón y el rostro destrozados. Un patito feo. A los 3 años, su madre le ata a un poste de la electricidad y lo abandona en medio del bosque. A los 5, su padre le propina una brutal paliza, que lo desfigura. Atendido en el hospital en el que ha ingresado para iniciar una larga reeducación, apenas sabe hablar. A los siete años, entra en un orfanato, sufre el maltrato institucional, el desprecio, el aislamiento afectivo y acaba en la «casa de los locos». En el reformatorio, aprende a pelearse. En un mundo gobernado por la humillación, su violencia se convertirá en su único orgullo; la venganza, en su única dignidad. Sólo el odio le mantiene en pie. Tiene doce años…, y la fatalidad le arrastrará a la fuga, al robo, a la pelea, a la violación y a la prostitución. Carne de cañón.

Sin embargo, diversos factores determinantes de la resiliencia, el encuentro con algunas personas con las que establece un fuerte vínculo afectivo, la sensibilidad artística y una innata capacidad de superación, el amor y el perdón, detendrán la rueda de este viaje en caída libre hacia la nada.

Tim Guénard

Más fuerte que el odio

Título original: *Plus Fort Que La Haine*
Tim Guénard, 2000
Traducción: Tomás Fernández Aúz & Beatriz Eguibar, 2002

-

Revisión: 1.0

Este libro
es para aquellos que arrastran una memoria herida,
para quienes no logran perdonar,
para quienes sufren y claman por una esperanza.

ADVERTENCIA

He necesitado años de silencio y de amor para poder decirlo casi todo.

He vivido lo que cuento en estas páginas. No es una novela. Deberán perdonarme el estilo a veces demasiado coloquial de estas líneas, pero no tengo costumbre de escribir. Prefiero decir.

Con el fin de no comprometer a ciertas personas, he cambiado voluntariamente los patronímicos y los nombres de lugares. Es la única alteración de la verdad que me he permitido.

Deberán perdonarme también que no haya sido siempre exacto con las fechas. He vivido varias vidas en una. A veces los recuerdos se superponen. No importa. Tengo la edad de mi esperanza.

Por pudor, he ocultado también lo que no podía hacerse público y tenía que ver con la estricta intimidad.

Me he callado para no congelar la imagen de determinadas personas en el daño que me causaron. No quiero impedir que cambien. Tienen derecho a sorprenderme.

Sólo he hablado tras la muerte de mi padre, por respeto hacia ese hombre a quien quise matar y al que aprendí a querer en el momento en que franqueaba las puertas del Gran Umbral.

Descanse en paz.

PREFACIO

Mi vida está tan magullada como mi cara.

Sólo en la nariz tengo 27 fracturas. De ellas, 23 provienen del boxeo, y cuatro de mi padre.

Los golpes más violentos los he recibido de quien debería haberme tomado de la mano y decirme «te quiero».

Era iroqués. Cuando mi madre le abandonó, el veneno del alcohol le volvió loco. Me dio palizas de muerte antes de que la vida prosiguiese el juego de la masacre.

He sobrevivido gracias a tres sueños: lograr que me expulsaran del correccional en el que me habían ingresado —una hazaña nunca consumada hasta entonces—; convertirme en jefe de pandilla; matar a mi padre.

He realizado estos sueños. Excepto el tercero. Faltó el canto de un duro…

Durante años, la llama de la venganza me hizo vivir.

En la prisión de mi odio me visitaron personas habitadas por el Amor e hicieron que me arrodillara en el corazón. Debo la vida a quienes la sociedad rechaza, a los achacosos, a los lisiados, a los discapacitados, a los «anormales». Les debo la vida y una formidable lección de amor. A ellos les dedico este libro. Me han permitido renacer.

Este reencuentro inesperado con el Amor conmocionó mi existencia.

Hoy en día vivo en una gran casa clara, en las colinas de Lourdes, con Martine, mi mujer, y con Églantine, Lionel, Kateri y Timothée, nuestros hijos. Y además algunas personas que están de paso y que hacen un alto en nuestra casa antes de seguir su camino.

Esta mañana he plantado mis colmenas en la pendiente del monte. Mañana me las llevaré a otro lado, hacia otras flores, otros perfumes. Saboreo el silencio de las colinas que me llevan en su galope hacia el horizonte.

Una abeja revolotea a mi alrededor, zumba junto a mi cara, vuelve a la flor, cargada de polen. Su vida está pautada como una partitura. Hace sonar las notas de su herencia, las órdenes seculares que le transmite su código genético. La abeja, como todo animal, no puede cambiar nada en su comportamiento programado.

El hombre sí.

El hombre es libre de alterar por completo su destino para lo mejor o para lo peor.

Yo, hijo de alcohólico, niño abandonado, he hecho marrar el golpe a la fatalidad. He hecho mentir a la genética. Ése es mi orgullo.

Mi nombre es Philippe, y me llaman Tim, porque mi nombre iroqués es Timidy. Significa «señor de los caballos». Mi memoria herida fue más difícil de domar que un pura sangre salvaje.

Guénard podría interpretarse como «firme en la esperanza». Siempre he creído en el milagro. Esa esperanza que nunca me ha faltado, ni siquiera en lo más negro de la noche, se la deseo hoy a todo el mundo.

He heredado de mis antepasados indios la ausencia de vértigo. Sólo temo un abismo, el más aterrador, el del odio hacia uno mismo.

No tengo más que un miedo, el de no amar lo suficiente.

Para ser un hombre se necesitan cojones. Para ser un hombre de amor hay que tenerlos aún más grandes.

Tras años de combate, enterré el hacha de guerra con mi padre, conmigo mismo y con mi pasado.

A veces cojo el volante de mi vieja camioneta y me voy, cuando me lo piden, a contar una parte de mi caótica vida. Voy por los alrededores, o a veces más lejos, ya sea en Francia, o en el extranjero, a los colegios y a las cárceles, a las iglesias y a los tribunales, a los estadios y a las plazas públicas…

Doy fe de que el perdón es el acto más difícil de plantear. El más digno del hombre. Mi combate más hermoso.

El amor es mi puño final.

De ahora en adelante camino por la senda de la paz.

TRES AÑOS
ABANDONADO EN UNA CUNETA

No me abraza, no me dice «hasta luego». Nada, ni una palabra. La mujer se aleja. Lleva unas botas blancas… Tengo tres años y mi madre acaba de atarme a un poste de la electricidad en esta carretera rural que no lleva a ninguna parte.

Regresa a su coche, aparcado junto a la cuneta. Se aleja. Desaparece. Ya no veo más que la niebla. Tiendo los brazos. Estoy solo. La noche invade el bosque, y sus monstruos salen de la sombra.

Es el único recuerdo nítido que conservo, siendo niño, de mi madre. Una espalda que se aleja y unas grandes botas blancas. Alguien que se va…

Me parió a la edad de 16 años y me abandonó tres años más tarde, el día en que se unió al nuevo hombre de su vida. Yo ya no ocupo ningún lugar en su existencia.

Los gendarmes me encontraron de madrugada, congelado, aterrorizado. Me llevan otra vez a casa de mi padre. No tengo ni idea de cómo encontraron su rastro, yo he perdido el habla.

Mi padre pertenece al cuerpo de guardia de una embajada de París. Es un hombre delgado e inmenso como un haya, de nariz aguileña y el pelo negro de sus antepasados.

Este atleta silencioso no puede negar su sangre india. Tiene una fuerza poco común. Su energía se desencadena de golpe, terrible, como un rayo o un arco que se dispara.

Mi abuela me contará haberlo visto un día en un bar encajando

las burlas sobre su raza que le lanzaban tres imbéciles mirlos blancos, sin decir nada, sin siquiera una crispación en el rostro. Cuando uno de los blancos le rozó la manga para provocarle, se vio en el suelo, junto con sus compinches, grogui, en menos tiempo del que hace falta para contarlo. Y mi padre, con los codos apoyados en la barra, pedirá otra cerveza como si acabara de desempolvarse el hombro o de deshacerse de un mosquito.

Es hijo de un señor de la guerra a quien no conocí y cuya sangre corre por mis venas. Estoy orgulloso de mi abuelo. Durante la Segunda Guerra Mundial este artista indio se alistó en las fuerzas canadienses como piloto de caza. Hecho prisionero por los nazis, éstos le tomaron por judío, pues estaba circuncidado. Le enviaron a un campo de concentración en Alemania. Honrado con esta equivocación, el iroqués nunca quiso desengañar a sus verdugos. Murió unos meses antes de que terminara la guerra, después de tres años de tratos inhumanos. Mi abuela recibió únicamente estas pocas palabras: «Me siento orgulloso de morir con mis hermanos judíos».

Aquella mujer valerosa nunca llegó a creer en la muerte del hombre al que amaba apasionadamente, y a quien apodaba «Mano de oro». En un campamento de chabolas de un barrio de extrarradio del norte de Francia, antiguo depósito de municiones, sacó adelante ella sola a sus trece hijos, a los que se sumaron dos criaturas de una de sus hijas, fusilada por hechos relacionados con la Resistencia. No cobró su pensión de viuda de guerra hasta cinco años después de la liberación, pero la cobró en dólares… Ese dinero le permitió comprar unos terrenos que repartió entre sus hijos.

Mi padre, también canadiense, sirvió en los comandos de la infantería de marina estadounidense durante la guerra de Vietnam. Salvó de la muerte a su teniente, y éste no olvidó aquel gesto. Convertido en diplomático muchos años más tarde, le confió su protección inmediata.

Mi padre tiene un punto débil en su coraza. La marcha de mi madre le derriba en plena carrera, como una descarga de ametralladora. Se derrumba. No ha visto venir el golpe.

Inestable, imprevisible —bebe cada vez más—, mi padre me confía a una de sus hermanas, que vive cerca de su casa.

Con esta mujer cariñosa, pruebo por primera vez la dicha de ser amado. Aprendo a sostenerme sobre las piernas y más tarde a

andar, a acariciar el tronco de los árboles, confidentes de mis secretos. Y también a soñar ante los tapices de la Edad Media. La sangre de mis antepasados guerreros bulle al ver esas furiosas cabalgadas, esas feroces peleas. Esta felicidad, esta suave anestesia, no es más que un paréntesis demasiado breve.

Unos meses más tarde, mi padre viene a recogerme. Descubro que mi familia ha crecido: vive arrejuntado con una mujer. Ésta parece una matrona italiana: muy morena, de buenas carnes. Tiene cinco hijos. Se han instalado en nuestra casa como si fuera la suya.

—Ésta es tu nueva mamá. Dale un beso, me dice mi padre. Puedes llamarla mamá…

En mi interior todo se atropella. Me niego a decir mamá, pese a que me muera de ganas de volver a encontrar una. Los ojos de esa mujer son tenebrosos como el fondo de un sótano. No percibo en ellos ninguna luz de amor. Me abraza pellizcándome la parte alta del brazo con una sonrisa de anguila, hipócrita y resabiada.

Sé que nunca será mi madre. Se ha hecho con el corazón de mi padre, pero jamás sustituirá a la que me llevó en su seno. La que me dejó una tarde, al borde de una carretera, y me dio la espalda con sus altas botas blancas. Nunca comprendí por qué.

CUATRO AÑOS
EN LA CASETA DEL PERRO

Me alojo en casa de mi falsa familia, como con ellos, duermo con ellos. No vivo con ellos. No soy más que un extraño. Me tratan como a un parásito indeseable.

Por la tarde, espero a mi padre como al Salvador. Espero su regreso con una impaciencia que no consigo disimular. Estoy al acecho de sus pasos en la escalera. La llave en la cerradura abre para mí las puertas de la esperanza. Me vuelvo hacia la poderosa silueta. Todo mi ser mendiga en silencio una mirada, una sonrisa. En vano. Se precipita hacia mi falsa madre, mis falsos hermanos, mis falsas hermanas. Los abraza, los mima, los manosea. Es como si quisiera herirme, vengarse de mí y decirme: «¡Esto es lo que no tendrás! Me recuerdas demasiado a tu madre, esa mujer a la que no supe conservar ni hacer feliz».

Soy el recuerdo del amor desengañado, la evocación del fracaso conyugal, el signo del honor perdido. Soy su remordimiento viviente.

Mi falsa madre percibe ese resentimiento hacia mi persona. Triunfante, vomita:

—¡Tu bastardo ha vuelto a hacer hoy de las suyas!

Se gira hacia mí, por fin, pero no es para estrecharme entre sus brazos. La esperanza se convierte en pesadilla. Sus ojos se pueblan de rayos. La fiera ruge y salta. Recibo mi paliza mordiéndome los labios para no gritar con la violencia de los «París-Brest» —así es como llama mi padre a los guantazos— ¡Zas!, ¡zas! y ¡zas!

Durante la tormenta, mi falsa madre sonríe. Lo saborea. Estoy de más en su corral, no soy más que un patito cojo. Es buena con sus

hijos, pero yo no pertenezco a su nidada.

Cuando mi padre se ausenta durante varias semanas, ella me expulsa al patio, detrás de la casa, durante tardes enteras. En ese espacio que es como un «trastero», ceñido por un gran muro de ladrillo como el de una prisión, encuentro objetos conocidos. Mis compañeros de exilio son unas bicis roñosas, una carretilla rota y un tonel tumbado con una cadena. En un extremo de la cadena, una perra braco de color marrón y blanco. Mi amiga Simia.

En medio del patio, dominándolo todo, hay un enorme barreño. Los hijos de la madrastra lo hacen rodar para meterlo en la cocina y lavarse allí, calentitos, cuando suena la hora del baño. Una vez que han terminado de restregarse, su madre, con la ayuda del hijo mayor, saca la bañera llena y me grita:

—¡Sucio bastardo, lávate!

El agua está sucia y helada. No tengo más remedio que zambullirme en ella, incluso en invierno, temblando. Mis hermanastros, por su parte, me hacen burlas detrás del cristal de la ventana mientras comen chucherías y chupetean pirulís de colores. Veo sus sonrisas y sus muecas a través del vaho. Yo me quedo fuera tiritando hasta que vengan a buscarme. Sentiré este frío en mi cuerpo hasta la edad de catorce años. El escalofrío me ha calado hasta la médula de los huesos.

A veces, tengo tanto frío que voy a refugiarme, completamente desnudo, en el cubil de Simia. Mi amiga la perra chilla para protestar, para recordar a los hombres que no deben tratar así a una de sus criaturas.

Quiero a esta afectuosa perra braco. Ella también recibe una tunda periódicamente. Es algo que crea una complicidad. Tengo la impresión de que me comprende. Lloriquea suavemente en cuanto me siento en el barreño helado y me anima: «Venga, Tim, ánimo, estoy contigo». Sus lamentos ponen nerviosa a mi madrastra. Se precipita al patio para pegar a Simia y de paso sacudirme el polvo a mí, llamándonos sucios bastardos. Somos de la misma raza, Simia y yo. Esta perra es mi primera amiga.

Desde que mi madre se marchó, mi padre bebe una enormidad. Cada vez más. Cuando entro en su campo de visión, sus ojos muertos abandonan su fijeza de zombi. El simple hecho de verme prende la mecha de la bomba. Levanta su inmenso cuerpo, con un

jadeo de leñador, y se me echa encima, cada vez con mayor violencia, sin tener necesidad de coartada. Tengo que esconderme para no provocar su explosión.

Sin embargo, cada tarde, aún sigo esperando que me coja en sus brazos. Espero desesperadamente. No puedo renunciar a la única imagen que puede permitirme sobrevivir.

Durante el fin de semana, cuando mi falsa familia se va al campo, mi padre me encierra en el sótano. Como me niego a bajar esa empinada escalera, él me empuja con una embestida. Caigo rodando sobre los escalones de piedra hasta el fondo de ese antro negro y húmedo. La puerta se cierra dejando la luz fuera. Ahí, sonado, me quedo tirado sobre esa tierra fría, respirando el olor fétido del moho y la humedad, también el tufo de orines y mierda, porque una minúscula abertura da al patio, justo detrás de la perrera de Simia. Me levanto y deslizo la mano por el agujero. La perra viene a lamerme los dedos, gimiendo. Nos hacemos compañía durante esas interminables horas de tedio.

Cuelgo en las paredes oscuras de mi prisión los retratos imaginarios de tres personas que me prodigan felicidad y ternura: mi tía, mi abuelo materno, al que adoro, y mi abuela paterna. Mantengo con ellos interminables soliloquios, eliminando con todo cuidado la menor mota de polvo, la más pequeña sombra que pudiera empañar el brillo de mis soles interiores.

También les echo la bronca. Les reprocho que me dejen en casa de mi padre. Les grito en mi noche: «¡Venid a buscarme, venid a buscarme, llevadme con vosotros!».

A veces, mi abuela paterna viene a hacerse cargo de mí por un día. Es amable y alegre, me mima como una abuela. Me compra ropa, zapatos de charol y regalices. Pero las horas pasan y yo me enfurruño al pensar que nuestro idilio se acaba. Ella no comprende la razón de mi aspecto huraño. Por la tarde, me vuelve a llevar a la casa. Mi padre me agarra por el brazo, y yo grito:

—¡No, no, abuelita, llévame contigo, llévame!

Me gustaría tanto quedarme con ella. Se va sin mí. No puedo decirle que su hijo me pega. Me quedo a solas con mi secreto.

Hasta el día en que un amigo de la familia viene a beber un vaso de vino a casa. Mi padre ya está borracho. Cuando quiere darme mi zurra cotidiana, el hombre se interpone. Loco de rabia, mi padre le

asesta una cuchillada, y el amigo, ensangrentado, consigue darse a la fuga. Se marcha volando al hospital.

Al día siguiente, una señora llama a la puerta. Dice que quiere verme. Mi falsa madre se niega. La señora insiste con una autoridad tranquila. Termina amenazando a mi madrastra con sanciones graves. Ésta cede y me llama. La señora me invita y vamos a dar un paseo juntos. Es guapa y dulce. Sin embargo, tengo miedo. Me lleva a un café, me invita a un chocolate caliente y me hace muchas preguntas sobre esa familia, sobre mi padre, si es amable, cómo se ocupa de mí. Contesto sin mentir, pero sin decir toda la verdad. No me creería.

Después, la amable señora mira su reloj y se levanta para llevarme de nuevo a la casa. No quiero, me agarro a ella: «quiero quedarme con usted». La señora me explica que es asistenta social y que va a hacer algo para que no vuelvan a pegarme. Yo la creo.

Tan pronto como se cierra la puerta, mi padre me grita:

—¿Qué le has dicho?

Coge un palo y pega, pega, pega. Me derrumbo. Las piernas me duelen atrozmente. Ya no me sostienen. Sigue pegando, aullando.

—¿Me oyes? ¿Qué le has dicho a esa buscona? ¡Pum!, ¡pum!

—¡Eh! ¿Qué le has dicho a esa zorra?

¡Zas y zas! La cabeza se me va. Sigo creyendo en la señora. Sin embargo, nunca debería haberme dejado sólo. No digo ni una palabra a mi padre. ¡Pum! ¡Recibo tantos París-Brest que se podría llegar a la luna con tantos kilómetros de mamporros!

Después, estando en el suelo, me agarra por la camisa y me lleva como un saco, abre la puerta del sótano y me manda a paseo escaleras abajo gritando:

—¡Sucio mocoso, cierra el pico o te voy a…!

No oigo el final de la frase. Caigo en picado al agujero negro. Vuelo planeado. Despachurramiento en el aterrizaje.

Unos segundos más tarde —¿o varios minutos?, no lo sé—, salgo de la negrura y oigo gritar a mi madrastra en la bruma de mi cráneo:

—¡Sube, bastardo! ¡Venga, sube!

No puedo. No puedo ni moverme. En la caída me he roto la mandíbula y la nariz. Tengo las piernas rotas. La mala mujer baja las escaleras y me golpea a su vez.

—¡Venga, muévete, sube, bastardo, sube!

¡Pum, pum! Me arrastro, escalando cada peldaño como una babosa. Zas, zas en mi espalda, a cinturonazos. Ya no siento las piernas.

La cabeza me da vueltas. Una vez en lo alto veo a mi padre de pie, inmenso. Su huracán de violencia se abate sobre mí. Un fuerte puñetazo me revienta un ojo, después un guantazo en el costado derecho, ya cubierto de hematomas. Una torta tan fuerte que el oído me estalla con un crujido. Crac. La noche. El agujero negro.

De lo que sigue no me acuerdo.

Esa tarde es mi cumpleaños. Tengo cinco años.

A modo de regalo, mi padre me ha hecho ver las estrellas. Después ha apagado la luz.

CINCO Y SEIS AÑOS
SILENCIO, HOSPITAL

Emerjo de la noche del coma tres días más tarde.

Me despierto en una habitación clara. ¿Dónde estoy?

No puedo moverme. Mi cuerpo está completamente inmovilizado.

Hay un rostro muy cerca del mío. Sonríe. Lo reconozco después de algunos segundos. Es la asistenta social. Me mira con dulzura. No consigo estar resentido con ella por haberme abandonado en el ojo del ciclón. Ha mantenido su palabra.

Dice:

—Estás en el hospital, no te inquietes, no volverás a tener miedo.

Esta frase me ha quedado grabada como un enigma. ¿Quién puede prometer: «No volverás a tener miedo»? El miedo es un trépano. Penetra en el cuerpo, en el corazón, en el alma, perfora y traspasa cada una de las células. No se elige tener o no tener miedo. Surge de improviso y se te aferra a la garganta.

—Nunca volverás a tener miedo, repite.

Sólo la creo a medias. El bastardo escaldado del agua fría huye.

Le hago una pregunta extraña:

—Y mi padre, ¿ha muerto?

La señora responde:

—No, se le ha privado de su patria potestad.

Durante años, declararé a quienes me interroguen sobre mi padre que se le ha privado de su patria potestad sin saber lo que estas palabras significan, prefiriendo la vaguedad de la ignorancia a una verdad demasiado cruel.

Voy a quedarme más de dos años y medio entre las cuatro paredes

de esta cama de hospital. Un médico me explica que me han dejado las piernas trituradas y que hay que recomponerlas como las piezas de un rompecabezas. Eso va a necesitar meses de paciencia y varias operaciones. Después deberé aprender a andar de nuevo con esas piernas remendadas.

Mi cuerpo está hecho trizas. Mientras estaba en coma, mi padre me quemó la mano y me abrió la frente de una cuchillada. Estoy roto por todas partes, amarrado a la cama con perfusiones por todas partes. Todos los días, inyecciones. Inmóvil, acostado de la mañana a la noche en un dormitorio de cuatro camas. La asistenta social espacia cada vez más sus visitas. Al final, dejo de verla por completo. Lo comprendo, tiene otros niños sin filiación de los que hacerse cargo.

No hablo con mis vecinos de habitación, otros chavales de mi edad. Tengo pocas palabras en mi reserva de vocabulario y no quiero contarles que ha sido mi padre quien me ha enviado a esta prisión blanca.

Mis únicas compañeras son las moscas. Andan zumbando a mi alrededor. Las sigo con la mirada, juego mentalmente con ellas. Me imagino que las domo, que cabalgo sobre su lomo y que exploramos —que exploro, yo, el señor de las moscas— países misteriosos tratando de escapar a las trampas mortales que tienden los hombres.

Los demás niños reciben visitas. Yo, una sola, la de la enfermera de las inyecciones. Atornillado a mi somier, grabo de reojo su felicidad con mi cámara interior. Les abrazan, les miman, les ofrecen regalos. Mi corazón no se pierde una migaja. Hago *zoom* lleno de felicidad. Es mi «tele» favorita.

Tras dos años de hospitalización, empiezo a poder mover la parte superior del cuerpo. Mis temores disminuyen, mis pesadillas se calman, mis terrores nocturnos se van espaciando. Sueño con menos frecuencia con mi padre abriendo la puerta y abalanzándose sobre mí, con la habitación que se vuelve de color rojo sangre, y con el velo negro que cae sobre mí.

Empiezo incluso a construir otro sueño, esta vez despierto, un sueño tan maravilloso como un juguete: mi enfermera de las inyecciones entra en la habitación y me anuncia una visita. Hace una seña a alguien que está en el pasillo, alguien que entra en mi

habitación. Es mi padre, inmenso y magnífico. Va bien vestido, y tiene un corazón nuevo, lo leo en sus ojos. Se acerca a mi habitación para darme un beso. Sus ojos brillan. Me toca, y el contacto de su piel es la más dulce de las caricias.

Cuando esas imágenes se apoderan de mí, no puedo evitar girar la cabeza hacia la puerta.

Se abre. Entra la enfermera.

—Es la hora de la inyección, dice.

Un día, el chico que está justo a mi lado, un chaval al que llaman Tony, recibe varios regalos por su cumpleaños. Pongo en marcha mi cámara invisible para no perderme nada de su excitación. Precipitadamente, deshace los envoltorios, que caen al suelo. Uno de esos papeles resbala hasta mi cama. Me hago con él discretamente y lo escondo en mi pijama. Me convierto en ladrón de papel de regalo.

Al caer la noche, me descuelgo fuera de la cama. Repto silenciosamente por el suelo. Al llegar al pasillo, me agarro al pasamanos situado a lo largo del muro. Avanzo como un alcohólico, titubeando. Una vez al final de la barandilla, me desplomo. Me arrastro como una babosa hasta los váteres y me encierro a cal y canto. Allí, por fin, saco el papel que llevaba disimulado bajo la chaqueta del pijama y lo contemplo con libertad: es más hermoso que el cielo estrellado, rojo y dorado, sembrado con dibujos de trenes, de alegres duendes y de lentejuelas. Brilla con unos reflejos mágicos que hacen soñar a los niños sin Navidades ni regalos.

Para admirarlo en secreto, todos los días, me obligo a salir de la cama, a serpentear hasta la barandilla del pasillo, a ponerme de pie y a avanzar una pierna después de la otra. Mi recompensa es la pausa de los váteres. Sentado sobre el trono, sin aliento, contemplo mi tesoro a escondidas.

Gracias a este objeto voy a aprender a andar de nuevo y a iniciarme en el dibujo. Me aplico para copiar sus motivos, sus trenes, sus duendes. Me aficiono a los bocetos. Mi enfermera de las inyecciones me regala un lápiz. Me anima, y un día me trae una foto de su perrito:

—¿Quieres intentar pintarlo?

Yo lo reproduzco, orgulloso de mí mismo, así como los motivos

del juego de naipes de Tony. Mis obras son exhibidas en el puesto de las enfermeras, me vienen a felicitar. Consigo varios «encargos». Por fin existo, consigo reconocimiento. Beso mi papel mágico, que me permite tener piernas, me concede enhorabuenas y me revela un talento oculto.

El único bloqueo en mi rehabilitación son las escaleras. Mi obsesión. Los peldaños me dan un canguelo terrible, ya que mi pie derecho sigue insensible. Debo avanzar deslizando la pierna para mantener el pie en contacto con el suelo. Bajo las escaleras marcha atrás, agarrado a la barandilla, mirando fijamente el descansillo para no dejarme invadir por un miedo cerval a caerme de espaldas.

En dos años y medio de hospitalización no recibo ninguna visita, ninguna noticia de mi familia. Estoy sólo en el mundo. No sé si mi padre vive. Prefiero no saberlo.

SIETE AÑOS
EN EL ZOCO DE LOS HUÉRFANOS

Cuando abandono el universo aséptico del hospital, su vida pautada, sus ritos establecidos, donde me he ido tejiendo un capullo protector, tengo siete años y medio. Ando casi con normalidad. Mi ojo derecho está estropeado, tengo una oreja en forma de coliflor, la nariz rota, la frente marcada. Padezco horribles dolores de cabeza que me trituran el cerebro como si estuviera en un tomo de láminas cortantes. Pero ando y sé dibujar.

Para recobrar toda mi movilidad, ingreso en un centro de rehabilitación en la isla de Ré. Me expulsan enseguida, debido a un temperamento excesivamente nervioso. El mismo veredicto y el mismo motivo en Dax. Voy a parar finalmente a una casa de monjas de Arcachon. Estas religiosas de san Vicente de Paúl son pacientes y atentas. Me acuerdo de sus tocas blancas, de la medalla azul que me regala una de ellas, de los paseos por el malecón —los chicos de mi edad compran globos, caramelos; yo no tengo más que agujeros en los bolsillos—, de la fragante sombra de los pinos bajos los cuales me refugio para escapar del ardor del verano, y de la casa de la felicidad. Así es como yo llamo a una gran villa blanca en la que veo a unos niños reír y jugar, correr por la terraza entre el mar y el cielo. Me juro a mí mismo que me casaré, más tarde, cuando sea un hombre, con una chica de aquí. Una chica de la casa de la felicidad…

Recuperado el aplomo, abro entonces otra puerta del mundo de los niños perdidos y sin collar.

Tras un largo viaje en coche, en el que eché hasta la primera

papilla, salgo de mis náuseas frente a una fila de siniestros edificios, poco propicios para aliviar el mareo. Es la Beneficencia pública de una ciudad del norte de Francia. Conducido por una asistenta social, penetro en una de las alas del hospicio. Atravesamos pasillos poblados por personas mayores con ropas que huelen a pis. Unos viejos sueltan unos gritos histéricos. Con mis ojos de chico de siete años bien cumplidos, observo, espantado, ese mundo oculto de hombres y mujeres de otra época, con la mirada perdida.

Una viejecita me agarra el brazo con su mano de venas salientes y grises. Muestra una boca sin dientes, un agujero negro de labios agrietados, y después vomita súbitamente la lengua como una serpiente rosada. Sus ojos globosos se clavan en mí, dispuestos a saltar de sus órbitas.

En medio del pasillo, un viejo sin piernas, inmóvil, con la boca abierta, aparece depositado sobre su silla de ruedas como una estatua. En un recodo, a la izquierda, un hombre de pelo negro e hirsuto se da cabezazos contra la pared, con regularidad, y luego se gira con una risa extraña que le sale de la nariz. El sufrimiento, la angustia de esas vidas que se acaban, amontonadas en desorden, abandonadas en un barullo, me revuelve el estómago.

Entramos en una sala de muros de color ocre.

Hay el mismo olor sofocante a cerrado y a pis, con un tufo a éter. Algunas personas juegan a cartas y al dominó.

Una viejecita me para al pasar. Pone su mano de pergamino sobre mi antebrazo y me ofrece una crema de vainilla. Me mira, con aire inconsolable y la cabeza inclinada sobre los hombros hundidos, con unos ojillos negros que brillan como zapatos bruñidos. Leo la tristeza en sus ojos. Ella clava en mí su mirada, sus ojos se humedecen. Me dedica un gesto con la mano para decirme adiós. La asistenta social tira de mí, disgustada. Me giro por última vez hacia la anciana triste. El silencio la embellece, abuela.

Algunas miradas dan pruebas de ser eternas. Embutidos en nuestros baúles secretos, estos tesoros abandonados habrán de despertarse en los momentos de duda. Jamás olvidaré la extraordinaria y digna belleza de aquella mujer.

En uno de los extremos de un pasillo en forma de herradura, la asistenta social señala un banco de cuero granate, junto a una inmensa escalera:

—Siéntate aquí.

Ya hay otro chico sentado. Me pregunta:

—¿Te han metido con los locos?

Hace girar un dedo sobre la sien, y suelta una risa pastosa.

Se burla de ellos, me duele.

Vuelve la asistenta. Mi compañero me lanza una mirada inquieta. Frunce los ojos y hace un ruido de fuelle con la boca. Me entra miedo. ¿Qué quiere decir? Se abre la puerta, la señora me habla en voz baja y hay otra que asiente con la cabeza mientras me observa con severidad. Ésta última me da un número que contiene mi fecha de nacimiento y la cifra de mi provincia de nacimiento. Me desnudo. Me vacunan. Después me rapan el pelo, me aplican un producto que tiene un olor muy fuerte y me envuelven la cabeza con vendas. Parezco un emir del petróleo. «Es para matar los piojos», explica la mujer.

Me hace entrar en una gran sala. Una treintena de niños, con la cabeza rapada, están agrupados en fila. Todos van vestido de la misma manera: con unas bermudas de cuadros, una camiseta lisa y botines. Nos miramos como pasmarotes. Pido permiso para ir a ver a la viejecita de los ojos húmedos. Me lo prohíben. «¡Tú no te mueves de aquí! ¡Y a obedecer!».

Me quitan el disfraz de momia, me ordenan unirme a los demás, al final de la fila, junto a ellos, a lo largo de la gran escalera, al lado de la puerta principal. Es jueves y no hay colegio.

De pronto se abre la puerta. Unos cuarenta hombres y mujeres entran en la habitación. Unos van vestidos de punta en blanco, como si fuera domingo, los demás llevan bolsas de provisiones. Pasan entre nosotros mirándonos de arriba abajo como si fuéramos objetos raros, maniquíes de cera del museo Grévin. Observan, examinan los detalles, de la cabeza a los pies. Los hay muy expresivos —«¡Oh, que mono es éste! ¡Me gusta mucho!»—, y los hay que no manifiestan ninguno de sus sentimientos, estudiándonos en silencio, lanzando de vez en cuando un gruñido de satisfacción a la vista de uno u otro chico. Otros hacen preguntas, y otros fruncen el ceño, apoyando dos dedos contra la mejilla, con una mueca pensativa y entornando los ojos como para imaginar qué aspecto podrá tener ese chico en unos cuantos años. Algunos pasan y vuelven a pasar, como los apostadores antes de una carrera de

caballos, anotando el número que llevamos sobre el pecho.

Estas personas vienen a escoger un niño.

Al mediodía, todo el mundo abandona el lugar tras haber hecho la compra de niños abandonados. Sólo quedan dos niños en la gran sala vacía y desnuda, uno que se llama Christian y yo. Los otros han sido adoptados. A Christian ya le ha tocado esperar dos veces. Sin éxito. Sólo le queda una oportunidad. Me explica las reglas del juego:

—Si no te eligen la tercera vez te llevan a un correccional. Tienes tres oportunidades en total…

Tras un momento de silencio, añade:

—¿Sabes por qué no nos ha cogido nadie?

—Pues, no… No tengo ni idea.

—Es porque no somos guapos. A la gente le gustan los niños guapos.

Es verdad que Christian no es guapo. Y yo debo ser tan feo como él, puesto que no he sido elegido.

Por la noche no consigo dormir. Sueño despierto que una bella señora y un amable señor, bien vestidos, se me acercan y me sacan de la fila: «Ven con nosotros». Me dan la mano, y me veo a mí mismo, entre los dos, cruzando el gran portalón de la Beneficencia, aureolado de luz.

Es un sueño que me impide dormir. Lo evoco a menudo mientras espero el día D de la liberación.

El jueves siguiente, la misma ceremonia, con diez niños nuevos. Yo suscito toda una serie de secreteos y conciliábulos. No resulto elegido. La hermosa señora y el amable señor bien vestidos no han venido. Christian y yo nos quedamos otra vez en la estacada, como esas verduras un tanto estropeadas que los hortelanos no han conseguido vender y dejan en su sitio al terminar las ventas. Somos unos niños apaleados y echados a perder.

Tarde lúgubre. Por la noche, nos volvemos a encontrar solos en el siniestro dormitorio, muy tristes por dentro. Christian ha quemado su último cartucho. Le van a mandar a un correccional. No quiero que me deje, es mi hermano de abandono.

Los demás niños duermen en una cama grande con sábanas limpias, en una hermosa casa, con un papá y una mamá que les tienen en palmitas. Mejor para ellos. Nosotros no hemos ganado en

la lotería del amor. Peor para nosotros.

Al apagarse la luz del dormitorio me entra súbitamente el miedo. Me echo a llorar. Mi padre vuelve para pegarme. ¿Por qué me atrapa este recuerdo atormentado con más fuerza que de costumbre? Aúllo. Me echan agua fría. Yo desgarro las sábanas con los dientes.

—¡Llorón, una meada que te ahorras!, me suelta el vigilante.

Esa noche empiezo a cerrar las compuertas de mi corazón y el grifo de mis lágrimas. Si no quiero morir o volverme loco, tengo que endurecerme.

A la mañana siguiente me muestran a una señora psicóloga. No me observa. Hojea rápidamente el informe y llega a la conclusión de que estoy enfermo. «¿Enfermo de qué?», le pregunto. Espeso silencio. Clavo en ella la mirada. Me siento más bien sano. Ella escribe durante largo rato en una hoja de papel.

—¡El siguiente!, suelta sin una mirada.

Me agarran del brazo y me llevan en coche. No sé a dónde me llevan. De pronto, una idea descabellada me atraviesa. Un relámpago de felicidad. Pregunto a la señora que me traslada:

—¿Me lleva otra vez con mi madre? Ella responde que sí.

Se acabó la pesadilla.

OCHO AÑOS
LA CÁRCEL DE LOS LOCOS

Ella responde que sí.

Esta cabrona miente, ¡y yo que le he creído por un instante!

Es el final del viaje y del sueño. Al final de la gran avenida de árboles no está esperándome mi madre, es el edificio de los locos. Una clínica de internamiento.

El arrebato de felicidad que me ha invadido durante algunos minutos se desinfla de repente como un globo pinchado. En su lugar hay ahora asco y rabia. Ya no confío en nadie. ¿Por qué me ha dicho que sí? ¿Para evitar preguntas incómodas? ¿Para que la dejara en paz durante las tres horas de camino?

El jueves pasado perdí en la lotería del amor. Este viernes he ganado en el bingo de la desesperación.

La vida en la institución empieza mal. Me recibe un hombre siniestro, vestido de azul. Penetramos en el edificio. Oigo alaridos, ahogadas risotadas burlonas. Es un zoo en el que los hombres viven en jaulas. No está abierto al público.

Ese día, un sufrimiento desconocido y silencioso me golpea con extremada violencia. El mundo se derrumba en mi interior. Observo, escucho, espero. Cada segundo, cada minuto, cada hora, cada día que pasa me resulta incomprensible. El hondón de mis miedos crece hasta convertirse en un abismo de vértigo, imposible de colmar. Ese abismo me succiona.

Temo las inyecciones. Los medicamentos apagan poco a poco mi conciencia. Voy hacia atrás, me vuelvo un zombi. En mi cabeza, tengo la impresión de dar vueltas en redondo. Es un giro de radio

muy corto. Hago grandes esfuerzos para no perder el equilibrio, para no hundirme en el desmayo. No quiero tomar sus porquerías, huyo. Los enfermeros me alcanzan, me ponen la inyección a la fuerza.

Girar en redondo durante nueve meses. Mareo vital, mareo del alma. Gritos de unos, gemidos de otros. Aullidos, silencio despavorido. Miradas vacías, posturas fijas, miembros rígidos, andares mecánicos, gestos lentos, voces pastosas. Arañazos en los cristales, resbalar de dedos sobre la mesa, crujidos… Detalles insoportables de cada día que se graban en mí. Contra mi voluntad. Insoportables confidencias de esos hombres, esas mujeres, a los que su familia hace internar para confiscarles una herencia o despojarles de la custodia de un niño. Estas personas denunciadas por un vecino, una esposa, un hijo. Por venganza o interés. A veces por nada. Es lo que esta gente cuenta. ¿Puedo creerles? Es demasiado tarde. La sospecha general de la locura se cierne sobre todos. Destruye la confianza. La comunicación se corta, ya no hay ningún abonado en el número que acabo de marcar. Que cada uno se las arregle como pueda en su camisa de fuerza. Viaje al infierno.

Las cosas cotidianas resbalan sobre mí sin tocarme en realidad, pero no consigo abstraerme lo suficiente de mí mismo para no seguir sufriendo. La anestesia no es total. Lucho palmo a palmo contra la bruma que avanza, que trata de invadirme. A veces, mis ojos se humedecen, se me hace un nudo en la garganta. Cada segundo que se desgrana, interminable, espantosamente largo, está cargado con una amenaza.

Sobrevivo en el miedo al miedo. Se agazapa de día y se abalanza sobre su presa por la noche. Cuando ya estoy acostado, vuelven las imágenes horribles y me dejan clavado en el hondón de la cama con toda su violencia. Por mucho que trate de esconderme, de cerrar los ojos, de gritar en mi fuero interno «¡no, no!», de rechazarlas con todas mis fuerzas, mi pasado me persigue, me da un zarpazo. Mi padre, mi falsa madre, la escalera del sótano, la fila india de los abandonados, el «no somos guapos» de Christian, «Es verdad que no somos guapos», el sí de la mentira, y la casa de locos al final de la avenida de árboles, en vez de mi madre…

Todas las noches, esos monstruos vuelven, se me lanzan al cuello, me despiertan. Me golpeo sin cesar contra mi memoria

dolorida.

No estoy loco. Esta certidumbre, en lo más hondo de mí mismo, me salva de la demencia. Mi única locura es la de ser un niño en el mundo de los hombres. Sólo sueño con un beso, con un abrazo. No espero más que una mano en la que poder deslizar la mía y una mirada tierna que sonría. En mi cabeza, todo funciona a cámara lenta, oigo una voz dulce y grave, un murmullo de amor. Tengo tantas ganas de poder creérmelo: mamá va a venir a buscarme.

Esta locura es tan grande que también me convenzo de que mi padre va a cambiar. Dejará de beber. Será amable, y podré llamarle papá. No se girará hacia mí con unos ojos tormentosos sino con unos ojos primaverales. Tengo tantas ganas de poder creérmelo… Los milagros sólo les ocurren a los demás. Mi locura está dispuesta a borrar las heridas de la vida, a atreverse a soñar lo imposible.

La locura está en mi esperanza, doctor, no en mi cabeza.

Es una esperanza que otros niños y niñas, abandonados como yo, como yo ingresados, alimentan: creen en el milagro. Sostienen: «Mis padres van a venir a buscarme». Y es verdad, tienen razón. Un día, un hermoso día, un hombre y una mujer vienen a buscarles. Qué bonito es ver cómo los que son nuestros hermanos y hermanas en la vida vuelven a una familia.

Al cabo de nueve meses de internamiento, a última hora de la mañana, me llevan a ver al nuevo psiquiatra. Es un señor alto, bien peinado, vestido con gusto. Me mira amablemente y me pide que me siente en una mesita. Me da rompecabezas y me pide que los haga. Lo consigo sin dificultad. Me hace preguntas raras, adivinanzas. Yo le contesto, está tirado. Mientras continúa con su interrogatorio yo me pongo a dibujar. Le enseño mi boceto. Sorprendido, me observa con atención. Le explico que el dibujo es mi idioma secreto. Cuando dibujo entro en el mundo de lo bello y lo desinteresado. Abandono la indiferencia y el desprecio en favor del placer de agradar.

El psiquiatra mira mi dibujo y me da palmaditas en la cabeza, diciendo:

—Eres listo y tienes dotes. Sigue, muchachito, sigue dibujando.

Me dedica una amplia sonrisa y aprieta un timbre. Entra un señor. El médico le pregunta:

—¿Qué hace este niño aquí? ¡Está perfectamente!

El otro esboza un gesto de ignorancia. El doctor me suelta:

—¡Adiós, jovencito!

Y después, pellizcándome suavemente la mejilla:

—No estás enfermo, estás muy bien. Tienes que seguir dibujando.

No tengo ganas de dejarle.

Hace nueve meses, un médico que no me estudió más que unos segundos decretó que estaba loco, que era un ser perturbado, un anormal. Nueve meses después, otro médico me mira, me examina, y decreta que estoy muy bien. El primero ha rellenado la hoja de su informe sin una mirada. El segundo me ha acogido, me ha preguntado con suavidad y atención. Ha tratado de ver en mí más allá de la apariencia. Este hombre no sólo me libera de la casa de los locos, sino, también, un poco, de otra cárcel, de una cárcel interior.

No consigo valorar inmediatamente lo que acaba de pasar. Voy al dormitorio donde recojo algunas cosas, un enfermero me dice que le siga. Me acomodo con él en una ambulancia. Arranca a toda velocidad y acelera, con la sirena aullando, como si yo fuera un herido grave.

Nos detenemos en una casa de la Beneficencia pública. Una señora me ordena:

—Pon tu dedo en este tampón, aprieta fuerte, y ahora ponlo aquí.

Dejo mi huella en un carné. Ya estoy fichado. Ya no soy sólo un número, ya soy un dedo. Hay un avance de humanidad. Un número se puede cambiar, una huella digital no. Es un ejemplar único. Eso no impide que, durante años, nadie me haya llamado nunca por mi nombre, sino por mi número de filiación.

NUEVE AÑOS
LAS GARRAS DE LA NODRIZA

Somos cuatro las personas de la Beneficencia que estamos internados con una granjera. Ella nos acoge por el dinero. Es una mujer mala, codiciosa y fea. Un dragón con el pelo pegajoso y un moño grasiento. Un hada maléfica a la que he de embetunarle las botas todas las mañanas. La odio con todas mis fuerzas, con toda mi alma, más aún debido a que esperé insensatamente su amor.

Por la tarde, la bruja me obliga a dar de comer a los animales, y por la mañana a sacarle brillo a los muebles. Estas exigencias me impiden aplicarme en los deberes, lo que provoca una avalancha de malas notas en el colegio, que a su vez causan una catarata de bofetadas, de zurras… Es un círculo vicioso. Broncas en el colegio, broncas en casa.

Su suplicio favorito es el de forzarme a andar, con las piernas desnudas, en el foso de las ortigas, una zanja que bordea un terreno cercano, obligándome a repetir máximas imbéciles. Por ejemplo: «No hemos ordeñado juntos las vacas, así que no debemos tutear a alguien de nuestra edad», porque acabo de hablarle de «tú» a uno de mis compañeros, tres meses más joven…

Lo que más me indigna es que esta indecente buena mujer se llama a sí misma cristiana. La muy beata me prohíbe comer carne y huevos con la excusa de que no estoy bautizado. Por la misma razón, el suizo, ese guardia de corps de la Iglesia que se pavonea con un traje de carnaval napoleónico mientras tienen lugar las ceremonias, me vigila durante la misa de los domingos y me obliga a bajar la vista para no mirar la hostia en el momento de la consagración. «No eres digno de hacerlo», me dijo un día. Yo bajo la

cabeza e imagino que le planto el pie en los cataplines. Por lo menos las campanillas de los monaguillos tendrían una buena razón para tintinear…

Mi nodriza verdugo me empuja hasta la iglesia. No para descubrir a Dios sino para encerar los bancos y los entarimados. Está obsesionada con la idea de lo
«pulcro-pulcro»
, con que «todo-ha-de-rebrillar», es una maníaca de la cera.

Sufro tanta hambre que una de las mañanas que paso en la faena de los suelos aprovecho la soledad de este templo rural húmedo para abrir el sagrario. Levanto la tapa de un vaso dorado, cojo los redondeles blancos que contiene y me los como. Vacío la copa. Me hincho a hostias.

Sabré más tarde, por personas autorizadas, que están consagradas. Que bajo la apariencia de ese pan pálido y redondo se esconde, en cada una de esas ligeras partículas, toda la humanidad y toda la divinidad de Jesucristo, el hombre Dios venido para reunirse con los hombres. Acabo de hacer, en esta ratería de niño hambriento, lo que llaman la primera comunión. Por ahora, lo desconozco todo de este misterio, del pecado de la gula y de lo que algunos calificarán como blasfemia.

Me doy un atracón de Jesucristo sin saberlo, y ese inocente sacrilegio anuncia sin duda otra hambre, la de ese Dios que es el único que puede curar las heridas de amor y colmar el corazón del hombre.

Vacío los vasos sagrados de su contenido, y después la reserva de la sacristía. Hago una orgía de hostias.

A mediodía, al volver a la granja, mis hermanos de penurias ya están en la mesa. Tengo tanto frío en las manos que no consigo sostener el tenedor. La cabrona me retira el plato:

—Como no quieres comer, peor para ti, te lo volveré a poner por la noche…

Otra tarde que tendré que pasar con la tripa vacía, estoy hasta las narices. El pan de Dios no pesa gran cosa en mi vientre vacío.

¿Fue ese día cuando vino el cura a cenar a casa de mi nodriza? Me sermonea:

—Acuérdate de que no estás bautizado, hijo mío… Si te mueres, ¡no podremos enterrarte en el cementerio de los hombres, nos

veremos obligados a enterrarte con los animales!

Pues lo tengo claro, cura, prefiero ser enterrado con las bestias que con los cristianos. Los animales al menos sí que son agradables.

Me niego a entrar en la Iglesia de esta nodriza católica patentada que me ofrece el infierno en lugar del cielo.

La asistenta social se presenta un día para una inspección sorpresa. La nodriza finge que estoy ausente —oigo a la muy víbora a través de las planchas del entarimado mientras saco brillo al suelo del primer piso—. Bajo, es mi oportunidad. Tengo esperanza de que la funcionaría perciba su mentira, de que detecte que algo falla en esta maldita casucha, pero la hipócrita granjera me pilla en lo bajo de la escalera:

—Ooooh, ¿estabas ahí, Philippe, querido? No lo sabía. ¿Verdad que eres feliz aquí?

Todas las mañanas encero para ella, con todas mis fuerzas, doy lo mejor de mí mismo en ese gesto repetitivo, esperando únicamente una mirada de gratitud, una palabra suya: «Qué bonito es lo que has hecho». Si esa mujer me hubiera dicho una vez, sólo una vez: «Muy bien, qué bonito», creo que habría sido capaz de soltar, pese a su crueldad: «Sí, soy feliz aquí». Nunca me dio más que desprecio.

—¿Eh, Philippe, verdad que eres feliz?

La aviesa santurrona me pellizca la parte alta del hombro, retorciendo la piel. ¡Cualquiera diría que las asistentas sociales tienen mierda en los ojos! No contesto nada, subo los peldaños de cuatro en cuatro. Lágrimas de odio ruedan silenciosamente por mis mejillas.

La nodriza muestra el piso a la inspectora.

… y éstas son las dos habitaciones; cada chico tiene su propia cama.

Tengo ganas de gritar:

—¡No le hagas caso, miente, la muy cabrona, miente! No dormimos ahí. Ésas son las camas para poder cobrar la pensión de la Beneficencia. ¡Dormimos en la granja, sobre unos somieres asquerosos!

Tengo ganas de gritar todo esto y muchas cosas más. No me creerían, y me siento tan cansado.

Ya he intentado suicidarme hace un mes, tirándome de una

inmensa pila de troncos que hay en el bosque cercano. Un leñador murió de esa forma, por accidente. Su muerte me inspiró la idea. Por eso me arrojé desde lo alto de esa pirámide de madera, esperando hallar el sueño eterno en la caída, pero no conseguí más que moratones, dolores y arañazos.

El 9 de agosto, día de mi cumpleaños, decido volver a intentarlo, y esta vez me propongo no fallar el golpe. Sufro demasiado. Tengo ganas de que se acabe. Unos atroces dolores de cabeza me taladran el cráneo —¿será el hambre?—. Y todos esos golpes que recibo… Estoy harto de soportar, harto de sufrir.

La noche de mi cumpleaños, me levanto, me acerco hasta los váteres situados al fondo del patio de la granja. Ato una cuerda a un travesaño del armazón, me subo al trono y me tiro sin titubear.

El nudo se cierra alrededor de mi cuello, me estrangula; de pronto oigo un gran crujido. El maderamen carcomido se viene abajo, las tejas me caen sobre la sesera, estoy sentado sobre un montón de mierda y me echo a llorar.

Desde luego, todo me sale mal. ¡Ni siquiera la muerte quiere ocuparse de mí! Esa noche cumplo nueve años y estoy, literalmente, hasta arriba de mierda…

Unos días más tarde, la nodriza me empuja con mala idea contra el borde de una cama metálica mientras barro su habitación. El dolor es atroz y mi brazo cuelga, inerte. Me obliga a lavar los platos repitiendo: «No me duele, no me duele…».

Cada vez me duele más.

Al día siguiente, no tiene más remedio que llevarme al hospital. A la vista de ese brazo roto, de color amarillo y negro, los médicos me interrogan. Yo cuento el incidente. Me acorralan. Confieso los malos tratos de la nodriza.

El personal médico da la alarma a los servicios sociales.

Inmediatamente se pone en marcha una investigación.

Algunos chicos del pueblo dan fe de que me quejo a menudo de tener hambre, y de que padezco calambres de estómago y dolores de cabeza.

Me sacan de la granja justo antes de que intente por tercera vez dejar de vivir y salir del infierno.

Una señora, un tanto regordeta, con bigote y coleta, viene a buscarme. Nos vamos en coche. Viajamos en silencio durante casi una hora, en plena campiña. Después de unos 60 kilómetros, más o menos, entramos en un patio embarrado. Otra granja, cierro los puños. Aparcamos cerca de un inmenso montón de estiércol. La asistenta social tiene miedo de resbalar, anda a pasos menudos mientras resopla con cara de asco. A mí, los excrementos ya no me molestan demasiado, después del hospicio, de la casa de los locos y de la granja de la santurrona.

Una señora con un pañuelo en la cabeza nos recibe. La asistenta social me dice:

—Ya está, ahora vas a vivir aquí. Y vas a ser buenecito.

Las dos señoras hablan juntas en voz baja. Yo escucho los ruidos de la granja, los clo, clo, gronf, gronf, ploc, ploc… Después, la asistenta social se va. La señora me hace entrar en una cocina oscura que huele bien y sugiere:

—¿Tienes hambre, tienes sed, quieres algo?

Yo no contesto, sigo a la defensiva.

¿Será otra bruja?

—¿Te ha comido la lengua el gato?

Sigo mudo. Un hombrecillo muy tostado por el sol llega de repente a la cocina, con una boina en la cabeza, una colilla amarilla atornillada en la comisura de los labios, y pintas simpáticas. Me sonríe:

—¡Ah, ya estás aquí!

Como si me esperara desde hace mucho. Es el marido de la granjera del pañuelo.

La mujer me sirve un plato de sopa, añadiendo:

—Puedes decir «gracias mamá».

En mí, sólo silencio. Bloqueo. Rechazo. ¿Cómo voy a llamar mamá a una señora que no es mi madre? Madre no hay más que una, y es para toda la vida. No pruebo la sopa. El hombrecillo vacía su plato sorbiendo con la boca.

Después visitamos la casa y mi habitación, en el primer piso:

—Ésta es tu casa.

Bajo otra vez a la cocina, siempre en silencio.

Me dice simplemente:

—¿Vienes, hijo?

Le sigo afuera. Subimos a un tractor naranja sin capota. Me invita a sentarme a su izquierda, en un asiento metálico. Me mira, sus ojos brillan, le noto feliz:

—¿Todo va bien, Pio? Nos vamos…

Pio, en el habla del norte de Francia, significa «hijito». Lo supe más tarde. Enseguida noté que había amor detrás de esa palabra.

Cruzamos el pueblo en el tractor. El granjero saluda a todo el mundo con la mano, como un presidente que bajara por los Campos Elíseos el 14 de julio. Yo me siento orgulloso, y al mismo tiempo no demasiado seguro, montado en este aparato saltarín que rebota sobre sus morcillosos neumáticos con cada bache. Me agarro con todas mis fuerzas al asiento. Vamos a dar los buenos días a la abuelita Charlotte y luego al tío Georges, hermano de su mujer. Todos alegres y muy amables. Mi padre adoptivo, que se llama Gaby, me presenta de esta forma: «Aquí tenéis al pio que hemos ido a buscar a la ciudad… Es nuestro pio…».

Como le entra sed cada dos por tres, nos paramos en casa de unos y de otros para tomar un café por aquí, un café por allá, con un buen humor comunicativo. En este pueblo, todo el mundo parece entenderse bien.

De vuelta a la granja, vamos a visitar a las vacas, luego a los cerdos —sus gruñidos me asustan—, a los conejos, a las gallinas, a los patos de Berbería, reconocibles por sus jorobas carmesíes, a las pintadas y a los pavos.

—Pio, ven a ver al ternerito, me dice mi nuevo padre.

Mezcla en un balde leche en polvo y agua. Después de haber mojado sus dedos en la mezcla, los desliza en la boca del ternerillo blanquinegro, tumbado sobre la paja.

—Mira, querido Pio: metes la mano en su boca, le hace cosquillas y mama.

Lo intento. El ternero me chupa los dedos. ¡Es tan conmovedor con sus ojazos suplicantes!

Después de haber ordeñado las vacas, volvemos a casa. Es de noche. Acabo de cumplir nueve años y la oscuridad me da un canguelo terrible. Las campanas del pueblo son sacudidas con violencia y parecen desenfrenadas. Tengo mieditis. «Sí, hay un muerto», dice mi nuevo papá. La noche es un túnel en el que resuenan las lúgubres campanas. La vuelta no es alegre. El señor

Gaby nota mi temor, y me da palmaditas en el muslo:

—No tengas miedo, estoy aquí, querido Pio.

Su gesto, sus palabras, me tranquilizan.

De pronto, la casa rompe la oscuridad con sus ventanas iluminadas.

—Pio, ven a lavarte las manos.

Mi padre putativo, como dicen en la Beneficencia, me pasa el jabón. Su colilla hace acrobacias sobre su labio inferior. Se quita la boina, descubriendo, para mi gran estupor, una calvicie casi blanca en mitad del cráneo.

En la mesa, me siento a su lado, orgulloso. Hojea rápidamente el periódico, echando furtivas ojeadas hacia mi lado. Siento que existo para él. Mi nueva madre también me mira con sus ojos vivarachos, entrecerrados, con benevolencia. Le faltan algunos dientes. Me intimida con su pañuelo en la cabeza, sus mejillas rojas y sus manos nudosas. Sirve la sopa en grandes platos hondos. En la mesa queda un cuarto plato vacío, sin propietario. Me estoy haciendo preguntas sobre este misterio cuando llega una chica de mediana estatura, cabellos a media cara, morena, de rostro ancho y mirada amable. Es su hija Françoise. Me saluda mirándome directamente a los ojos, con aplomo. La cena es exquisita. Yo aspiro con deleite los buenos olores de la cocina.

Françoise, mi nueva hermana, va a la escuela de cocina. Su habitación está al lado de la mía. Después de cenar, voy a explorarla a escondidas. Ahí, debajo de un paño de cocina, sobre su mesa, descubro un enorme milhojas. El pastel es tan apetitoso que no puedo resistirme. Lo devoro sin remilgos. Ella me sorprende, con la boca llena, y me regaña amablemente. ¡Acabo de zamparme el pastel preparado con todo cuidado para su examen de la escuela de cocina! ¡Se merece la mejor nota, soy el único en saberlo!

Su padre se echa a reír, su madre se inquieta. Se pregunta si no me va a producir una indigestión. Mi padre putativo la tranquiliza:

—¡Es fuerte como un turco, nuestro Pio, podría tragarse un yunque!

No sé lo que es un Turco, pero me gusta que me llame «nuestro Pio».

Y pensar que hace sólo unos días quería morirme…

Me duermo con la barriga llena, lamiéndome los dedos, sin

ensoñaciones tristes, pensando en mi amigo el ternerito blanquinegro y, sobre todo, en ese hombre que me llama, por primera vez en mi vida, «hijo mío», y al que, mañana, llamaré papá.

DIEZ AÑOS
LA DICHA EN LLAMAS

Al día siguiente de mi llegada a la granja de Papá Gaby me voy andando al colegio, con una flamante cartera a la espalda.

Soy el más alto y el más fuerte de la clase, le saco con holgura la cabeza a todo el mundo. La mía, rapada y llena de chichones, es más bien fácil de localizar. Debido a mi estatura, la maestra me pone en segundo de primaria. A pesar de mis nueve años, no he ido al colegio más que 15 días en toda mi vida. No sé leer más que la hora en un reloj. Soy un pozo de ignorancia y me salto dos cursos.

Una mañana, esa mujer plana y seca me dice que salga a la pizarra a copiar el dictado. Como no sé escribir, dibujo lo que el texto que ella lee lentamente, articulando, evoca: un caballo, un carricoche y un señor que se parece a Papá Gaby. Toda la clase se echa a reír ante mi retablo. La maestra piensa que me burlo de ella, se acerca, furiosa, y me tira de la oreja derecha. ¡Ay! Es mi oreja buena, mi obra de arte en peligro. Hago muecas de dolor. Me grita a la cara, pero me he vuelto hermético a los gritos.

Gracias a mi padre, he puesto a punto una técnica de protección personal: me hago una bola en lo más profundo de mí mismo, como un erizo, y espero a que pase la tormenta. Esta resistencia pasiva azuza su rabia. Chilla mientras me agarra con las dos manos:

—¡Quítate la bata y póntela del revés, so burro!

Después me coloca en la cabeza un singular sombrero con dos puntas en forma de orejas. Yo lo encuentro divertido. La maestra me ordena escribir sobre una pizarra: «Soy un burro». Como soy incapaz de hacerlo, cree que me he declarado en huelga. Temblando de cólera, lo escribe ella misma y después me cuelga la

pizarra de la espalda y me obliga a dar la vuelta al patio durante el recreo. Los demás ríen con burla, me señalan con el dedo, se pitorrean… Entonces comprendo que no es un juego, y que el objetivo de la maniobra es humillar.

A partir de ese día, el colegio se me aparece como una monstruosa jilipollada. Detesto a esa maestra que me exige cosas que no sé hacer, que me castiga por cosas que yo no puedo hacer. No trata de explicar nada, de compartir su saber, ni de dar ganas de aprender. Ni siquiera tiene la humildad de disculparse cuando se equivoca.

Para vengarme, una tarde, le hago una jugarreta de las mías. Fabrico una cabeza de muerto con una remolacha. Es fácil, basta con hincar unas barbas de maíz en lo alto de la remolacha, dos bolas de conglomerado de carbón en lugar de los ojos, un hueso de pavo para la boca, y luego plantar la máscara en la punta de un palo. En compañía de un amigo, espero la llegada de la noche. Nos deslizamos hasta su casa. Golpeo su ventana. Se acerca y ve nuestra cabeza de muerto que se balancea ante ella con risa sarcástica. ¡En su vida había pasado tanto miedo! Cae desmayada. No siento el menor remordimiento.

Por fin llegan las vacaciones, llenas de carreras por el campo, de risas y de sol. Me despierto con el canto del gallo y me voy, después de un buen chocolate espeso, con Papá Gaby, en el tractor, a ordeñar las vacas al campo. Con una mirada cómplice, aspiramos con fuerza, por la nariz, por la boca, los perfumes del campo que se despierta cubierto de rocío.

¡Dicen que es fácil ordeñar una vaca, que basta con apretar las ubres —que te crees tú eso—! Margarita, sobre todo, es caprichosa. Una mañana, de una culada, zarandea mi taburete y me deja tirado en una mezcla de boñiga y leche derramada. Papá Gaby estalla en una enorme risotada.

—¡Eh, Pio, lo haces como un ganso!

Lía cuidadosamente un cigarrillo, se lo encaja en la comisura de la boca, lugar en el que va a bambolearse durante horas, después coge su taburete y me inicia, con paciencia, en el delicado arte del ordeño.

—Mira, Pio, así… Sin forzar, con regularidad, sobre todo con la Rita, que tiene dolor en las ubres. Es bonita, Rita, nos da siempre

unas magníficas becerras, ¿verdad Rita?

Acaricia al animal. La vaca clava en mí sus ojos con ese dulce y triste aspecto que tanto me conmueve.

Papá Gaby transmite a sus vacas un afecto tierno y paternal. Llevamos los cántaros de leche de vuelta a la granja antes de ir a dar de comer a los doscientos verracos. El estiércol humea, las palomas hacen su arrullo, el orden reina en la tierra, donde crecen las semillas. Mis heridas de amor cicatrizan, lentamente.

Un día, una binadora de remolachas, una mujer polaca, me ofrece un minúsculo perrillo negro. No me atrevo a decírselo a Papá Gaby y escondo mi encanto de perrito en la porqueriza. Se lo confío a una cerda, una buena madre que se ocupa de él como si fuera suyo. Una mañana, en el desayuno, Papá Gaby declara solemnemente:

—Colette, la cerda ha tenido una cría negra como el carbón. Vamos a tener que matarla.

Me siento raro, se me encoge el corazón. Con el chocolate aún en los labios, balbuceo:

—No, no, no lo matéis… Esto…, no es un cerdito normal… Esto…, ¡es una cabra!

Estallan en una carcajada al ver mi confusión. Han estado al tanto de mi ardid desde hace días.

—¡No te preocupes, Pio, no vamos a tocar a tu perrito! ¿Por qué no nos lo has dicho? Un animal más o menos, sabes…

¡Me dan ganas de besarles!

Para mí, durante años, el dolor ha venido unido a la fealdad. Aquí, en la granja, descubro la felicidad, hermana de la belleza. Todo en ella es verdadero y bueno, tanto en los animales como en los hombres. Papá Gaby no es un Adonis, un maniquí de catálogo, su belleza está en el corazón, ese corazón que abre para mí.

Feliz, me uno cada vez más a este nuevo papá. Vamos juntos a saludar a los polacos y a los yugoslavos que vienen a binar las remolachas. Después vamos a visitar al herrero que hierra a los percherones del tío Georges. También construye remolques y arregla carretillas. Yo contemplo, fascinado, a este atleta de enormes brazos, envuelto en su delantal de cuero. Plantado en su sombría madriguera, como en una gruta, de pie frente a su macizo yunque, golpea cadenciosamente el metal al rojo, expuesto al

resoplido del fuelle, con la frente bañada en sudor. Este hombre de gestos de artista me parece omnipotente, ya que doma a los animales, doblega al hierro y domestica al fuego. Con sus tenazas da forma a todas las piezas, envuelto en un estrépito de martillazos. Después, una vez sumergida en la cuba, entre nubes de vapor, se vuelve única.

El guarda rural golpea su tambor en la plaza de la iglesia, ante el monumento a los muertos. Con una voz teatral, anuncia un corte de agua o de electricidad. O incluso la llegada del vendedor de pieles de conejo, una carretera cerrada por obras de asfaltado o las fiestas de la cosecha, una ocasión en la que transformamos los remolques de los tractores en carrozas de flores. Al terminar, el guarda va a tomarse un chato en el café del centro.

El año culmina con la cosecha. Se llenan los remolques con granos de trigo y se marcha en procesión hasta la cooperativa. Sentado sobre el tesoro por el que corretean las tijeretas, me tomo por un príncipe. Me embriago con el perfume dulzón del trigo caliente. Un instante después, me siento maravillado al ver la lluvia dorada que se vierte en el silo. Metemos la paja con una horca. Los hombres cargan riendo las balas en el remolque. Sudorosos, las lanzan, con un golpe de cadera y voces de lanzador de peso. El enorme cargamento se encamina lentamente hacia los cobertizos. Mi nuevo padre no se queda atrás en el trabajo. Yo le admiro, está magnífico.

Ese verano me enseña a conducir el tractor. Estoy tan contento y orgulloso que me confundo, meto la marcha atrás sin querer y tiro abajo la puerta de la bodega de la abuela Charlotte; la puerta revienta con el golpe. Queda hecha astillas… Hemos escapado por los pelos a un accidente: el tractor tiene una rueda en el vacío. Papá Gaby no está enfadado conmigo: «¡Así, la próxima vez sabrás *** NO HAY *** está la marcha atrás!». Aprovecha mis errores para enseñarme. No como la maestra…

Empiezo a probar la dicha de ser amado y me digo que tal vez dure.

Una mañana del mes de agosto, Paulo, un sobrino de Papá Gaby y de Colette, me propone construir una cabaña de paja en el cobertizo de la granja. Tiene dos años más que yo. Nos llevamos bien. Hemos encontrado unas velas en un blocao que sirve de

retaguardia para nuestros juegos. Paulo enciende las velas, es bonito. La paja prende casi inmediatamente. No habíamos pensado en eso. Tratamos de apagar el fuego. Demasiado tarde. Rápidamente saco las vacas que mugen, asustadas. El fuego se vuelve intenso, y jadea como en la fragua. En unos minutos, el cobertizo se transforma en una gigantesca antorcha. Paulo huye. Me veo sólo frente a esa hoguera, frente a sus remolinos de humo, a sus pavesas locas. Tengo miedo. Echo a correr, inmensamente triste, presintiendo que mi felicidad arde con ese cobertizo.

Todo el día ando sin rumbo por los caminos de los bosques y por los campos, con zozobra en el corazón y la cara arrasada en lágrimas por la rabia y la desolación.

Los gendarmes me pescan a primera hora de la tarde. Me llevan de vuelta a la granja. Me echan la bronca, sin más. Papá Gaby está inquieto, le noto incómodo, evita mirarme. El rostro de Colette se ha cerrado herméticamente, no dice nada. Termina soltando:

—¡Van a venir a buscarte!

Estas palabras acaban con mis esperanzas. Ella no me perdonará jamás, lo sé. Intento explicarme en vano. No me escuchan. Mi suerte está echada, el veredicto es definitivo. Comprendo que Paulo me ha hecho responsable. La palabra de un niño de la Beneficencia no tiene suficiente peso para inclinar la balanza. Soy el acusado número uno, carezco de defensa.

Un chaval que no viene de ninguna parte y que no pertenece a nadie siempre es culpable, sobre todo cuando las cosas se tuercen.

Voy a tener que abandonar la granja y a Papá Gaby.

Esta idea se me hace insoportable.

ONCE AÑOS
EN EL CORRECCIONAL, SECCIÓN «DUROS DE PELAR»

La misma tarde del incendio viene a buscarme una asistenta social.

No hay despedidas. No quiero dejar a Papá Gaby, él tampoco quiere que me vaya. Me ha tomado cariño, lo sé. Nos hemos familiarizado. No podemos vivir el uno sin el otro. Me considera realmente como un hijo, y esta separación le parte el corazón. Colette, que es la que lleva los pantalones, ha debido imponerle esta cruel decisión, y la vergüenza de tener que someterse a este veredicto injusto se añade a su dolor.

No me da un beso para no llorar. Se queda en un rincón de la cocina, con el rostro trastornado, con su colilla inmóvil y los ojos bajos, como un perro apaleado. Colette me había abierto su casa, no su corazón. Ella tampoco me dio un beso. Para ella sólo soy un huésped a pensión completa. Mi sueño de amor se desbarata como las paredes del cobertizo del que no quedan más que unos restos calcinados, unas chapas retorcidas y negruzcas, unas cenizas que los bomberos aún no han terminado de empapar cuando monto en el coche.

No me doy la vuelta.

Este largo viaje es un descenso a los infiernos. En el semblante obcecado y severo de la asistenta social adivino que he sido condenado a un tratamiento de choque. Mi imprudencia se ha interpretado como mala voluntad, no hay derecho. Permanecemos en silencio durante el trayecto. No quiero mostrar a esa mujer extraña ni mis lágrimas, ni mi miedo, ni mi rabia. El momento de entrar en el patio del correccional de D., cerca de La Rochelle, es

como recibir un adoquín en los morros. Este centro tiene una reputación de campo de concentración.

El director se lanza con gran determinación en su discurso de bienvenida:

—¡Te interesa andar derecho! Te estaremos vigilando. A los que tienen mala cabeza los metemos en cintura, los domamos, les hacemos marcar el paso.

Me rapan la cabeza, me visten con un atuendo de algodón azul, el uniforme penitenciario, y me llevan al comedor. Un educador me suelta:

—¡Ve a sentarte con los demás!

Me sueltan en la arena con las fieras.

Los 70 chicos de la sección miran al pipiolo que acaba de llegar como a una mosca a la que se le van a arrancar las alas. Y este grupo hostil comienza la tortura.

Tan pronto como encuentro un sitio en el que sentarme, me ahuyentan: «¡Pírate!, ¡lárgate!». Me birlan la carne del plato, y después el postre, con unas sonrisillas hipócritas. Estos chacales me aterrorizan, no me atrevo a decir nada. El jefe de la pandilla, el que saquea mis trozos de comida, me pilla con sus cómplices en los pasillos, me agarra por la cintura y me deja medio ahogado. «¿Eres tú el que le ha hecho una jugarreta a mi hermano?». No, no. Ni siquiera sé quién es su hermano. Me amenaza y me pega. Todos los días el mismo infierno, siempre tengo el canguelo en el cuerpo. No consigo hacerme amigos. Se han aliado todos contra mí, por jindama o por maldad.

Mi jeta partida de niño apaleado no le cae simpática a nadie, ni a los educadores, ni a los jóvenes de mi condición. No le resulto agradable a nadie. La rabia va subiendo en mi interior, pero el miedo es aún más fuerte.

Una noche el agua me llega al cuello. El miedo, la soledad, la tristeza, la desesperación. Lloro a lágrima viva, ahogando la pena en las sábanas de mi cama. Por la mañana, un educador que se cree que es Charles Bronson me lleva a empellones al comedor:

—¡Venga, llorica, vamos, llora delante de todo el mundo!

Todos se burlan y repiten:

—Eh, llorica, llorica…

Soy demasiado pobre para tener derecho a llorar. Poder expresar

mi dolor es un lujo que me está vedado. Mis lágrimas no tienen derecho a existir, ni a dejarse ver. Entonces, miento a mi sufrimiento, me echo un farol. Cierro las escotillas de mi corazón, las compuertas de mis lágrimas. Lucho para no volver a llorar. Me da picor en lo alto de la nariz, me atenaza la garganta y me oprime el pecho. Pero funciona.

Transformo mi llanto en rabia, en bolas de furia. Todo el odio acumulado contra la maldad gratuita y la odiosa estupidez se vuelve como una bola de fuego que gira en mi interior buscando una salida. Estoy poseído, devorado por las ganas de destruir a esa chusma que me espanta y me asquea.

Durante tres meses, aguanto las amenazas, las acusaciones, las ofensas, los castigos, las burlas, sin decir nada, sin una palabra, sin una lágrima.

Un día, a media mañana, sin previo aviso, me convierto en aquello de lo que me acusan: una mala cabeza. La bola de odio sale de mí. Como es habitual, el cabecilla levanta la mano para birlarme la carne con sus dedos sucios. Le miro directamente a la cara, a los ojos, cojo mi tenedor y se lo clavo en la mano. El niño asustadizo que antes era se convierte en una fiera. Mientras el otro aúlla, le miro a los ojos sin pestañear, sin soltar el tenedor. Toda la rabia acumulada en cien días de infierno se desencadena. Tres educadores se abalanzan sobre mí. No quiero liberar a esa escoria. Disfruto con su dolor. Su mano atravesada está fija en mi plato, como una mariposa de museo.

Me golpean, tiran de mi ropa, consiguen al fin que suelte mi presa. Me dejo caer hacia atrás. Salto sobre el carrito de los postres, cojo el cucharón de la compota y golpeo, golpeo al que me pegó la tarde de mi llegada. La venganza es un plato que se toma frío, a veces con un tenedor y un cucharón de compota. Los educadores me agarran por la cintura y me dan una paliza en el suelo, pero los golpes ya no me tocan. Estoy vacunado desde mi «más tierna infancia», como suele decirse —esta expresión siempre me ha hecho reír—.

Cuando me levanto no tengo buen aspecto, sangro por la nariz. Miro a los demás con aire desafiante. Soy libre. Me he liberado de su tiranía. Me he liberado del miedo. Les hago un corte de mangas.

La promoción es inmediata. Me destinan a la sección D.

D de duros de pelar. Por la noche, mis nuevos compañeros, aprovechando que estoy dormido, me hacen la novatada de embetunarme. La venganza es instantánea. Lleno de mierda dos de las ventosas con las que se desatascan las letrinas y trato de ahogar a los bromistas con los excrementos. Los educadores se me echan encima. Otra paliza.

Mis diques interiores han saltado en pedazos. Recibo cursos acelerados de destrucción. Me vuelvo temible. A partir de ahora, noto como sube la violencia, como una cocinera nota cuándo va a hervir el agua en la olla a presión unos segundos antes de que ésta se ponga a silbar. No sólo percibo, gracias a un sexto sentido, esta tensión, se manifieste donde se manifieste, en las canchas de deportes, en las escaleras del dormitorio, o en la sala de las duchas, sino que tampoco temo ni su impalpable aumento de potencia ni su explosión. Me ha costado muy cara, ya no la temo.

Al día siguiente, me aíslan, me sacuden el polvo, me sermonean. Nuevo destino. Me llevan a la sección C. Los duros de los duros, los indomables. Y una vez allí, sorpresa. Temía lo peor, y sin embargo recibo una bienvenida fraternal. Un chico de 19 años me adopta y me llama «hermanito». Los educadores, muy tranquilos, dueños de sí, no conceden privilegios a nadie.

A mis 12 años, soy el benjamín de un grupo compuesto por una veintena de chicos de 18 a 20 años. No son ningunos angelitos. La mayoría se ha fugado en varias ocasiones y ha robado. Cuentan con sencillez su experiencia del «mundo» y de la «vida». Me siento extasiado de admiración ante estos rapados numerados, estos hermanos mayores en las penalidades que están a las puertas de la libertad, sin saber que la mayoría de ellos no saldrán de nuestra pequeña prisión más que para ingresar en la grande. Los más afortunados se incorporarán a la Legión extranjera, a los comandos o a los batallones de África. A mis ojos son hermosos y auténticos. A pesar de su fuerza y su violencia, no me han acusado, ni amenazado, ni hecho blanco de las novatadas, ni perseguido. Estos hermanos mayores en el abandono me han adoptado y protegido. Escucho el relato de sus aventuras, fascinado. Observo sus heridas, reúno sus recuerdos, me entero respetuosamente de sus experiencias. Venero esa humanidad escondida que disimulan bajo su apariencia de duros. Descubro también que, con 12 años, he

vivido ya lo que un tío de 20, en circunstancias normales, no tendrá sin duda que afrontar jamás.

Soy un poco como un buga en rodaje al que le han pisado a fondo por caminos de tierra plagados de baches. Tengo el motor desbocado, se me ha roto algo.

En una infancia herida, lo más duro es tener que parecer mayor, más fuerte, con mayor madurez de la que en realidad se tiene. Cuando lo cierto es que sólo se tiene edad para ser un niño. Es duro soportar sobre los frágiles hombros el chasco cotidiano de la violencia cuando lo que uno desearía es verse envuelto en un manto de ternura.

Un día, los gendarmes devuelven al correccional a un adolescente de la sección C que acaba de fugarse durante varias semanas. Es un duro, el más duro entre los duros, según mis hermanos mayores, que evocan con temor sus hazañas más destacadas.

El director nos convoca en el campo de fútbol. Nos ponemos en fila, como de costumbre. Ante nuestros ojos, unos educadores empiezan a golpear a ese chico, a darle una tunda de palos, es lo habitual. Cae por tierra, siguen pegándole.

La emprenden a patadas. Somanta pública, para que sirva de ejemplo.

—Así es como trato a los que se fugan. ¡Podéis retiraros!, concluye el director frente al cuerpo inerte antes de girar sobre sus talones.

La ceremonia ha terminado, nadie se atreve a moverse.

Por mi parte, sé que debo ir hacia él. Me adelanto, pero un hermano mayor me retiene:

—¡No, no vayas, puede ser muy pendenciero!

No le escucho. Ando hasta el cuerpo postrado, que sigue por tierra, inmóvil. Me planto delante de él y declaro:

—Yo, más tarde, haré como tú.

El chico se mueve, levanta la cabeza, me mira intensamente, parpadeando. El cielo se refleja en sus ojos azules, una mirada clara y pura, no es la de un fugitivo ni la de un cobarde. Con la nariz ensangrentada, murmura:

—¡Hermanito, no digas chorradas, ellos son los más fuertes!

Ese día, en lo recóndito de mi corazón, ese chico se convierte en mi héroe. Ese adolescente se me parece, sin raíces, sin identidad,

con unos años más. Quiero superar su modelo. Decido, al ver su nariz rota, que chorrea sangre, ser más astuto que él y más fuerte que esos educadores que le han obligado a rendirse. Voy a desgastarles al máximo, se vendrán abajo. Me importa poco el precio que deba pagar. Juro convertirme en el primero en ser expulsado de un correccional. Mi vida tiene por fin un objetivo.

Mi destino queda fijado por culpa de una nariz rota en el rostro apaleado de un hermano de penurias.

No puedo llorar, ni pedir socorro, ni pedir indulto, ni implorar piedad, ni suplicar al cielo. Nadie me escucha, ni piensa en escucharme. Se presentan dos soluciones: o bien obedezco al sistema hasta ser finalmente destruido, hasta ser reducido a la condición de un esclavo rastrero, o bien reacciono contra la injusticia y la incomprensión para ser por fin yo mismo y no seguir asfixiándome. Opto por la rebelión.

¿Puede el hombre modificar su destino? Tema de reflexión para un bachillerato de filosofía. El niño sin familia ni se plantea la pregunta. Responde con su vida, con su rabia y su desesperación. Y finalmente modifica su destino.

Atreverse a ser diferente, en el infierno, es esquiar en zona de avalanchas: o pasas o te quedas. Quien no cuenta para nadie no se echa las manos a la cabeza cuando cae. No se lamenta, no se deshace en lágrimas. Se levanta y sigue, impulsado por una violencia nueva.

Estoy harto de ponerme en fila todas la mañanas y de escuchar la lista de los nombres que han recibido correo, una lista en la que nunca tengo un hueco. Fulanito, una carta; menganito, un paquete; zutanito, dos cartas… Somos muchos los que nunca tenemos nada, y decido no seguir soñando, no seguir creyendo en el milagro. Mi madre ha desaparecido del mapa, mi padre se ha evaporado. No soy hijo de nadie, punto final.

—¡Guénard, una visita para ti!

—Cochina broma…

—¡Guénard, no estoy de guasa! ¡Hay alguien que te espera en el locutorio!

De repente se me aceleran los latidos del corazón. ¡Pum pum, pum pum! Tengo tantas ganas de creer, pese a mi determinación de

dejar de soñar para no sufrir más decepciones, que es mi madre que por fin vuelve… ¿La desgracia podría ser a veces tan intensa como para hacer que, de vez en cuando, cambie el destino?

Empujo la puerta del locutorio y veo a Papá Gaby. Ni mi padre ni mi madre, sino mi Papá Gaby, a quien he incendiado el cobertizo del heno. Después de seis meses de internado y de separación, no me ha olvidado. No me esperaba esta visita, me siento desarmado. Recuerdo nuestros silencios, la mirada benévola e inquieta de mi padre putativo. Se siente avergonzado por haberme abandonado sin defenderme, por haberse rendido ante su mujer, veo todo eso en sus ojos desdichados. No me adoptó por temor a que mi madre o mi padre pudieran querer recuperarme un día. Lo lamenta amargamente. Sí, veo la tristeza y el remordimiento en su mirada. Pero es demasiado tarde, papá.

Me pregunta, estupefacto a la vista de esos siniestros corredores y de la jeta de patibulario que tienen los educadores:

—¿Estás bien?

Yo contesto:

—Sí, estoy bien.

¿Qué puedo decirle? ¿Que en seis meses me he convertido en una fiera que ha aprendido a morder? ¿Qué echo de menos los garbeos en tractor, el trabajo del campo, la ronda de los animales, la sopa humeante, los ataques de risa, el olor de los rastrojos, el color rubio del trigo, la complicidad de la dicha? Todo está demasiado lejos y demasiado cerca. Es otro mundo, un tesoro de recuerdos que no quiero ni rozar con la memoria para no derrumbarme. Tengo que echarle el cerrojo al pasado si quiero sobrevivir.

Silencio entre ambos, miradas húmedas. Breve despedida. Me besa y me aprieta contra él.

—¿Volverás a verme, Papá Gaby?

—Volveré, querido Pio, volveré.

Se va, y yo sé, en el fondo de mí mismo, que no volverá. No se lo reprocho. Está más conmovido que yo. Lo que acaba de entrever de mi universo debe de ser una intolerable tortura para este hombre que fue el artífice de mi felicidad campestre. Me siento nuevamente abandonado. Al ver menguar su silueta ligeramente encorvada por el camino de entrada, le agradezco en voz baja los meses de amor

que me regaló.

Gracias por tu visita y por tu corazón, Papá Gaby. No puedes hacer nada, has pasado demasiado rápido por mi vida. Has atravesado mi infancia como río de una sola estación, fecundando las semillas escondidas bajo la costra del abandono. Bohemio en la vida, entierro ese tesoro único en mi bagaje de niño perdido. Me has permitido probar la felicidad de ser amado. Me arrancaron injustamente esa felicidad. Gracias a tu visita, por corta que haya sido, vuelven a mí esos recuerdos felices a los que no tengo derecho. Me he construido una coraza y se me cae en pedazos. Mi corazón está tan profundamente lacerado que quiero volverme insensible al amor. Hace sufrir demasiado. El mejor modo de no pasarlo mal, es no amar. ¿Es eso posible, Papá Gaby?

Los días que siguen a esta visita son un suplicio. Tras mi fachada de duro, mi ser interior se ha venido abajo. Una noche quiero detener esta tortura, este sufrimiento insoportable. Robo unas pastillas en la enfermería y me las trago, para dejar de vivir. Me siento mal, empiezo a vomitar. Es lo que me salva, a mi pesar. El médico de la institución me examina y concluye:

—Saca la lengua… ¡Vaya, menudas anginas!

¿Y además anginas? Caramba. No tengo suerte.

Asco de vivir en un mundo de rencor. Brecha abierta. Soy incapaz de contener las olas de resentimiento que me asaltan. Siento animadversión hacia mi madre que no me viene a buscar, hacia ese padre derrocado que me ha dejado tantas cicatrices, tantos malos sueños, tantos temores que me impiden dormir, tantos respingos de terror —basta que un adulto saque un pañuelo de su bolsillo, o que esboce un gesto imprevisto, para que me proteja la cara con las manos—.

Una tarde, tres traidores montan gresca en los váteres. Me llevan inmediatamente a ver al dire. Está sentado detrás de su gran mesa de escritorio. Yo, de pie, inmóvil, en posición de firme.

—¿Qué voy a hacer contigo? Me dicen que has saqueado los váteres y las duchas.

Es mentira, mentira podrida. Esos cabrones me han echado la culpa. Pero no soy un soplón. Dejo que me acuse sin responder.

—Guénard, la fruta podrida, cuando no se la puede tirar, se aparta, se aísla, se pone a un lado para que no estropee el resto de

la fruta. ¡Si no te andas con cuidado, al próximo paso en falso, a la próxima pelea, te encerraremos con los perros!

Salgo del despacho pensando que me gustaría condecorar al tipo que un día se cargue a este dire. Es un hombre que nunca me ha hablado como a un ser humano. Nunca me hizo preguntas de corazón, sólo amenazas, advertencias, sanciones. Él y su equipo disfrutan metiendo miedo. Saborean el temor que inspiran.

Sin embargo, el miedo desarrolla, bien las ganas de vengarse, bien una parálisis de hipócrita y de chivato. Yo sólo sueño con la venganza. En el pasillo, los tres soplones discuten con el educador que se cree Charles Bronson. Esa escoria es su cómplice. Se me ríen a la cara cuando me cruzo con ellos.

Por la noche, después de la cena, me buscan las cosquillas. Lo dejo correr, finjo estar acobardado, porque no tengo ninguna gana de verme enjaulado con los dos pastores alemanes. Voy a encerrarme en una ducha, completamente vestido. Me queman la sangre durante una parte de la noche. Insultos, humillaciones. Me dan ganas de salir, de darles una zurra, pero oigo resonar en mi cabeza las amenazas del dire. Sentado como un mendigo sobre el resalto de la ducha, suplico a unas fuerzas invisibles, a unas potencias superiores, que vengan a ayudarme y que reparen la injusticia. Lo que viene es el silencio, que invade la noche. Nadie acude a defenderme. Mi cabeza y mi cuerpo no soportan este manto asfixiante. El odio se hincha en mi interior, estalla, explota.

Salgo de la ducha, me lanzo hacia los váteres y arranco los toalleros que usamos para la ducha. Entro como una furia en el dormitorio, rugiendo. Estos mierdas duermen como lirones, empiezo a pegarles con los toalleros, como se batía el trigo en casa de Papá Gaby. Se han burlado de mí, se han reído de mi «nariz aplastada», de mis «orejas de rata», ¿no es ése el mote que me han puesto? Ya les voy a dar yo para el pelo. Gritan, corre la sangre, las sábanas se oscurecen. Los demás chillan de miedo en la oscuridad, y yo pego, pego como un loco. Disfruto con la violencia, gozo con la venganza. ¡Qué arrebato!

En medio de mis molinetes, oigo a los educadores trotar por el pasillo. Estarán aquí en un segundo. Sé que he ido demasiado lejos, y que es demasiado tarde para volverse atrás. Tengo que escaparme, a menos que quiera vivir en un campo de concentración, custodiado

por unos perros lobo. Estas imágenes desfilan aceleradamente en mi cabeza. Mando a paseo mis improvisados bates, resbalo en el suelo pringoso de sangre y bajo los escalones de cuatro en cuatro. Cruzo el patio como un desesperado. Delante de mí, el gran muro del recinto. Cuatro metros de alto, coronado por alambre de espino. No tengo elección. Al asalto.

Cojo carrerilla, una carrera alocada, y esa noche, por primera vez, escalo el gran muro. El miedo a los perros me ha encendido el turbo. Consigo agarrar el alambre que me cierra el paso, en lo alto del muro, y me encaramo. Las garras de acero me desgarran la mano derecha. Me cuelo entre el muro y el alambre, que se me engancha en una pierna. Me arranca la piel. Paso a la fuerza. Ya no puedo retroceder.

Del otro lado del muro, un poste de la electricidad bien situado, localizado hace meses, me sirve de escala. Ya estoy en el suelo, del lado bueno de la libertad. Sangro pero no me duele. Sólo la quemazón del miedo que me retuerce el vientre. Y la rabia, y la alegría de haberme pasado al lado bueno. Mi corazón late como una campana loca.

Corro hasta quedar extenuado para alejarme al máximo del correccional. Deben de ser las cuatro de la mañana y acaban de dar la alarma.

Ando, sin plan, sin rumbo, por una campiña llana. Y salgo de la noche. Se levanta el día, imperceptiblemente, un alba sucia y gris. No tengo buen aspecto. La piel de mi mano está tirante y cubierta de sangre seca. La pierna me quema, ensangrentada. Cojeo. No tengo agua para lavarme. Meo sobre mi mano para desinfectarla. Me pica. Después la rebozo en el polvo, como hacen los jabalíes heridos.

La Rochelle se despereza. Asisto, como maravillado espectador, al despertar de la princesa. La gente tiene todos los largos de pelo posibles, vestidos de todos los colores. Tienen pinta de ir a donde mejor les parece, sin coacciones, e incluso en direcciones distintas. Me invade un exquisito bienestar. Como necesito compartir esta plenitud embelesada, le hablo a alguien en mi corazón, como un poeta. Le canto a la libertad, doy gracias por esta plenitud y por este mundo nuevo cuyas puertas se abren ante mí como las de la ciudadela, monumentales.

Este primer día de fuga, este 9 de agosto, tumbado en la hierba, paso una parte de la noche contemplando el cielo más estrellado del año. Las estrellas fugaces son las velas de cumpleaños más hermosas que uno pueda soñar. Encadeno mis deseos uno tras otro, dejando volar la imaginación.

Esa noche del santo amor cumplo doce años, y la vida, por lo general madrastra, me ofrece como regalo la libertad.

DOCE AÑOS
FUGA Y ASCO

Un hermano de penalidades me dijo una noche, mientras soñábamos con fugas y aventuras, con libramos de una buena en nuestro dormitorio del correccional, que París es inmenso y que es un sitio en el que uno puede esconderse.

No lo he olvidado.

Me encamino hacia allí. Ando, dirigiéndome hacia la capital, desde el Charente Marítimo. Avanzo sobre todo por la noche, para que la policía no me localice, andando junto a las vías del tren. Me dije: «Los polis no suelen parar los trenes. Sigue las vías». Cada vez que crece un zumbido a lo lejos, me tiro a la cuneta. Mi corazón baila el charleston. Dejo pasar el convoy rugiente mientras recupero el aliento.

Me alimento de frutas, de bayas, de setas, ignorando por otra parte que las hay mortales, de semillas de saúco y, por error, de una especie de pimiento silvestre… Recupero poco a poco, sin sospecharlo, los gestos ancestrales de supervivencia que me ha transmitido mi sangre, gestos que la moderna vida de ciudad no ha apagado por completo. Como no tengo mapa ni conozco ninguna indicación topográfica me guío por el instinto. Mi única preocupación es encontrar agua. Chupar las raíces y las hierbas no basta para calmar mi sed. Padezco deshidratación, pero no puedo permitirme el lujo de llamar a una puerta y pedir un vaso de agua. Aparento más de doce años, y sin embargo aún no tengo pelos en la barbilla. Mi petición podría parecerle extraña a un adulto espabilado.

En *Tours* desfallezco, me muero de sed. Estoy dispuesto a

beberme el Loira. Pegado al muro del zoo, encuentro un grifo. Bebo a lengüetazos, como un animal. ¡Quién bebe mierda se gana un cólico! Durante varias horas me retuerzo de dolor. Consigo sobrevivir al agua del zoo… Y después hago autostop para acelerar mi aproximación al Gran Escondite.

Llego a las puertas de la inmensa ciudad tras dos semanas de fuga. Reconozco París, como todos los turistas, por la torre Eiffel que sobresale, noble y altanera, por encima de la gigantesca aglomeración. Me enamoro de ella inmediatamente. La Señora Jirafa me atrae de forma irresistible. Me dirijo hacia ella recorriendo al azar las calles.

Llegado a sus pies, la mido con los ojos, de abajo arriba, de arriba abajo, incrédulo, hasta quedar mareado. Alucinado, le doy varias veces la vuelta. Me descubro hablándole, murmurándole palabras de amor. Voy andando hacia atrás, con la cabeza vuelta y los ojos clavados en esa masa altiva y en su armazón almocárabe que forma un sorprendente caleidoscopio, cuando, de pronto, tropiezo con una pareja de alemanes tan perdidos como yo en su soñador abandono bajo este rosetón creado por el cielo y las viguetas. No sé por qué —no he pedido nada—, el señor me ofrece dinero. ¡Qué potra! Hace tiempo que me he fundido los cincuenta francos que me dio un hombre en la isla de Oléron, cosa que me permitió darme un garbeo turístico, «en recuerdo de mi hijo, me explicó, con cierta melancolía, porque también él corría mundo».

En uno de los pies de la torre, una señora vende unos billetes para subir al cuello de la Señora Jirafa. Compro un billete y empiezo la ascensión con el júbilo de un pretendiente que se reúne con su amada. Cada piso me ofrece nueva ocasión para la maravilla. Descubro el mundo y me dejo achispar por esta libertad recién estrenada, lejos, muy lejos de la infancia manchada. Tomo distancia respecto de mi vida. Me siento exultante al descubrir el Campo de Marte, la Escuela militar y, al otro lado del Sena, el palacio de Chaillot y sus surtidores de agua.

En el segundo piso, echo a volar, como una gaviota, y sobrevuelo el río, de plomo fundido, sus puentes, las minúsculas calles, las mil casas del bello París. En lo alto, el fascinante descubrimiento de un mundo de hormigas y la impresión embriagadora de dominar, de reinar, de planear, de escapar a mi

infierno.

No quiero dejar a mi Señora. Cuando me veo obligado a bajar, al llegar la hora del cierre, decido hacer guardia junto a ella. La noche invade los jardines. Me acuesto detrás de unos matorrales, apoyado contra el segundo pilar derecho, en frente del Trocadero. El aire es templado. Duermo como un bendito bajo las ventanas de los inmuebles más caros de París.

Me despierto temprano y ando, sin rumbo, hacia la Escuela militar, Latour Maubourg y los Inválidos, explorando cada calle, cada pasadizo, con el fin de grabarme en la memoria lo que va a convertirse en los meandros de mi territorio.

Durante varios días arrastro mis zapatones por el barrio.

Las noches se vuelven más frescas, más húmedas. No llevo más que una camiseta roja de nailon y tirito. Me lleva cinco días encontrar ese gesto que un animal conoce por instinto y que aprendí de Simia cuando me dormía pegado a ella en su cubil: colocar la cabeza lo más cerca posible de los cataplines y resollar en ellos, como un recuperador de calor.

Después de unas cuantas noches, empiezo a serle infiel a la Señora Jirafa. Tengo demasiado frío. ¿Dónde encontrar un techo? Al caer la noche me meto en un garaje de bicicletas de la avenida Rapp. Me duermo unas horas hecho un acordeón entre las ruedas de las bicicletas. Ya no me tengo en pie. En la calle no se tiene derecho a dormir cuando se tiene sueño, sobre todo cuando se es un macarra de doce tacos.

En varias ocasiones, algunos de los dueños de las bicis me echan cuando vienen a recogerlas. «¿Pero qué haces ahí, chaval?», dicen los más amables. «¿Qué coño pintas aquí, gamberrete?», protestan los mal hablados. No les voy a responder ni a arrearles un cabezazo… Me piro, con los ojos medio cerrados, y parto en busca de otra habitación. Al final doy con otro garaje de bicicletas, en la calle del general Camou. No existe ninguna guía del Trotamundos para vivir gratis en la calle.

Al ir adquiriendo experiencia, al cabo de varias semanas, me doy cuenta de que la gente termina de guardar su motocicleta o su bici hacia la medianoche, y que el movimiento vuelve a empezar a las cinco de la mañana. Eso me deja cinco horas de tranquilidad para echar un sueñecito.

Todas las noches, al dormirme, me hago la solemne promesa de que, si algún día tengo una casa, tendrá habitaciones para quien no las tenga.

Me muero de hambre. No puedo ponerme a pedir a mi edad. Aprendo a robar, por necesidad. La primera vez, me propongo coger una botella de leche que acaba de ser entregada delante de la puerta de unos ultramarinos en la avenida de Grenelle. Son las seis de la mañana. No consigo decidirme. Como un gato joven, doy vueltas alrededor de mi presa sin atreverme a ponerle las zarpas encima. Tengo demasiada hambre. De repente, me decido y echo a correr. Birlo la botella. Una vez que la tengo en la mano, me da la impresión de que todos los reflectores de París me enfocan a mí. Pongo pies en polvorosa, mis tripas tocan las castañuelas. Unos minutos más tarde, en el pueblo suizo —su laberinto de calles peatonales es ideal para escapar de las persecuciones—, destapo el fruto de mi hurto y me lo bebo, con la frente bañada en sudor y disfrutando de una alegría desconocida, la del miedo superado. Me siento como si flotara en una nube.

A partir de ese día me convierto en un ratero. Robo a horas fijas para experimentar de manera regular esa curiosa sensación del canguelo en las tripas que da aliciente a mi vida. Me vuelvo un adicto a la adrenalina. El miedo es un fraternal enemigo. Me enfrento a él a las ocho y media de la mañana, y luego a las dos de la tarde, del mismo modo que otros niños van al colegio. Organizo mi horario de golfillo.

Los que tienen la suerte de tener padres pueden darles los buenos días, por las mañanas. Cuando vuelven por la tarde, al regresar del colegio, encuentran acogida, aunque sea la de una nodriza. Según parece, hay incluso algunos que tienen padres que se acercan a darles un beso a la cama antes de que se duerman. Durante mi extraña infancia, el miedo va a sustituir a mi madre. Me es fiel, y está disponible cuando lo llamo, como una madre en una casa. El miedo me espera, vuelvo a encontrarlo siempre que decido hacerlo. Me enseña a observar y ejercita mi memoria. Sin esta droga, mi vida sería oscura, sosa, repetitiva. Cuando está falta de sentido, la vida necesita sal.

La libertad cuesta cara.

Al principio, te marcas mentalmente algunas películas,

descubres un mundo desconocido, juegas con lo prohibido y con el miedo, te parece excitante no vivir como los demás. Después los días pasan. El sueño se convierte en realidad. Y la realidad no todos los días es de color de rosa. Tienes hambre, tienes sed, tienes sueño. Andas durante horas, exhausto, atiborrado de promesas inaccesibles, cebado por las tentaciones de los incitantes escaparates. La amargura te traspasa, imperceptiblemente, al ver todo lo que te resulta imposible vivir y todo lo que te está vedado poseer. Estás constantemente a la que salta para escapar de las rondas de la policía. Desconfías de todos. Te mosqueas con todo. Te acostumbras al robo, e incluso tus rapiñas se vuelven insípidas. Tu amigo el miedo ya no te pone tan a tono como antes.

El cuento de hadas se convierte entonces en una pesadilla, es demasiado tarde: no quieres admitirlo, porque haría falta tener valor. Sobre todo, eres incapaz de detener ese desfile de días, esa sucesión de horas sin objeto, ese vagabundeo que te aleja cada vez más del mundo real y que sólo prosigues por una razón última: mejor el infierno de esta jungla que volver al correccional.

Ando una burrada. Las piernas me responden. Uno de mis circuitos preferidos es el de «Latour Maubourg - plaza de la República, ida y vuelta». Al caer la noche, vuelvo a mis bellos barrios de joven vagabundo, imaginándome, frente a los lujosos hoteles, que un rico va a bajar la escalinata, cruzarse con mi mirada, encariñarse conmigo y ofrecerme las delicias de su *suite*. Los días pasan. Las noches también. Los ricos siguen corriéndose juergas en sus iluminados palacios, mientras yo vuelvo a mi garaje de bicicletas, agotado, al límite de mis fuerzas, en las últimas…

¿Podría realizarse mi sueño? En un banco del Campo de Marte, un hombre elegante se me acerca, se sienta a mi lado. Va vestido con gusto, tiene aires distinguidos, representa unos sesenta años bien llevados. Inspira confianza. Le hablo con el corazón en la mano, no le oculto que me he fugado, que no tengo dinero, que busco algún trabajillo. Me dice:

—Jovencito, tengo lo que necesitas. ¿Quieres ganar cincuenta francos?

Yo contesto que sí embalado.

—Sígueme.

Llegamos a la calle del Comercio y entramos en un viejo edificio.

Su vetusto aspecto me hace pensar que mi protector va a proponerme algún trabajo de pintura. Entramos en un apartamento oscuro. Una vez allí, el señor tan distinguido me pide que me desnude. Me niego. Me apunta a la cabeza con un arma.

Paralizado, aguanto su violencia innoble, incomprensible.

Ya estoy de vuelta en la calle con cincuenta francos en la mano y un asco inmenso. Estoy helado hasta los huesos. Me duele todo. Quisiera lavarme, purificarme después de esta ignominia. ¿Dónde refugiarme? Mi corazón vomita algunas lágrimas. La desesperación penetra en mí como una bruma glacial. No consigo ver las cosas con claridad. La desgracia me hace tiritar.

Voy andando hacia Passy. En la plaza, un espectáculo de guiñol congrega a su público. Me siento frente al tenderete verde, como un extraño, ausente, en medio de los demás niños y sus madres. Uno de los títeres me suelta:

—¡Tú estás tan triste como yo!

Me escapo corriendo.

Tengo doce años y algunos meses. Acabo de descubrir la perversidad del hombre, lo que es capaz de imaginar para ensuciarse a sí mismo y degradar a sus semejantes. Sentí cómo me taladraba la garra del mal, cómo hurgaba en mi interior. Traspasó mi cuerpo, hirió el alma, un jardín secreto que existía en mí, y que aún era puro. Sobrecogido, paralizado, fui incapaz de pedir socorro. Sin embargo, en mi interior, en lo más profundo, allí donde ya no hay palabras, sí que pedí ayuda. Grité hacia un ser todopoderoso, para que viniese a librarme del horror.

No vino.

Nadie vino.

TRECE AÑOS
CHULO DE PUTAS

La violación me ha herido profundamente. También ha conmocionado mis ideas sobre el mundo e introducido desconfianza allí donde aún podía quedar algo de ingenuidad. Mi confianza se ha vuelto frágil, ha sido quebrantada. Ya no soy más que un rosal silvestre, sin podar, cubierto de espinas. Me gustaría encontrar un adulto, un tutor junto al cual poder crecer. De ahora en adelante tengo miedo de que todos los hombres sean como mi padre, como los educadores sádicos o como los elegantes violadores de los barrios distinguidos. El mundo de los adultos se me aparece como un suelo sobre el que uno cree poder andar, pero que revela estar podrido, carcomido por las termitas de la mentira y el vicio.

Sigo mi camino errante. No tengo elección.

Varias semanas después del «accidente», dos hombres jóvenes, bien maqueados, me abordan en la avenida Rapp. Me invitan a cenar en un restaurante de la calle Saint-Dominique. Gato escaldado del agua fría huye. Sin embargo, acepto su propuesta. No se viola a un niño sobre la mesa de un restaurante. Y tampoco se rechaza una comida cuando el hambre te retuerce las tripas.

Desde luego, estos tipos no acaban de recibir la Legión de Honor. Les cuento un poco mis penalidades. Me dicen:

—Hermanito, ya no estás solo, ven con nosotros, vamos a ocupamos de ti.

Desconfío, dudo, les sondeo. Uno de ellos no miente, me da en la nariz que es recto y honrado. El otro… Me voy con ellos.

Alquilan un apartamento en el bulevar de Latour Maubourg. Me

señalan mi habitación y me dan las buenas noches. Ellos se acuestan en la misma habitación, lo que me tranquiliza. De todos modos, me atrinchero, pero no es mi cuerpo lo que parece interesarles. ¡Uf! Dormir en una auténtica cama, con sábanas que huelen bien… ¡Qué placer poder estirar las piernas cuando desde hace casi un año duermo acurrucado en el garaje de las bicicletas!

Al día siguiente por la mañana, mis dos ángeles guardianes llaman a la puerta y me despiertan con amabilidad:

—¡En pie, hermanito!

Dejo con desgana este confortable nido y me doy una larga ducha abrasadora. El desayuno es abundante. ¡Bizancio en Latour Maubourg! ¿Qué me ha reservado este día, y qué mis dos mentores, que no tienen un físico de niños de María?

—¡Ven hermanito, vamos a vestirte adecuadamente!

Me llevan a un sastre muy selecto del barrio. El tipo, superdistinguido, me toma las medidas con un metro que brota de su mano como por arte de magia, y después trae un temo gris con finas rayas blancas, nuevecito, una camisa inmaculada, unos gemelos, una corbata y un abrigo de cachemira de sedoso tacto. Dejo mi polo que apesta a sudor, mi pantalón guarro, y me transformo en un señorito. Terminan su juego de birlibirloque ofreciéndome unos hermosos zapatos embetunados y un corte de mucha categoría en un gran peluquero. Nunca me habían acariciado la cabeza con tanta delicadeza.

Mis nuevos colegas, Jacquot y Pierrot, pagan todo en metálico, ya no me causa extrañeza. Este día mágico se desarrolla a toda velocidad, como por ensalmo. ¡Casi no me reconozco! Me miro en los escaparates y no doy crédito a mis ojos. Parezco un inglés. Ando en zigzag para sortear los charcos. ¡Lo más importante es no manchar mis zapatos de ricachón!

«¡Venga, hermanito, ahora un poco de turismo!». Un taxi nos lleva hasta la plaza Blanche. ¿Me van a pagar una velada en el Folies-Bergére? El Moulin-Rouge agita sus aspas en la noche, y el barrio cachondo, iluminado, es un hervidero de gente. Vamos andando hasta un gran café, en la avenida Jules Joffrin. La penumbra de la sala repleta de humo está perforada por las dagas de luz de los focos. Mis dos hermanos mayores me invitan a una limonada en el bar.

—Espéranos aquí, tenemos una cita.

Se van a charlar con varios tipos. Desde donde estoy puedo ver unos caretos no demasiado prometedores.

Una hora más tarde, terminados los conciliábulos, volvemos a «casa». No consigo adivinar cuál puede ser su actividad profesional ni, sobre todo, con qué salsa piensan devorarme. Una cosa me tranquiliza: no son violadores de niños. Duermo a pierna suelta.

Al día siguiente, por la tarde, cuando Jacquot me tiende mi primera arma, un revólver del calibre 7,65 y me explica con paciencia la forma de montarlo, de desmontarlo y su manejo, tengo la confirmación de que no son representantes de comercio. Sólo al anochecer pillo el modo de empleo de mi nueva vida.

Hacia las diez de la noche, volvemos a la plaza Blanche. Me dan instrucciones en la acera:

—Hermanito, espéranos aquí. Nosotros subimos a un piso a hacer nuestra movida. No deberíamos tardar más de cinco o diez minutos. Si ves que sale alguien corriendo, ¡le pegas un tiro!

Contesto «sí» de forma maquinal, apretando la cacharra en mi abrigo de cachemira.

Jacquot y Pierrot, apodado el Belga, entran en un viejo edificio. Espero delante de un cine próximo mientras vigilo la entrada. Un tío, que no es trigo limpio, me aborda:

—Ven conmigo, te pago la entrada.

—No, no puedo, espero a alguien.

No me deja en paz, el muy vicioso. Repito que «no» mirando a otra parte. El viejo marica pierde entonces la chaveta:

—¡Lárgate, jilipollas!, me abronca. ¡Aquí no pintas nada, o si no te vienes conmigo al cine!

Me coge del brazo, quiere arrastrarme hasta la entrada iluminada. Meto la mano en el bolsillo y estoy ya a punto de meterle mi juguetito en la nariz cuando Jacquot y Pierrot ruedan escaleras abajo.

—¡Corre, hermanito, síguenos, muévete!, me espetan.

Echo a correr sin comprender, dejando al sarasa pasmado.

Huimos hasta la estación del metro. Cogemos el tren al vuelo y allí nos vemos recuperando el aliento en el traqueteante vagón. De pie en un rincón, Pierrot me sonríe y, con el índice, me pide que me acerque. Abre su abrigo con una risa socarrona y me enseña la

culata de su herramienta. Está ensangrentada.

—Mira aquí, hermanito, murmura dándose palmaditas en la pierna.

Abro ligeramente el amplio bolsillo y veo unos fajos de billetes, mucho dinero.

—Lo ves, es rápido, me dice con un guiño.

Me agarro a la barra del vagón para no caerme. Me fallan las fuerzas, todo me da vueltas como un tiovivo, las piernas se me doblan.

Adivino de dónde viene el dinero y cuál es la movida de mis colegas. Son chulos de putas. Los billetes del Belga son las ganancias de una mujer de Pigalle y el jugo negro de la culata, su sangre. Me imagino cómo le ha quedado la cabeza y compadezco a la chica a la que le han dado una tunda.

A veces me digo, mientras vagabundeo por ahí, cuando me cruzo con esas hermanas noctámbulas, que más tarde me casaré con una virgen o con una puta. No me gusta lo que está en el medio. Me acerco a menudo a estas mujeres que venden sus encantos. Tenemos algo en común: que recorremos las aceras. Parloteamos sobre el macadán, y siento que se despierta su corazón maternal cuando les cuento mis penas. Estas chicas de la calle son cariñosas y comprensivas conmigo. Algunas me dan dinero, e incluso alojamiento. Les he cogido cariño a estos pájaros nocturnos, presos en negras mallas, entre las cuales hay muchas que tienen corazón de princesa.

La mayoría son chicas del campo que se acercaron a la capital soñando con un príncipe azul. Estas pobres crédulas pronto descienden a los infiernos, sometidas a un esclavista sin escrúpulos. Algunas tienen uno o dos hijos, que se quedan en el campo, confiados a los abuelos. Sólo van a verles una vez al mes. Esos niños son rehenes de sus macarras.

—Si no vuelves, mato a tiros a tu crío, dice el muy cabrón. ¡O si no le contaré, y también a toda tu familia, tus bonitas andanzas parisinas!

Presa de su reputación, la pobre chica va a dar un beso a su hijo de prisa y corriendo, se inventa una historia para explicar sus ausencias, o se parapeta en el silencio, y después vuelve a la acera, con el corazón hecho pedazos. Las rebeldes y las que se fugan

acaban en el norte de Barbes, en unos puticlubs para trabajadores inmigrantes donde los precios están tirados. Un centenar de servicios al día terminan de desfondarles el cuerpo y el alma.

¡Y mira por dónde, me veo convertido en cómplice de unos chulos de putas!

Me doy cuenta también de que he estado a punto de freír al marica. Si Jacquot y el Belga hubieran salido un poco más tarde, ¿habría disparado? Quizá… Unos segundos más y mi vida hubiera dado un vuelco.

Jacquot, en cambio, está callado. Sentado en uno de los asientos plegables, ¿puede imaginar mi estado de ánimo? Me mira, tranquilo y pensativo, y me coge por el hombro:

—Oye, hermanito, vamos a reponemos al Mario después de todas estas emociones, nos lo hemos ganado.

En el Mario, un restaurante italiano del distrito 18, hay muchos hombres a las mesas, de aspecto latino, de punta en blanco, con el pelo engominado y cadenas de oro al cuello. Tipos a quienes no dan ganas de buscarles las cosquillas. Hablan de «negocios». Si me dijeran que es la tasca de la mafia no apostaría un duro en contra. Mario, el patrón, un forzudo bien rellenito y jovial, me da un apretón de manos y me dice:

—Siéntate ahí, chaval.

Muy paternal, este Mario. Estamos en un salón interior lleno de humo y oscuro. Una luz baja ilumina un billar en torno del cual hay distribuidas cinco mesas de bar. Al fondo, una pared sin ventana en la que cuelga un inmenso espejo, una banqueta de cuero color habano, una gran mesa y algunas sillas de madera marrón.

Mario se inclina para acercarse a Jacquot mientras me señala:

—¿Es tu colega?

Jacquot me tira de la corbata y responde que sí con una mirada.

—Pronto le pones a sacar pasta, ¿no te parece?, pregunta el patrón.

Silencio. Pierrot juguetea con su navaja, una gran automática. Se mueve sin parar, extremadamente nervioso. Sus reacciones son imprevisibles. Mario sigue hablando con Jacquot, no con Pierrot.

El patrón rompe el silencio y retoma la palabra, como si no pasara nada:

—Tengo un asunto en la Sarthe, un buen golpe, fácil, jugosas

ganancias garantizadas. Podríamos sacar mucha pasta.

Hace el ademán de frotarse las manos y se levanta, invitando a Jacquot a que le siga. Pierrot se dispone a acompañarles, Mario le hace seña de que vuelva a sentarse.

—¡Eh, Belga, quédate sentado, no dejes que se enfríen mis espaguetis!

Pierrot aprieta los dientes, visiblemente furioso. La presión aumenta. Un camarero con aspecto de patibulario le llena el plato sin perderle de vista. Pierrot clava también su mirada en él. En un instante se vuelve irreconocible, se transforma en fiera, se abalanza sobre el camarero.

Instalados en una mesa vecina, Jacquot y Mario llegan a toda prisa y separan a los dos hombres que ruedan por el suelo. Pierrot vomita insultos. Jacquot alza la voz:

—¡Basta, siéntate, come y calla!

Pierrot obedece. Se atrinchera en un silencio encolerizado.

Mario cena con nosotros, lleno de atenciones hacia Jacquot y hacia mí. Su mirada cambia inmediatamente cuando se cruza con la de Pierrot. Percibo desconfianza y una secreta animadversión hacia él.

Las pastas están suculentas, y Mario me invita a un segundo postre. En el momento de marchamos, me da afectuosas palmaditas en la cabeza y me susurra al oído:

—¡Lo más importante, chaval, es que no escuches más que a Jacquot, no debes confiar más que en Jacquot!

Cruzamos el salón principal. El camarero, detrás del mostrador del bar, sigue nuestra partida con una mirada sombría, el rostro hermético. Jacquot lleva a Pierrot agarrado del brazo. Se palpa en el aire una atmósfera tormentosa. En la calle, Pierrot estalla. Me abofetea violentamente preguntando:

—Mocoso, ¿qué te ha dicho el macarroni antes de salir? ¿Eh, qué te ha dicho?

Jacquot le agarra por las solapas y le escupe, a dos dedos de la cara:

—¡No toques al crío, si no, te mato! ¡No vuelvas a hacerlo nunca!

Hacemos el camino de vuelta envueltos en un silencio que pesa tres toneladas. Pierrot me da miedo. Respira violencia y maldad.

Jacquot, en cambio, es amable conmigo, casi fraternal. Es un hombre con corazón.

Mientras Jacquot se da una ducha, Pierrot me dice que vaya a su lado. Saca su cacharra y me pone el cañón en la cabeza.

—¡Mierdecilla, te voy a hacer papilla el cráneo!

Cierro los ojos, va a disparar, la bala va a perforarme el cerebro y a darme el pasaporte. Este tío está loco, es capaz de todo. Aprieta el gatillo. Es el fin. Clic. Suelta una risotada:

—¡Ja, ja, te he engañado, jilipollas! Has pasado miedo, ¿eh?

Se vuelve a poner serio, me clava la mirada:

—Mira, si haces el chorra, te reviento. ¡La próxima vez habrá una bala!

Se pira.

Hay nubarrones en el ambiente, la tensión se acumula.

Jacquot vuelve y me pregunta:

—¿Te ha gustado la velada, hermanito?

Contesto con un discreto sí.

—Mario tiene debilidad por ti, ¿sabes? Dice que tienes mirada y planta de jefe. Aún tienes que aprender muchas cosas: a obedecer sin hacer preguntas y a no fiarte más que de un solo hombre. ¿Qué es lo que te ha dicho Mario, por cierto?

—Que sólo te siga y te escuche a ti.

—No le hagas caso a Pierrot. Está a la que salta, se ha fugado de la Legión extranjera. Es un buen soldado, un poco pirado.

Me acuesto, no demasiado tranquilo. Jacquot me ha calmado, y sin embargo mi sueño tiene la misma paz que un lago en noche de tormenta. Las imágenes de la sangre, de los billetes, las peleas, la huida, la carrera desenfrenada, el cráneo partido, todo se mezcla en mi sueño con la mirada afectuosa de Mario, las pastas con albahaca y el postre con chantillí.

A la mañana siguiente, voy paseando por el barrio cuando, de pronto, me tocan el hombro. Es Pierrot. Me mira de arriba abajo con una mueca llena de desprecio y de rabia. Mira a su alrededor, abre su chaqueta, saca un revólver con silenciador y apunta a una farola situada a unos treinta metros. ¡Paf! La bombilla explota. El Belga vuelve el material a su funda y me suelta:

—¡Te mataré, jilipollas!

Da media vuelta y se va lanzando un escupitajo. La tensión sube

un punto.

CATORCE AÑOS
GIGOLÓ EN MONTPARNASSE

Una tarde, a primera hora, Jacquot me lleva a La Coupole, el famoso café del barrio de Montparnasse. Estoy sólo con él, no sé dónde se ha metido el Belga, y eso me tranquiliza. Por la mañana, Jacquot me ha regalado un traje nuevo, muy elegante, y unos zapatos de charol. Nos sentamos en uno de los bancos de la inmensa sala, pedimos una naranjada. Jacquot me dice:

—Escucha bien el plan. Vendrás aquí, tomarás un té y te pondrás a leer el periódico. Harás exactamente lo que te digo. Pedirás un segundo té, y después la cuenta. Si el camarero te contesta que la cuenta está pagada, le preguntarás discretamente quién la ha pagado. Doblarás el periódico e irás hacia la señora que te haya señalado, dándole las gracias con un ademán de cabeza. Después irás andando lentamente hasta la salida, mantendrás la puerta abierta para que pase la señora, te apartarás cuando se acerque, con una sonrisa, para dejarla pasar. La acompañarás hasta su coche y te montarás con ella. ¿Lo pillas?

Contesto que sí, repito las diferentes etapas de la operación. A decir verdad no comprendo nada. ¿Qué se pretende con todo ese tejemaneje? Tengo la impresión de representar el papel de un agente secreto que no ha comprendido su misión.

¿Por qué quiere Jacquot que me suba con ella al coche? No entiendo bien el resto de su folletín y no me atrevo a hacerle preguntas.

Al día siguiente, un viernes por la tarde, voy a La Coupole, con un nudo en el estómago. Allí, al ver el gran número de mujeres que

hay en las mesas, pillo rápidamente que no soy un agente secreto. Jacquot está sentado a unos veinte metros. Hace como que no me conoce. Pido un té. Abro mi periódico. Las hojas resbalan, caen, se chafan. Trato de recoger las inmensas hojas y de volverlas a poner en orden. Es un ejercicio difícil de hacer en vertical. Este *Fígaro* se burla de mí. Debería haberme entrenado en mi habitación, en casa. Debo estar ridículo, y me imagino que todo el mundo me mira mientras revienta de risa. Estoy colorado como un vaso de vino tinto. Me olvido de mirar a las señoras. Me bebo un té, un segundo té, un tercero, un cuarto, y sigo sin atreverme a preguntar quién paga. Tengo unas ganas locas de mear, pero no me decido a levantarme. Aprieto las piernas cada vez con más fuerza. Después del quinto té, ante la amenaza de explosión, me voy al fondo del pasillo, a la izquierda.

Jacquot se reúne conmigo en los servicios. Está que echa chispas.

—¿Pero qué coño haces?

—Éste, pues, ya lo ves, hago pis…

—¿Sí, ya lo veo, pero además de eso?

Está furioso. No me atrevo a decirle que estoy azorado.

—Éste, pues, es por el periódico… ¡La verdad es que no lo domino! Debería haber cogido un formato más pequeño.

—¡Me importa un bledo el periódico! Bueno, vuelves a sentarte y pides la cuenta. ¡Ya basta de cuentos!

Avergonzado, vuelo a mi sitio. El camarero me trae un sexto té. No he pedido nada y empiezo a no poder soportar este agua caliente y sosa, a pesar de parecerme a un inglés con mi vestido nuevo. El camarero me apunta:

—Aquélla es la señora —allí— que le invita.

Sonrío al camarero, sonrío a la señora. Sorpresa agradable, es una hermosa mujer de unos cincuenta años aproximadamente, rubia y bastante bien conservada. Tengo potra. Podría haberme tocado una vieja pelleja, y además fea.

Me levanto dignamente, me acerco hasta ella, la saludo. Me sonríe. Voy directo hacia la puerta y la sostengo, después voy hasta su coche, un Cadillac. Me siento a su lado, empezando a verle atractivo a esta ceremonia.

—¡A casa, Roger!, le dice al chófer.

Vamos en coche unos veinte minutos, en silencio, hasta una magnífica casa situada en el extrarradio oeste de París.

Una vez allí, me dejo hacer…

El fin de semana me parece muy agradable. Esta señora, que va en busca de ternura, me inicia a unas caricias desconocidas, mimándome como a un niño, como a un amante.

Al lunes siguiente, su chófer me deja en París, después de haberme dado 2000 francos. Esta cantidad corresponde aproximadamente a dos meses de sueldo. El salario mínimo interprofesional de esa época es de 800 francos.

A decir verdad, no encuentro desagradables mis primeros pasos en la prostitución. Doy el dinero a Jacquot. Me alarga 200 francos con un guiño: «¡Lo ves, está tirado!». Efectivamente, es fácil, da jugosos beneficios y prefiero con mucho dar amor a las mujeres abandonadas que ir a extorsionar a mis amigas las prostitutas.

Por desgracia, lo uno no impide lo otro.

Durante un año voy a vivir con este ritmo de tres tiempos: entre semana, chantaje por las tardes; el fin de semana, galanteo con cuatro dientas regulares; y unos días terriblemente vacíos. El dinero corre a borbotones, y sin embargo no me da la felicidad. Los días me parecen largos, y envidio a los niños que van al colegio mientras yo me entreno en desmontar y montar mi 7,65 con los ojos cerrados, y a desenfundar lo más rápido posible. Jacquot tiene un montón de detalles conmigo. Es un hermano adoptivo, no un padre.

Desenfundo, y a veces veo la silueta de mi padre en el punto de mira. ¿Tiro o no tiro? Creo que me gustaría que sufriera un poco antes de disparar.

Mis recreos los paso en la calle, espiando la salida de los colegios y todos los gestos de afecto que prodigan los padres a sus hijos: las manos que se entrelazan, los mimos en la mejilla, los besos en el cuello, las frentes y las narices que se frotan… Estos signos de ternura se clavan como astillas en mi corazón. Los imito, los reproduzco con mis dientas, con esas señoras maduras a las que aprendo a comprender, a compadecer y a querer. Están solas, dramáticamente solas, en su palacio dorado, en su jaula de lujo, mantenidas por unos maridos de bragueta tan ágil como su cartera. Las abandonan por unas pollitas jóvenes a las que mantienen en sus picaderos y a las que, durante el fin de semana, llevan a Saint-

Tropez o a Megéve.

Con mi sed de ternura, me gusta recibirla y me aficiono a darla. Los fines de semana representan una especie de burbuja de dulzura que me permite olvidar mi soledad y ese trabajo de extorsión que cada vez me cuesta más hacer. Jacquot y Pierrot me conceden un ascenso, cosa de la que preferiría pasar. Ya no soy su vigilante, me convierto en un miembro activo de la banda. En la acera, les pregunto a las chicas qué tarifa tienen y regateo, como si fuera un joven desplumado que quisiera ir con una gachí. Subimos, la chica no sospecha nada. Jacquot me sigue sin dejarse ver. Interviene antes de que comience el espectáculo, mientras Pierrot vigila en el rellano, o al revés.

Es un juego peligroso. Los macarras nunca andan lejos. Las reacciones de las chicas son imprevisibles. Algunas están desesperadas, les importa un bledo que las amenacen con una pipa y chillan. Otras, borrachas, intentan golpearnos. Ya hemos tenido problemas, tiros, sangre, y me da la impresión de que mis dos colegas van demasiado lejos. Por mucho que cambiemos de barrio, a estas alturas nuestro chantaje ya es conocido. Tanto los macarras como las chicas están a la que salta. Hemos invertido los papeles para variar… Presiento que algo va a salir mal. Varias veces, las balas nos silban en los oídos. El incentivo de la pasta, la espiral de querer siempre más, y la ebriedad de la adrenalina adormecen el sentido común y la prudencia.

A veces, como un rayo, me atraviesan las ganas de morir. Es un destello de desesperación. Espero una bala perdida. Esta vida no conduce a nada. Es un callejón sin salida. No puedo seguir participando en el sufrimiento de esas chicas. Con gusto le cantaría las cuarenta a los chulos. Sobre todo, no soporto la violencia gratuita de Pierrot. No puede refrenarse y no pegar, incluso cuando la chica se somete y nos larga la pasta sin decir ni pío. El muy mierdoso disfruta con eso, y me gustaría hacerle pagar su sadismo.

Extorsionamos preferentemente a las chicas cuyo macarra ha sido enviado al hospital, estableciendo un circuito paralelo más rentable para la prostituta: la mitad para nosotros, la mitad para ella. Cuando su macarra vuelve, ha hecho unos ahorrillos.

¿Presentimiento, intuición? Me parece que Jacquot también está harto. Ya no soporta al Belga, de quien se fía cada vez menos, y

siente lástima por la mayoría de nuestras víctimas. Además, ha adelantado la hora de nuestras visitas —empezamos hacia las diez — para que las chicas tengan tiempo de volver a ganar dinero antes de la madrugada. Nuestro volumen de negocio baja —las cajas nunca están llenas a esa hora—, y eso saca de quicio a Pierrot.

Para calmar su furia, nos vamos a extorsionar a los maricas del Trocadero o a los de las Tullerías. Jacquot se muestra bastante menos tierno que con las chicas. Nuestra técnica funciona bien: yo me subo al coche, fingiendo ser un tío salido. Una vez que el marica coge confianza, agarro las llaves de contacto. Entonces Jacquot y Pierrot se abalanzan sobre él a través de la ventana y le hacen unas carantoñas a su estilo. Les zurro la badana con mucho entusiasmo. Me sirve un poco para vengarme de mi humillación.

Es algo que me alivia la memoria.

… Todos los días el mismo circo, excepto los fines de semana, en los que soy yo el que se prostituye con las mujeres ricas de La Coupole.

—Ya es hora de ir a atender tus deberes con esas señoras, dice Jacquot riendo el viernes por la tarde.

Yo, que no conozco de la mujer más que la herida del abandono materno y la dureza de ciertas educadoras, descubro, gracias a las atenciones de estas damas, un poco de dulzura y de delicadeza.

Una de ellas me estrecha un día entre sus brazos, me acaricia la mejilla y susurra la famosa frase: «¡Tienes unos ojos preciosos, sabes!». Lo dice de corazón. Es la primera vez que una mujer me dedica un piropo tan bonito.

Tengo catorce años, y no es mi madre…

ANDÉN DE PARTIDA,
MI HERMANO MAYOR SE LAS PIRA

Un lunes por la mañana del mes de noviembre, vuelvo a Latour Maubourg después de un fin de semana en buena y dulce compañía, con mis 2500 francos en el bolsillo. Estoy contento porque voy a volver a ver a Jacquot. Toco el timbre en el apartamento, nadie abre. Llamo a la puerta sin éxito. Aporreo, doy voces. No hay respuesta. Espero hasta el mediodía, sentado en la escalera. Nadie viene, ni Jacquot ni Pierrot. Voy a casa Lucien, un restaurante que frecuentamos por las tardes. Nadie les ha visto. Me parece sospechoso, me empieza a entrar el pánico.

Por la tarde, me voy volando al restaurante de Mario. Ha salido. Esto es cada vez más raro. Ando desde Jules Joffrin a Latour Maubourg, sintiendo de pronto el manto de soledad de mis primeras semanas en París, soledad a la que ahora añado la preocupación. El apartamento sigue vacío. Vuelvo al restaurante de Mario. Uf, ahí está. Se acerca con una sonrisa, aliviado.

—¡Ah, estás aquí, pequeño! Me alegro de verte. Me han dicho que has venido a buscarme esta tarde. Ven, vamos a sentamos, tú y yo tenemos que hablar.

Nos instalamos en la sala de billar, y él hace una seña a los demás para que nos dejen solos.

—¿Qué quieres beber, limonada con jarabe o un anisete?

—Una limonada con jarabe, gracias, señor.

Me da unos amables cachetitos en la mejilla.

—¿Cuándo vas a decidirte a llamarme Mario?

Mientras vacío mi vaso, me dice:

—¿Buscas a tu colega Jacquot y al otro loco, no? Se han pasado

de rosca con sus movidas… Y todo por culpa del Belga. Ya le había dicho a tu hermano que no se asociase con ese desertor. Un mal soldado nunca deja de ser malo… No me escuchó.

Mario se calla, con la frente arrugada, preocupado. No me atrevo a pedirle noticias de Jacquot, y sin embargo, la pregunta me quema los labios. ¿Sigue vivo? ¿Le han pescado?

Como si adivinase mis mudos interrogantes, Mario continúa:

—No te preocupes, tu colega está sano y salvo. Vendrá enseguida. Está vivo. Va a tener que irse a descansar al campo durante un tiempo para que le olviden. Y en cuanto a ti, chaval, tienes toda la vida por delante para triunfar en los negocios, aprovecha este accidente para cambiar de rumbo. Eres demasiado joven para este tipo de historias, terminará mal. No eches a perder tus mejores años. Mira a mi hijo: tiene tu edad y vive tranquilamente con su madre y sus hermanas. Vuelve con tus padres, ¡disfruta de la vida!

Mario habla de descansar, de irme al campo, de hacer como su hijo… ¡Qué más quisiera yo que vivir con mi padre o con mi madre, o por qué no con los dos juntos, ya que estamos! Se me hace un nudo en la garganta. No soy hijo de nadie. Mi vida es una constante huida. ¿Cambiar de rumbo? ¿Para ir a dónde? Nunca hay descanso cuando se huye, sobre todo a los catorce años.

He soñado con la libertad en mi prisión infantil, y no he descubierto en la calle más que la inquietud y la soledad, una innoble violencia oculta bajo la hipocresía de una mano tendida, la ley de la selva. El buen Mario me devuelve, sin quererlo, sin saberlo, a mi herida original. Sus palabras desgarran la cicatriz de mi memoria. La llaga se abre de un golpe. Destila el pus de la rebeldía. ¡No, no quiero ser un niño abandonado!

Bastante me han dicho ya que soy una «mala simiente» en el correccional. Los hijos de los hombres se parecen a los granos de la mostaza o a las semillas del maíz. Si crecen mal o sin abundancia, es porque no se los ha cuidado lo suficiente. No se les puede pedir que amen lo bello, lo verdadero, el bien, cuando no se les ha guiado hacia lo bello, lo verdadero y el bien. No se les puede pedir que crean en el hombre cuando no han sido ni esperados ni escuchados. Para que el grano fructifique hay que ocuparse de la tierra con amor, estar atento al crecimiento, cortar a veces, escardar a

menudo, y respetar los tempos.

Dejo a Mario después de cenar, con todas estas ideas arremolinándose en mi cabeza, sin decir ni pío. Me acompaña hasta los Inválidos. Antes de separamos, murmura:

—Chaval, no le hagas demasiadas preguntas a tu colega. Dile que le veré donde Lucien mañana al mediodía.

Corro hasta Latour Maubourg, subo los peldaños de cuatro en cuatro. Llego al segundo piso, doy golpes, toco el timbre. Jacquot me abre la puerta.

—Entra, hombre, ¿dónde estabas?

Me dan ganas de abrazar a mi hermano mayor. ¡He estado tan preocupado! Contesto, más sofocado por la emoción que por la carrera:

—Donde Mario… me ha dicho… que te diga… mañana a mediodía… en casa Lucien.

—Vale, Mario está bien, mejor que mejor. Tú estás bien, estupendo. Pues ya ves, yo no estoy bien, hermanito.

Me callo. Me da miedo escuchar lo que sigue. Me hago una bola en un rincón frente a este paladín caído.

—Ya ves, hermanito, lo dejo. Ya he ganado suficiente guita, no tengo ganas de pasarme el resto de mi vida a la sombra. Al otro cabrón no volverás a verlo, ya no volverás a tener miedo, no te matará… Ha hecho el imbécil, no me ha obedecido, y se ha quedado en el sitio.

Jacquot se lleva las manos a la cabeza, pálido como un muerto, lívido y triste. Nunca le he visto tan descompuesto. De repente, se levanta, recoge sus tres pipas, y alarga la mano.

—Pásame la tuya.

Le doy mi revólver. Envuelve las armas en papel de periódico, en trapos, y empaqueta el bulto con esparadrapo.

—Lo dejo todo. Voy a largarme con la chica que viste el otro día. Estoy colgado por ella. Quiere casarse. Es guapa y está forrada, nunca viene mal. Lo siento, hermanito, nuestros caminos van a separarse. Te devuelvo tu libertad. Mañana tendrás que arreglártelas. Deja los negocios, encuentra un trabajo razonable. Eres espabilado, tienes ganas, saldrás adelante.

Nos vamos a la cama con estas terribles palabras. Imposible conciliar el sueño. No quiero dejar a Jacquot. Es mi hermano

mayor. Él me protege, yo le cubro. Compartimos los riesgos y el botín. Desde luego, él saca más. No se lo reprocho, él es el mayor.

Cuando abro los ojos, a la mañana siguiente, Jacquot va de punta en blanco, como un señor. Su nueva vida comienza a lo grande, la mía con una depre. Cada uno coge en la mano su maleta y damos portazo a este apartamento en el que hemos compartido un año de vida y muchas emociones. Le acompaño en metro hasta la estación del Norte.

En el andén de salida, se para, me mira durante un buen rato y me abraza diciendo:

—Gracias hermanito. Has sido mi primer hermanito, el que siempre soñé tener.

En sus ojos brillan unas perlas. Sube en el tren que le lleva a Bruselas. Salgo pitando para no llorar delante de él. Las piernas me flaquean, mi corazón y mi garganta se atenazan, la pena me ahoga. En mi interior es el diluvio, la gran avenida, un Niágara de tristeza.

Voy errante, con mi maleta en la mano. Doy vueltas en redondo. Vuelvo a la estación, imantado por este andén de salidas, por la loca esperanza de que mi hermano de corazón haya bajado de su tren, cambiando súbitamente de decisión. No, el andén está vacío, el tren se ha ido, llevándose a Jacquot. Ha salido de mi vida, y yo debo expulsarle de la mía si no quiero sentir demasiada pena.

Acabo de dejar mi maleta en consigna cuando dos policías de guardia me piden los papeles. Mi vigilancia ha quedado embotada por la emoción, me había olvidado de éstos… Hurgo en mis bolsillos, pensando en la mejor táctica para salir del apuro. Un grupo de turistas holandeses sale de un andén por detrás de los polis; eso los distrae un instante. Aprovecho la ocasión. Empujo a uno de ellos, ruedo por el suelo, me levanto en medio de los pasmados turistas que retrasan la caza de los policías. Salgo zumbando a toda pastilla por el vestíbulo de salidas. Ya estoy fuera, en la calle, corro como un loco, con la nariz aterida de frío. No oigo ni los silbatos ni las carreras a mi espalda. Uf, les he dado esquinazo. ¿A dónde ir? Jacquot me ha dicho que no vuelva nunca al apartamento, ni a los sitios que frecuentábamos juntos.

A los catorce años, ¿cómo sobrevivir en la ciudad de la gran soledad cuando ya empieza a asomar el invierno?

QUINCE AÑOS
LA VUELTA AL MUNDO CON EL SEÑOR LEÓN

Otra vez solo.

Vuelvo a mis viejos hábitos, de mala gana, y a un garaje de bicis para dormir, cerca de Bir-Hakeim, en la calle Alexandre Cabanel. Me cuesta una barbaridad conciliar el sueño. Mis costumbres de ricacho en el mullido apartamento de Jacquot me han vuelto delicado y friolero. Tirito de frío y de tristeza en este cuchitril de dos metros por tres, atestado de bicicletas, en el que el cuerpo no logra estirarse nunca por completo.

Al día siguiente, paso a la acción. Hace cada vez más frío. Jacquot me ha dejado un poco de dinero, pero estos ahorros no alcanzan para pasar el invierno. Tengo que encontrar un currelo, en primer lugar para tener la cabeza ocupada. Estoy cavilando demasiado desde que se fue mi hermano mayor.

Abordo a un señor cerca del Campo de Marte, con la mayor amabilidad del mundo gracias a las fórmulas aprendidas con mis dientas de La Coupole. Eso reaviva un horrible recuerdo. No tengo elección. Este señor parece muy correcto. Le confío mis cuitas, mi búsqueda de trabajo.

Me escucha con atención y después me pide que le siga, tranquilizándome.

—Hijo, te voy a presentar a un conocido. Tal vez tenga un empleo para ti.

Hete aquí que llegamos ante el Félix Potin[1] de la calle Saint-Dominique. Mi mentor parece sentirse como en casa: el patrón del supermercado lo saluda con una reverencia. Me presenta como a un joven de confianza, un tío con ganas. Me hace tan bien la

recomendación que el patrón me contrata en el acto como almacenero. Me pide mis papeles de identidad, y le contesto:

—No hay problema, tengo 16 años, se los traigo mañana sin falta.

Al día siguiente, claro está, me olvido de unos papeles que no tengo y empiezo a trabajar. Es duro. Tengo que descargar grandes cajas de madera llenas de botellas de vino o de limonada. Son pesadas, muy pesadas. Un tío de la Martinica, cuadrado, me lanza las cajas. Yo tengo que atraparlas al vuelo. Se ríe, el muy armario:

—Tus brazos son muy debiluchos, como espaguetis.

No le contesto, me contengo para no darle con mis espaguetis en la jeta. Me peleo con esas cajas que me parten los brazos, con todas esas litronas de tintorro que hay que almacenar en el sótano. Necesito este trabajo y no quiero decepcionar al tío que me ha enchufado aquí, es una cuestión de honor. Por la tarde de este primer día, molido, con los brazos hechos puré, me siento orgulloso de mí mismo. Me he ganado a pulso mi salario, a pesar de que sea una miseria al lado de mis honorarios de los fines de semana.

Me regalo un pequeño extra. No es muy legal que digamos. En fin, es menos deshonesto que atracar a unas prostitutas. Birlo unos filetes de pavo y un poco de café, y deslizo el paquete por el borde del tragaluz del almacén.

Da a una bocacalle adyacente. Al salir del trabajo, rodeo la tienda, me agacho delante del tragaluz para atarme los cordones del zapato y recojo mi cena de esa noche. Lo saboreo en un banco de la plaza Lowendal, desgarrando la carne cruda a dentelladas, como el león que ruge sobre su roca en medio del jardincillo. A modo de postre, chupeteo los granos de café.

Al día siguiente, el patrón me confía la venta de frutas y verduras. Aprendo a pesar, a empaquetar, a encontrar la palabrita justa para las dientas, ese comentario amable que alegra el día, con una sonrisa de oreja a oreja. Siempre añado un poco en la bolsa de la compra, después de haber pesado el producto, la gente es sensible a estos detalles. Los días pasan, se instala el invierno, sin demasiados tonos grises ni demasiada tristeza. Los clientes habituales me hablan con amabilidad. Estas buenas gentes no sospechan que soy un prófugo que duerme en sus sótanos y que no se lava más que una vez a la semana, en la piscina municipal.

Un día, entrego una bolsa en casa de una señora que me da una regia propina. Su sonrisa de princesa me ilumina. Tiene encanto, elegancia, aplomo, una voz acariciadora. Quedo hechizado. Le pregunto al portero en qué trabaja. Me mira como si fuera un retrasado:

—¡Pero si es Jeanne Moreau!

—¿…? ¿Y quién es, Jeanne… Boreau?

—¡Pues, la actriz!

No tengo ni idea de quién es esta Jeanne Moreau, pero su propina me ha dado ideas. Empiezo a hacer horas extra, a entregar pedidos durante la pausa del mediodía y por la tarde, después del trabajo. Ahorro. El patrón me tiene en palmitas:

—A los veintiún años, si sigues así, tendrás tu propia tienda. No te olvides de traerme mañana tus papeles. Llevas seis meses prometiéndomelos…

Evito la confrontación gracias a un cambio de gerente. Le aseguro al nuevo que se los he enseñado al de antes. Jugada perfecta.

El sábado por la tarde y el domingo sigo haciendo pasar buenos ratos a algunas de mis dientas predilectas de La Coupole. Corro el peligro de acabar agotado.

Al cabo de algunos meses, un cliente observador adivina que no tengo casa. ¿Quizá por el olor? Y sin embargo, me rocío con desodorante… Es un hombre de edad indefinida, y tampoco va muy aseado. Me propone un techo. Es un chollo. Me siento exhausto por la fórmula del escondite y la piltra en el sótano de las bicis. He juntado el suficiente dinero para ir a un hotel o para alquilar una buhardilla, pero soy demasiado joven, sólo conseguiría que me detuvieran inmediatamente.

Este hombre es el portero de una gran biblioteca en el bulevar de Latour Maubourg. Lo encuentro raro. Su conserjería es pequeña, húmeda y ruidosa. Mi presentimiento se confirma. Desde la primera noche, este homosexual me propone «cosas»: rechazo con firmeza sus avances y me dispongo a marcharme cuando me invita a quedarme a pesar de todo. Aunque me respeta, su inquietante presencia altera mis noches.

Duermo durante varios meses en el cubil de este individuo, en este cuartucho que apesta a vicio, vigilando mis entradas y salidas

para que nadie me vea en el edificio. Mi empleo me ha integrado en la vida del barrio. Saludo a los viandantes como a viejos conocidos y los polis de la zona piensan que soy un chaval de por aquí.

Nunca se sabe… La obsesión de una vuelta al correccional me incita a seguir alerta.

Tomo mis precauciones. Por ejemplo, teniendo el reflejo de fijarme, al principio de cada calle que cojo, en el nombre que hay escrito en la placa de una de las casas. Si me para la poli, contesto que vivo aquí al lado, en el número tal de la calle cual, con mi abuela o con mi madre, la señora equis. Cito el nombre y el portal que me he aprendido de memoria. El truco funciona, los polis me creen. Pero no me llega la camisa al cuerpo. Cuando sospechan de mí y quieren llevarme a casa para comprobar lo que digo, sólo me queda una solución: darles esquinazo y largarme rápido, como alma que lleva el diablo.

¡Pegársela a unos perseguidores, qué satisfacción! Como salir de las catacumbas después de haberse escondido durante horas en el enrevesado laberinto subterráneo de la noche. Es lo que da chispa a mi vida, el condimento de mi arroz. Aprendo a dominar mi aliento cuando me pongo a cubierto detrás de una puerta de garaje o debajo de un coche y una patrulla me pisa los talones. ¿Me traicionará el
tam-tam
de mi corazón…? Mi amigo el miedo me sigue siendo fiel.

Las veladas las paso vagabundeando por las calles de la capital, robando con los ojos la alegría de los enamorados, de los niños y de sus padres, en una palabra, la alegría de todos los que se quieren y no lo ocultan. Como un águila solitaria, observo, escudriño, elijo una presa y ya no la suelto. Sin embargo, no puedo robar ni un padre ni una madre, ni la alegría ni el amor… Sólo imágenes que duelen.

Todas las tardes, en el palco del teatro de la vida, observo intensamente a la gente en las terrazas de los bares, en las colas de los cines, tras los cristales de los restaurantes. Todas las tardes, los actores cambian. El escenario de la obra se repite siempre, sobre un fondo de risas, de alegría, de miradas cómplices, de manos entrelazadas, de bocas que se unen. Todas las tardes, mi soledad se hace más profunda.

Algunas noches, en el barrio latino, sigo a estos peatones de la felicidad en su tierno paseo y se me hace insoportable. Entonces, me dirijo hacia los enamorados que se dan la mano y paso entre los dos, provocador, para romper la cadena simbólica de su amor. Trastocan mi clima interior y provocan una tempestad incontrolable cuyos rayos se dirigen inmediatamente hacia mi padre. Las oleadas de odio me sumergen. Aprieto los puños en los bolsillos.

Vuelvo a hurtadillas hasta mi conserjería y a veces me cruzo con un chico que ha cedido a los avances del portero. Me entran ganas de vomitar y de partirle la cara a este obseso. Prefiero huir. Agotado por mis salidas nocturnas, vuelvo a mis garajes de bicicletas para tratar de dormir un poco. Unas imágenes asquerosas me invaden.

Por la mañana, mi forma física para volver al trabajo no es precisamente olímpica. Trato de enmascarar la fatiga.

—¿Qué pasa Philippe, hemos estado de juerga?, me pregunta riendo el gerente.

Si supiera… Me insulto interiormente para ayudarme a seguir en pie:

—¡Aguanta, *desinflao*, no eres más que un debilucho, venga, ten más agallas!

Un día el patrón me grita desde lejos:

—Una entrega rápida para la Casa de la Radio, estudios Jacques Picard.

Guénard garantiza un servicio sin par, es como si ya estuviera hecho.

En los estudios Jacques Picard por poco dejo caer el paquete al suelo. Mis clientes son cuatro bigotudos cantantes. ¡Son los Hermanos Jacques en persona! Están ensayando. Les sirvo las bebidas y me quedo allí plantado, escuchándoles, fascinado por la amabilidad, el talento y el profesionalismo de estos generosos artistas. Yo que busco historias para meterme marcha, encuentro una enorme al verles retomar siete veces su canción «He hecho mermelada…» y todas las muecas cachondas que la acompañan porque no están contentos con el resultado. ¡Un auténtico latigazo! Mi fatiga se esfuma.

Vuelvo a la tienda feliz y halagado.

—¡Vaya, Guénard, ya te vale! ¿Has dado de beber a todo el personal de la Casa de la Radio?

El patrón está de coña. No se lo toma a mal. Le cuento mi encuentro. Con complicidad, me envía a menudo a llevar pedidos a los estudios. Allí me encuentro con diferentes artistas. De este modo, consigo quedarme con las camisas con las que han ensayado Johnny Hallyday y Dick Rivers. Vuelvo de estos garbeos como en una nube. Yo que no soy hijo de nadie, atiendo a las estrellas…

Cuando, tras estos claros en mi vida gris, llega la noche, sueño en mi garaje de bicis, o en la sórdida conserjería del viejo obseso, que uno de esos artistas va a terminar mirándome, fijándose en mí, tomándome afecto para luego invitarme a su casa, a compartir su vida dorada. Cada uno sueña como puede. El sueño gana terreno a la miseria, al sufrimiento y a la angustia. Es un viaje que no sale caro y que no molesta a nadie. Y no hay huelgas en el tren de los sueños…

Me encantan estos artistas. No por su popularidad, sino por lo que son, fuertes y frágiles al mismo tiempo. Al observarlos, tengo la impresión de poder traspasar el escaparate de los famosos y deslizarme entre los bastidores de su corazón, adivinar cómo son en la intimidad, en su secreto camerino.

Les pongo de beber, sin decir nada, sin importunarles con peticiones de autógrafos, totalmente a su servicio. En la mayoría de los casos, estos ensayos son trabajosos. Vuelven a empezar una canción desde el principio debido a un defecto inaudible para el profano. Sufro al ver que tienen que interrumpir su esfuerzo. Algunos obedecen sin decir una palabra. Otros echan pestes y protestan. Otros se lo toman a broma. Y otros al fin, extremadamente sensibles, viven estas pausas como un fracaso y una ofensa. Siento que están a punto de venirse abajo. Les admiro con locura.

Todo este trabajo, todo este esfuerzo, para llegar a la noche de la Gran Noche, a ese momento mágico y sagrado en que el artista entra en escena, con los nervios atenazándole el vientre, cegado por los focos, enfrentándose a un público ávido y difícil. Dispuesto a darlo todo, espléndido y solitario como la estrella que asciende al ponerse el sol.

Estas ensoñaciones me acompañan durante mis caóticas noches en mi palacio de las bicis. He preferido dejar la conserjería del portero marica antes de convertirlo en papilla para gatos, asqueado

de verle llevar a ese antro fétido a jóvenes presas para pervertirlas.

Una noche de melancolía, en el barrio de Auteuil —prefiero los barrios bonitos: como su propio nombre indica, son bonitos, y eso me ayuda a soportar la fealdad de la soledad—, me cruzo con un tipo extraño. Dice llamarse León y se sienta en su banco de la acera como en un trono. Me llama:

—¿Jovencito, sabe usted dónde se encuentra Honduras?

Me parece haber entendido mal. ¿Me está preguntando una dirección?

—¿Dónde se encuentra qué?

—Honduras, joven.

—¿Es una estación de metro?

—No, joven, no es ni una estación de metro ni el nombre del próximo caballo ganador en la triple gemela de Auteuil.

—¿Es un país, su Ho… di… ras?

—Bravo, jovencito, Honduras es, en efecto, un país. Vamos progresando…

Un tipo sorprendente. Su porte es digno, incluso noble, y contrasta con lo raído de sus ropas. Lleva un abrigo de cachemira tan gastado que ya no tiene color, unos zapatos ingleses con el tacón carcomido y una chaqueta ajada. Todo en este hombre parece estar reducido a harapos. Incluso sus rasgos finos y distinguidos se desdibujan. El señor León es un mendigo y lee *Le Monde*. Muchas veces no es el ejemplar del día. Le importa menos recibir las noticias con retraso que quedarse sin ellas:

—Siempre tienen, inevitablemente, algún retraso. Así que, un poco más o un poco menos, con unos pocos días de diferencia… ¡Y además, siempre viene bien tener perspectiva sobre el acontecimiento!

En muy poco tiempo tomo afecto a León el mendigo, este gran señor que oculta bajo su porte fatigado una profunda nobleza de alma y el inmenso desamparo de su corazón. Este hombre herido por la vida perdió a su mujer y a su único hijo en un accidente de coche del que siempre se ha considerado responsable. Toda su vida se vino abajo con la desaparición de sus únicos amores. Privado de su alma, se desinteresó poco a poco de su vida de hombre honesto. Abandonó su puesto en la Bolsa de París, se desentendió de los brillos mundanales, de los círculos de influencias e incluso de

ciertas relaciones familiares que le parecía no se sostenían más que por interés. ¿Qué le importaba ganarse la vida, si ya no tenía sentido? El señor León se dejó arrastrar poco a poco a una marginación pacífica. Este proceso de caída en la mendicidad rompió los últimos lazos que le unían a los suyos.

El señor León me intriga. Le voy a visitar casi todos los días. Habla un francés notable, y su cultura es inmensa. La comparte con elocuencia, feliz de encontrar un oído atento y una mirada afectuosa. Es un mendigo de cinco estrellas. Afirma dormir en un palacio en la Porte
d'Auteuil.
Un día, acepta satisfacer mi curiosidad:

—¿Quiere usted ver mi palacio, joven? ¡Pues vamos allá!

Me lleva a visitar su Hilton: un vagón abandonado de la estación de Auteuil.

Todas las noches, el señor León me propone una síntesis de la actualidad, con una pizca de humor y con sus comentarios críticos. Damos la vuelta al mundo, de Singapur a Honduras.

Con él no trato de fingir, confieso sin vergüenza mi inmensa ignorancia. Se ríe y dice:

—Joven, déjeme que perfeccione su educación geográfica.

Saca de su bolsillo interior un viejo cuadernillo de páginas desmayadas y saca un mapa del mundo que despliega como un mapa del tesoro y señala con el dedo un minúsculo punto entre América del Norte y América del Sur:

—¡Joven, esto es Honduras, no lo olvide nunca!

El antiguo financiero me inicia en un cursillo de bolsa. Mi tutor y yo, chico sin estudios, invertimos fortunas imaginarias en acciones que de verdad cotizan. El señor León evalúa su marcha, y aprovecha para darme lecciones de geopolítica, clases sobre el pasado colonial de Uganda, sobre las riquezas mineras del Zaire, o sobre la crisis financiera de tal o cual país.

—¡Ya lo verás, te apuesto a que esta acción va a subir, y que podremos venderla al doble de su valor en un mes. Nos vamos a hacer ricos, hijito!

Nos echamos a reír los dos, mendigos de alcurnia que preferimos las estrellas del cielo a las del Palacio Brongniard. Lo que no impide, un mes más tarde, que León el vagabundo sea un hombre

virtualmente millonario. Su apuesta era buena. Impresionado le pregunto:

—¿Por qué no ha comprado usted esas acciones si han doblado efectivamente su valor y está usted tan seguro de sí mismo?

—¿Con qué dinero, hijo mío?

—Ya habría encontrado usted algún viejo conocido o un sobrino segundo dispuesto a prestarle un kilo. Sobre todo si le prometiera usted unos intereses.

—Sin duda, hijo mío, pero la cuestión de fondo es ésta: ¿qué habría hecho con todo ese dinero?

—Lo hubiera invertido, o reinvertido…

—¿Para qué?

—Para comprarse una casa, ropa…, este…, qué sé yo…

—Ya he tenido todo eso, jovencito. He tenido una casa, un coche potente, he poseído todo lo que un hombre puede soñar poseer. ¿Y qué? Todo eso no es más que aire, mi joven amigo. ¡Sólo aire! ¡Vanidad! Soy mucho más feliz en mi vagón de cinco estrellas, vestido con mi abrigo de cachemira con ventilación incorporada. ¿Qué es lo que hoy necesito? Un poco de amistad… ¡Eso no lo compra el dinero!

No tengo nada que contestar, yo, que sé muy bien que el amor no se vende en las grandes superficies.

Paso unas veladas exquisitas con mi amigo, este tipo estrafalario que se ha apartado de la sociedad enferma de los hombres. Consigue que me gusten la historia y la geografía, me transmite su humildad ante el conocimiento, me invita a recibir de cada persona la parcela de luz que encierra, y a no olvidarme de tomarle el pulso al mundo, sobre todo a Honduras.

LA GRAN EVASIÓN

Todas las tardes, cuando nos separamos el señor León y yo, me aprisiona la melancolía y vuelvo a tener miedo en mi glacial soledad. Tengo la impresión de dejar a un abuelo. Abandono una confianza afectuosa para zambullirme en un mundo hostil. Antes de regresar a mi torre Eiffel y a mi garaje de las bicis he de enfrentarme a barrios que la policía vigila con frecuentes rondas. No es fácil esconderse en estas calles trazadas a cordel. Pese a una cierta seguridad, gracias a mi trabajo, vivo en estado de alerta.

Una noche, al regresar de acompañar al señor León a su abandonado Hilton de la estación de Auteuil, me veo acorralado por los polis en la calle Singer. Es imposible huir. Me meten de mala manera en el furgón. Al bajar del vehículo, frente a la comisaría, tropiezo. El policía que me acompaña pierde el equilibrio y aprovecho para tomar las de Villadiego. Corro como un loco hasta llegar a mi garaje de bicis. Demasiado tarde, está cerrado con llave. Tomo la dirección de Bir-Hakeim… ¡Cuidado, otra vez los polis!

Desde luego, esta noche se han puesto de acuerdo. Me dirijo a la Escuela militar, luego a los Inválidos, me meto por la calle de la Universidad, giro hacia la calle Leroux, luego a la calle Sévres: ¡más pasma! ¿Es un congreso, una mani, o es que hay huelga de celo?

Me pongo a cubierto en la plaza Boucicaut, detrás de un seto. Pasan sin darse cuenta. Pongo rumbo a la calle Bonaparte y una vez allí, en la esquina con la calle de los Saints-Péres, me doy de narices con dos hombres que me agarran, cada uno de un brazo. ¡Unos polis de paisano, mierda! Me han cogido en la trampa.

—¿Tiene usted documentación? ¿Qué hace usted en la calle a estas horas? ¿Le dejan salir sus padres? ¿Dónde viven?

No digo ni una palabra. Empezamos mal: son tipos duros. Y

sobre todo, estoy agotado, estoy harto de huir, tengo la impresión de estar corriendo desde hace años, de tener miedo permanentemente. Ya basta. Me invade un inmenso cansancio. Me rindo.

Llaman a sus colegas por radio, me empujan hasta el furgón. No ofrezco ninguna resistencia. Llegamos a la comisaría en un clima tenso. Me encierran con los adultos. Apenas tengo 15 años, pero aparento dieciocho. Me sacan de la celda. Me veo entre dos polis: uno frente a una máquina de escribir; el otro, de pie, me interroga. Me hacen las preguntas clásicas: «¿Cómo te llamas? ¿Dónde vives? ¿Cómo se llaman tus padres? Etcétera». No quiero decir ni una palabra.

El que dirige el interrogatorio me pregunta amablemente:

—¿Tienes hambre?

Digo que sí con la cabeza. Me trae un bocadillo de *foie-gras* y una gaseosa. Comemos juntos. Contesto a sus preguntas.

—Guénard Philippe, quince o dieciséis años, ya no lo sé muy bien… Huérfano, es decir, no, abandonado… Sin domicilio paterno… Sí, duermo en la calle… Sí, fugado del correccional de D., va para tres años…

Resumo mi historia, sin recordar la parte delictiva, claro está. El poli está asombrado, me trata con todo miramiento, a cuerpo de rey. No termina de creérselo. Nunca ha visto que un adolescente huido consiga arreglárselas solo tanto tiempo sin dejarse atrapar. Su colega aporrea como un loco la vieja máquina.

Después de mi declaración, me devuelven a la celda durante unas horas y acto seguido me llevan al Quai aux Fleurs. Una vez allí, registro, confiscación de algunas cosillas y a dormir en una celda de tres con las letrinas en un rincón, como en las películas.

Al día siguiente me hacen pasar a una gran habitación cuya única ventana está cubierta de barrotes. Allí hay unas quince personas esperando. Yo soy el más joven, cosa que me parece emocionante. Empiezo a fardar, a dármelas de fanfarrón y empujo a un tío sin querer. Reacciona de inmediato:

—¡Eh, tú, mocoso, lárgate o te abro en canal!

Levanta el brazo para pegarme y en ese momento otro tío, un tipo cachas de aspecto eslavo, se lo agarra y le frena:

—Ni le toques. Le reconozco, es el hermano de Jacquot.

El que quería hacerme papilla achanta inmediatamente y se vuelve tierno como un corderillo. ¡El nombre de Jacquot es mágico! Mi protector se vuelve hacia mí:

—¿No me reconoces?

Pienso, hurgo en mi memoria. No, no me dice nada.

—Soy el compañero del hijo de Mario.

—Ahí, sí, ya me acuerdo, le ayudabas a veces en el restaurante.

—¿Qué coño haces aquí?

—Me pillaron en la calle de los Saint-Péres. ¿Y tú?

—Le he arreglado la cara al dueño de un restaurante en Saint-Sulpice. Me hinchó las narices, me puse a romperlo todo y le di algunos empujones a la pasma. Me tienen bien cogido, tenía la condicional…

—¿Qué es eso del condicional?

Esta palabra me recuerda vagamente una de las lecciones que me impartía el señor León.

—La condicional es la libertad vigilada, si lo prefieres. Sin duda tú saldrás antes que yo… Acuérdate de que le caes bien a Mario y de que nunca te ha olvidado. ¡Es fiel en la amistad, el tío!

—Sí, es majo. A mí también me cae bien.

—Y tu hermano Jacquot, ¿qué es de su vida?

—Se ha ido de vacaciones.

—¿Estás solo, entonces?

—Sí, pero no es nada nuevo. Estoy acostumbrado…

Nos separan. Vuelvo a mi celda de la noche, en compañía de un tipo raro de mala cara. Golpeo suavemente las cañerías, las celdas de al lado contestan, ayuda a pasar el tiempo. El otro no me inspira confianza. No dice nada y me observa fijamente como un chimpancé que tuviera una idea en la cabeza.

Al cabo de 48 horas, unos gendarmes me llevan al juzgado del Quai aux Fleurs. La primera vez que lo ve uno resulta impresionante. Paso de la húmeda trena y de los pasillos sombríos a unos lujosos corredores, amplios como un salón de banquetes. Salimos de unos antiguos subsuelos a unas escaleras inmensas donde la gente se cruza a toda prisa con afelpado guirigay. Me hacen sentar en una banqueta. Es un sitio excelente para observar la colmena de la justicia en su actividad. Un gendarme me ordena que

le siga.

Penetro en una sala de techo tan alto que en ella podrían edificarse tres plantas.

Un secretario se encuentra frente a su máquina. Me siento. Se abre una puerta al fondo. El gendarme saluda:

—Buenos días, señor juez.

El juez me examina. Yo también le observo —normal, es mi primer juez—. Abre un informe colocado ante a él, después empieza a hablar, unas veces espulgando sus papeles, otras mirándome de arriba abajo por encima de sus gafas.

—Así pues, jovencito, ¿nos hemos escapado del correccional?

No contesto.

—¿Podríamos saber por qué?

Silencio.

—¿Pero, bueno, cuál es la razón de su fuga?

Se acalora, así que suelto:

—No quiero quedarme en el correccional.

—¿Y adónde quiere ir usted?

—Con mi madre.

Malestar. Se queda con la boca abierta. No sé por qué he contestado eso, es una frase idiota que me ha venido sola, un deseo imposible. Yo la he dicho y él se calla. Da unas tosecitas.

—Bueno, creo que va usted a volverse razonable. Veo que ha frecuentado usted a personas poco recomendables. Joven, me atrevo a esperar que su experiencia le haya asentado un poco la sesera. Cuando tenga veintiún años hará usted lo que mejor le parezca. Pero ahora va usted a volver al correccional…

Yo grito:

—¡No, no quiero!

—¡Jovencito, no tiene usted elección, y no le estoy pidiendo su opinión!

—¡Me escaparé otra vez, ya lo verá! ¡No puede hacerme esto!

Ahora estoy vociferando. Tiemblo como una hoja. Vuelvo a ver al dire, a los educadores, a los perros, oigo las amenazas y las chorradas de todos los días. ¡Eso nunca! Es como si me condenara a trabajos forzados. El juez no escucha, no quiere saber nada. Le lanzo una larga mirada de desafío y de cólera. ¡Nos volveremos a ver, señor juez, y te arrepentirás!

Los gendarmes me esposan y me suben a la furgoneta. Me llevan al correccional.

Un furgón nos escolta hasta la estación. Una vez allí, he de sufrir la vergüenza: atravesar el inmenso vestíbulo entre dos gendarmes, con las manos esposadas. Si pudiera colocarme una bolsa de basura en la cabeza, lo haría sin titubear: hasta tal punto me siento humillado. La gente me mira de arriba abajo como si fuera un monstruo, un animal de feria, con una mezcla de temor y de curiosidad malsana.

Tras dos horas en un compartimento de tren que se ha dejado vacío al efecto, llegamos al correccional de B., en el norte. Mis ángeles guardianes con quepis me entregan personalmente al director. No parece más humanitario que el de La Rochelle.

Tan pronto como se han ido los gendarmes, este mierdoso me arrea una tunda de no te menees. No, no lo hace solo, es demasiado cobarde para eso. Una tunda de tres contra uno, el dire y dos educadores. Ya se les ve el plumero:

—¡Te vamos a meter en cintura!

Pegan fuerte, con los puños, los pies, los codos, las rodillas. Caigo al suelo, derrumbado. Me niego a dejarme reventar por estos cabrones, me niego a que este infierno vuelva a empezar. El odio se concentra, se convierte en furor, me infla de violencia. Me levanto de un salto y brinco sobre un educador, le tiro de los pelos, frenéticamente, chillando. No quiero soltar, no quiero. Le voy a arrancar las greñas. Los nervios me traicionan. Recibo una patada en el estómago, me ahogo y me retuerzo de dolor. Vuelven a ponerme de pie y me obligan a avanzar agarrándome de la oreja.

Me colocan en el ala C. La acogida de mis hermanos de infierno es calurosa. Mi reputación me ha precedido. Me llaman «el rey de las fugas». Una hora más tarde me llevan al matasanos para la vacuna y al peluquero para el corte al cero.

Después, los educadores de la sección C me llevan aparte:

—Si no andas derecho, zulú, no te nos vas a escapar. La consigna es apretarte las tuercas.

Me aguanto las ganas de escupirles a la cara. Uno de ellos se me pone detrás, me agarra de la oreja y tira con brutalidad. Me entra picor en la nariz, un escalofrío me recorre la espina dorsal, un velo rojo me cubre los ojos. Comprendo de repente qué significa «que se

te suba la mostaza a la nariz». Me giro con más rapidez que Bruce Lee y le arreo una patada en la espinilla. El matador de sainete me suelta la oreja y se agarra la pierna. Quiere tirarme coces, le miro fijamente y le suelto:

—Si me tocas, te mataré cualquier día…, o cualquier noche.

Achanta. Sus dos compadres refunfuñan y se alejan andando hacia atrás. En ese momento, se me funde un plomo, y les chillo:

—No soy más que un bastardo, una mierda para mis padres y también para vosotros —de acuerdo—. ¿Queréis doblegarme? Pues muy bien, a mí me importa un bledo esta puta vida. ¿Queréis apretarme las tuercas, hacerme pasar por el aro? Ya no me dais miedo, ya nada me da miedo. La vida me trae sin cuidado. ¡Tú quieres zurrarme, ven aquí si eres hombre, ven a pegarme, ya no tengo nada que perder!

Voy hacia ellos. Se quedan cortados, de pie, como jilipollas. Veo el miedo en sus ojos. Hay un gran silencio. El tipo de silencio que se percibe al enfrentarse al vacío. Ese silencio en el que lo peor puede suceder, en el que todo puede dar un giro de 180 grados. Nada.

No pasa nada. La explosión final no se produce.

Me llevan al comedor. Mis hermanos de infierno me dejan un sitio de honor, en el centro de la mesa. Me miman, me respetan: «¡Tú tienes cojones!». No digo nada. Estoy aturdido por esta avalancha de acontecimientos, ya no sé qué pensar. Mis sueños se han ido al garete, todo mi universo acaba de derrumbarse. Me río, me hago el duro, pero en mi interior sólo hay desolación, estoy tan perdido como un perrito en la jungla.

A una mesa de distancia, los tres educadores andan con secreteos y me miran de soslayo, con mala cara. Yo les mantengo a raya con arrogancia. Me pican los ojos, en parte por las lágrimas, en parte por la rabia, la oreja me arde. Las ascuas de la cólera relumbran en mi interior.

Nos levantamos de la mesa. Uno de los educadores, el menos jilipollas, avanza hasta mí en medio de un silencio general.

—Guénard, vas a seguimos, hemos decidido que tienes que aprender a obedecer.

Me llevan al campo de fútbol.

—Límpialo. Recoge todos los papeles y todas las hojas. ¡Tiene que estar impecable, Guénard!

Me pasan unas bolsas de basura. Los dos pastores alemanes me pisan los talones. No me llega la camisa al cuerpo, estos dos perrazos me aterran. De todos modos, trato de pensar.

A la mañana siguiente, los educadores vuelven a llevarme al estadio. Está lleno de hojas y de papeles, a pesar de que lo dejé impecable la tarde anterior. Ya lo pillo: estos cabrones han vaciado los cubos de basura que yo he llenado. Vuelven a esparcir lo que yo recojo.

—¡Vuelve a empezar, busca broncas! ¡Harás esto hasta que obedezcas!

Les miro de frente y les digo, sin levantar la voz:

—En tres días habré terminado.

En ese momento me invaden unas ganas irreprimibles de largarme lejos, muy lejos. Para eso, tengo que poner en práctica mi plan de evasión. Estos cretinos, sin saberlo, me lo ponen en bandeja, gracias a su mala uva.

De nuevo, empiezo a recoger los papeles y las hojas, con los dos perrazos en los talones. Cuando los educadores me dejan solo, saco discretamente de mis calzoncillos la comida que he birlado el día anterior durante la cena y que he escondido en este íntimo almacén. Los perros aprecian la ración extra.

Al día siguiente, el terreno de juego está bien cubierto de porquerías. Mejor. Repito la estratagema. Alimento a los perros. Me lamen las manos. Los he domesticado. Les hablo mientras recojo las hojas. Damos la vuelta al campo. He localizado, la primera noche, un sitio donde la verja ha sido arrancada. Cada vez que paso por delante, le doy golpes con el pie para agrandar el agujero.

Al tercer día es ya lo suficientemente grande para que pueda colarme por él. Es la señal de que hay que largarse. Al día siguiente, a las cinco de la mañana, me deslizo por el orificio. No estoy solo. Un chico llamado Alain se une a mí. Impresionado por mis aventuras, me ha preguntado si podía fugarse conmigo. Le he dicho: «De acuerdo, nos vemos en el campo de fútbol a las cinco». Llega puntual a la cita, no tengo ninguna razón para impedirle el viaje.

Mis amigos los perros gimotean. Nos acompañan un poco y después, como perros apegados a su deber, o tal vez a su escudilla, vuelven sobre sus pasos. Me recuerdan a Rantanplán, el perro de la penitenciaría de las aventuras de Lucky Luke que también

acompaña a los Dalton en sus evasiones.

Media hora más tarde, estamos en el tren que va a la capital. Ya han debido dar la alarma. Alain tiene mieditis, le noto nervioso. Eso me contraría, porque alguien puede encontrarlo raro. Le digo:

—Alain, respira profundamente, relájate y mira por la ventana. ¡Eres libre, aprovéchate! ¡Y no empieces a hinchármelos!

El tren entra en la estación del Norte. No hay polis al otro lado del andén. Alain recupera la calma. Yo, vuelvo a ser «libre».

EL VIEJO Y LA MUERTE

Aspiro a pleno pulmón el aire contaminado de la ciudad. ¡Libertad! Tras evadirme del correccional, el vagabundeo es una felicidad.

Hay una nube en mi cielo azul: Alain me pone negro. Tiene casi 18 años, yo tengo 15. Se pasa el día gimoteando. Cuando le hago pasar a mi garaje de bicis de La Motte-Picquet, hace una mueca de desdén.

—¿Qué? ¿Llamas a esto un «palacio nocturno»? ¡Me tomas el pelo! ¿Crees que voy a dormir en este cuchitril?

Tiene frío, gime, se queja. No consigo hacerle entrar en razón. Llegado al límite de mis argumentos y de mi paciencia, quemo mi último cartucho:

—Aguanta, Alain. Mañana te presentaré a unas amables señoras. Es un trabajo agradable y bien pagado. Tienes dieciocho tacos, podrás pagarte una habitación de hotel.

No hay nada que hacer, el señorito no puede más, el señorito quiere volver al correccional. ¡Vaya jilipollas! Nos separamos. Alain vuelve al lugar de donde vino, en tren.

Ese día me doy cuenta de que no soy un chico como los demás. Tengo quince años bien cumplidos, me gusta la calle, la libertad de la jungla y sus riesgos, aunque uno pueda pillarse los dedos. Garajes de bicis para dormir, vagabundos para cultivarse, señoras ricas para disfrutar de caricias bien pagadas y señoras pobres para poder desahogar nuestro corazón triste. Me gustan los hermosos apartamentos con sábanas de seda, el miedo al gendarme que añade sal a la vida cotidiana, las ropas elegantes, los rufianes que te dan palmaditas en la mejilla mientras te dicen palabras amables salidas de su corazón, a veces inmenso, y los monumentos de París. Me siento como pez en el agua en la capital, pese a encontrarme muy

solo en mi pecera.

Es viernes, corro a La Coupole. Me gano una cita con una señora que conozco. Dos días después, ofrecidos mis servicios y con mi primer sueldo en el bolsillo, vuelvo a un restaurante de Montmartre que frecuentábamos con Jacquot. Como esperaba, me encuentro con Freddie, apodado El Chanchullos, y le encargo unos papeles de identidad falsos.

—No hay problema, me asegura, pagas cinco talegos ahora, antes del trabajo, y el resto después. Sígueme.

Doy el adelanto. Cogemos el metro hasta la plaza de los Ternes. Me pide que espere delante de la puerta de un garaje. Al cabo de dos horas, comprendo que me ha embaucado. Es un edificio con dos salidas, Freddie se ha dado el piro. Le busco en vano, jurando que me pagará la afrenta y el robo.

Tres meses después, una tarde, en un bar de la République, veo al señor Freddie *El Chanchullos* pavoneándose en un bar. Me acerco y le agobio.

—¿Qué pasa Freddie, te acuerdas de mí? ¿No me has olvidado, verdad?

Parece contento de verme. Sus grandes declaraciones y su lista de excusas no me engañan.

—Tengo tus papeles, Guénard, están en mi casa, te lo juro. Espérame aquí, voy a buscarlos, estoy aquí en una hora.

Bebe a mi salud y a mi cuenta mientras tanto, ¿de acuerdo?

Le dejo creer que me trago el anzuelo. Una hora más tarde, con Jim, un compañero de penalidades, nos presentamos en su casa, un pequeño apartamento cerca del circo de invierno. Nos abre en pijama. ¡El muy ingenuo iba a acostarse! Le empujamos adentro, y mi compinche le suelta un derechazo. Cae sobre una mesa, mascullando. Le birlamos la pasta y nos largamos. Somos buenos chicos.

Mientras tanto, he conseguido mis papeles por medio de mi nuevo amigo, Jim, de Bagnolet, un chanchullero de primera. Nos vemos a menudo. Aún no tiene dieciocho años y depende enteramente de sí mismo. Su madre bebe, su padre está en la trena. Doble ausencia. Cuando vuelve a su casa, encuentra a su madre en un estado lamentable. Jim sufre por ella: la mujer duerme de día y se emborracha por la noche. Cuando me habla de ello, su voz se

altera, sus ojos se humedecen: este sensible soñador se gira pudorosamente para ocultar sus lágrimas. Sus hombros de grandullón se ven sacudidos por sollozos, y resopla: «Venga, nos largamos». Salimos sin saber a dónde, andamos a tientas. La madre de Jim y mi padre están presos en el mismo veneno. Él siente compasión, yo no siento más que odio.

Por la noche vamos a menudo a Auteuil, a hacer una visita al señor León, nuestro viejo amigo. Le llevamos tres lonchas de un jamón que le chifla. Le escuchamos durante horas, arreglamos una parte del mundo antes de tener que suspender los trabajos de tan inmensa labor al sonar la hora de la cena. Nosotros le ofrecemos nuestro plato del día, y él nos desvela los misterios del universo.

El señor León me inicia en los secretos de la sexualidad con el pudor de un abuelo y con la circunspección de un hombre decepcionado:

—Hacer el amor es fácil y es rápido. Después, todo se complica. Con demasiada frecuencia el dolor sigue al placer… Hijo mío, piénsatelo bien antes de decir «te quiero» a alguien. No son palabras que deban decirse con la boca pequeña…

Llenos de ensoñaciones, Jim y yo dejamos al viejo sabio fatigado y nos alejamos pensando en nuestros respectivos padres. Para olvidar el dolor, exploramos la noche de París. Vamos en busca de nuestra cotidiana dosis de adrenalina. Es una droga gratuita. Sólo ella consigue apaciguar mi odio. Robamos, damos algún palo…

Una tarde, en Auteuil, sorpresa. No encontramos al señor León en su banco habitual. Esperamos hasta las once de la noche. Nadie viene. Nos vamos a llamar a la puerta del vagón, el palacio de León. Otro mendigo, con pintas de erizo deprimido, está echado en su sitio. Le preguntamos, un poco inquietos:

—¿Eh, dónde está el señor León?

El erizo se desternilla de risa:

—¡El señor León ha emprendido el gran viaje!

Miro a Jim, no me gusta lo que dice:

—No nos ha comentado nada, es imposible. ¿Marcharse sin decir nada? ¡No es su estilo!

El erizo pega un lingotazo a morro de su botella de tinto y, limpiándose los labios, añade:

—No hay cuidado, no podía avisaros, ni él mismo lo sabía. Ayer

fue Nénesse, hoy León. Se han ido…

Silencio. El erizo eructa.

—… con el gran Jefe.

—¿Quién es el gran Jefe?, le pregunto sacudiéndole.

Ya empieza a ponerme nervioso con sus enigmas este erizo.

—¡No me agobies, jovencito, no me agobies! El Jefe es el que lo decide todo, el dueño de la vida y de la muerte. También le llaman el Eterno. León, en cambio, no era eterno. Ha muerto a las diez de esta mañana. Atropellado por un coche en el gran bulevar. No os preocupéis, no sufrió. Murió en el acto.

Vaya mazazo. El señor León, muerto…

Imposible.

Nos vamos sin decir una palabra. Este abuelo adoptivo me resulta indispensable. Mi vida de adolescente sin cariño ya no es concebible sin su presencia. De Nénesse no sabemos nada, no le conocemos. No es como el señor León. Él no puede morir. Siento rencor hacia el gran Jefe por haberse llevado a mi amigo sin mi permiso. Esa noche, al señor Eterno le digo las verdades del barquero. Pasa un mal rato.

Después de haber vomitado toda nuestra tristeza, nos separamos. Jim regresa a su casa en Bagnolet, a volver a encontrar borracha a su madre y a sus lágrimas. Yo voy a mi palacio de bicicletas, con un glacial sentimiento de soledad. He perdido confianza, algo se ha cerrado en mí. Se ha producido una especie de corrimiento de tierras en mi corazón, hay un abismo que me succiona.

Todo lo que intento construir se derrumba.

Los días siguientes son tristes. La desaparición del señor León ha abierto un inmenso vacío. Por la noche, Jim y yo compramos el periódico *Le Monde* como homenaje a nuestro viejo amigo. Nos da por disertar en un banco. No ponemos pasión en ello, y tampoco tenemos cultura para poder hacerlo. Así que abandonamos enseguida la ceremonia. Nuestro universo se viene abajo, lo pasamos mal.

Unos días más tarde, Jim no acude a nuestra cita. La pandilla me cuenta que está en la cárcel. Le ha dado una paliza a un tipo que se aprovechaba de su madre borracha. Le ha dado fuerte, el tipo está en el hospital. Me quedo solo, con una moral fúnebre. ¿De qué va

este infierno de vida? ¿Qué sentido tiene este perpetuo ir y venir? No le veo ninguno. Un gran agujero negro. Sin duda, la amistad me ha dado una alegría mayor que mis emociones de delincuente. Y ahora me quedo sin ella. Sí, le echo la culpa al gran Jefe, que debe troncharse de risa en lo alto de su cielo.

Con tan negros pensamientos, termino por bajar la guardia. Mi vigilancia se vuelve elástica. La policía me pesca varios días después de la muerte del señor León. Me dejo acorralar. Los polis me meten en el furgón, me llevan a la comisaría y después ante el juez. El mismo circuito que la última vez. Mi único consuelo, la sonrisa rebosante de comprensión de la secretaria del juez.

—Vaya, ¿ya estás de vuelta?

—Sí, vengo a ver al otro pingüino.

No he oído entrar al pingüino. Me mira frunciendo las cejas, con las manos en las caderas:

—¿Otra vez usted, joven? ¿Qué es lo que quiere?

—Ya se lo he dicho, que me expulsen del correccional.

Silencio. Me hace sentar.

—¿Qué voy a hacer contigo? ¿Tienes idea?

Contesto tranquilamente:

—¡Tendrá que matarme! ¡De ese modo no volveré a molestarle! ¡Mientras se la tenga jurada, volveré para quemarle la sangre, se lo advierto!

El pingüino no tiene aspecto de estar extrañado, ya ha debido escuchar cosas parecidas. Suspira sin sonreír. Descuelga el teléfono y habla con no sé quién, con aire preocupado. Está claro que no quiere matarme. Mejor.

CARTA ABIERTA A MI PADRE
EL PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA

Unos minutos después de la llamada telefónica del apurado juez, dos policías me llevan con ellos. Temo lo peor pese a esperar lo imposible: ¿regreso al correccional u otra solución? El pingüino no me ha dejado entrever nada.

Atravesamos París en el furgón. De noche.

—Anda, mira, dice uno de los polis. ¿Ves ese tropel de gente, ahí, delante de esa casa? ¿Sabes quién vive aquí? El cantante Claude François. Siempre tiene un montón de chavalas delante de la puerta.

Estos policías son amables. Me escoltan hasta mi nuevo correccional. No doy crédito a mis ojos: hay un futbolín y una mesa de pimpón. Es una cárcel de lujo.

Al día siguiente, descubro una máquina de escribir en una mesa y me digo: «Chachi, me voy a convertir en escritor». Como no encuentro la tercera letra de mi nombre en el teclado, ¡zas!, lanzo el artefacto contra la pared. Se desarma.

El ambiente es bueno, la jala excelente, y mis compañeros de penurias me caen bien. Me empieza a parecer simpático el juez por haberme colocado aquí. Es demasiado hermoso para durar. Al tercer día, a eso del mediodía, una mujer bajita, regordeta, con un moño en la nuca que parece una cagarruta de perro, viene a hacerme una visita. Es una asistenta social. Desde luego, siempre me tocan las feas.

—Coja su equipaje y sígame.

Habla sin contemplaciones. No tengo ningún equipaje, nos vamos inmediatamente. ¿Con qué destino? Mi gorila permanece

muda.

Nos dirigimos a la estación del Norte, de siniestro recuerdo. Es curioso, echo en falta las esposas, y también los dos gendarmes. Esta vez sólo soy una persona anónima. Es aún más humillante que ser un delincuente reconocido y temido. —No puedo fanfarronear —.

Mi guardia de corps no es muy habladora. Después de una hora de tren, ya hemos llegado. Andamos hasta el Palacio de Justicia, cerca de la catedral. Me siento sobre un bonito banco de estilo Imperio, rojo, en un pasillo interminable. Varios recuerdos desagradables ríen con sarcasmo. La asistenta social entra en una habitación contigua. Me imagino la cantidad de habitaciones para los sin techo que podrían habilitarse en este vestíbulo. Un gendarme me da un toque en el hombro y me saca de mis ensoñaciones de emprendedor humanista.

—Joven, el juez le espera.

¿El juez? ¿Qué juez? Una mujer de baja estatura se yergue ante la puerta, enérgica, con cara de pocos amigos, tan atractiva como la asistenta social.

—Yo soy el juez, joven. ¡Sígame!

Pienso:

—Mierda, jamás habría debido solicitar este juez. ¡Parece un dragón!

Varios hermanos de penurias me han aconsejado a este magistrado. Hablaban de ella como de una madre, con la voz llorosa. A mí con ésas, una madre, no buscaba otra cosa, no esperaba más que eso. Me importaba un bledo que fuera juez. Así que pedí que me transfirieran. Mi juez de París se había sentido feliz por poder librarse de este caso incómodo a expensas de su colega de provincias.

Cuando la señora jueza me dice que entre en su despacho, con su severa jeta, no me llega la camisa al cuerpo.

—Siéntese. Veamos su caso, señor Guénard.

Abre su informe. Lee. Pasan largos minutos. A medida que va recorriendo las páginas, noto que sus ojos se humedecen, como Jim cuando hablaba de su madre. Después de algunos minutos de silencio, levanta la cabeza, me mira atentamente y dice:

—Joven, ¿qué es lo que quiere?

Desconfío de esta frase que todo el mundo tiene en la boca, cuando son ellos quienes deciden nuestra suerte, prácticamente sin prestar atención a nuestros deseos. Le contesto como al anterior juez:

—Quiero que me expulsen del correccional. No quiero volverme como mis hermanos y hermanas de penalidades. ¡No quiero birlar un par de zapatos, unos pantalones, una moto y, con veintiún años, dejar la cárcel pequeña para ir a parar a la grande y pudrirme en ella una parte de mi vida!

—De todas formas, joven, tanto si lo quiere como si no, ya ha sido expulsado del correccional. ¡No quieren saber nada de usted!

Me quedo en estado de choque. Permanezco sonado por la increíble noticia durante varios segundos. Después me levanto del banco en el que estoy sentado como un futbolista que acaba de marcar el gol de la clasificación. Tengo ganas de darle a un beso a mi jueza. Todo mi ser se ve arrebatado por una oleada de alegría inaudita. Mi sueño se realiza: ¡me han expulsado de un correccional! ¡Soy el primero que consigue esta hazaña! ¡He obligado a ceder a mis verdugos!

—Bueno, joven, ¿qué quiere?

Es divertida, mi jueza. Me anuncia que acabo de realizar uno de mis grandes sueños, que no volveré a poner los pies en esta cárcel de menores, y a renglón seguido me pregunta cómo veo mi vida. Nunca había pensado en ello…

Paso rápidamente revista a unas cuantas ideas de trabajo, a toda velocidad, y contesto sin pensar, como si fuera un número recién salido en el tapete verde de la suerte:

—Quiero ser cocinero en la Armada.

Ella reflexiona un instante y me dice suavemente:

—No creo que sea un oficio para usted…

—¿Y por qué?

—Es usted demasiado peleón. La vida en grupo no me parece buena para usted. Y si no, ¿aparte de eso?

No tengo ni la menor idea. Nunca he imaginado el porvenir.

—Cualquier cosa, deme una oportunidad. ¡Ya verá, saldré adelante!

Estoy dispuesto a todo. Mi liberación del correccional, esta victoria sobre los mierdosos educadores sádicos, me embriaga, me

da confianza. Quiero vivir, quiero luchar para salir adelante; salir adelante para ser un hombre; ser un hombre para poder vengarme algún día de mi padre.

Matar a mi padre… Es uno de los sueños que me mantienen vivo. Estoy en esta mierda por su culpa, tiene que pagar los platos rotos, y las piernas rotas, y la nariz rota, y el oído reventado, y todo el amor perdido…

Esas cosas no se perdonan cuando se tiene un poco de honor.

—Bueno, joven, ¿qué me dice?

—Esto, perdone, señora, he desconectado un momento. No sé, yo… Lo que usted quiera… ¡Deme una oportunidad, saldré adelante!

Ella me mira con afecto, mi señora jueza. Ahora comprendo por qué mis hermanos de penalidades la recuerdan con respeto y emoción. Yo repito, como una oración:

—¡Deme una oportunidad, sólo una! ¡Confíe en mí, saldré adelante!

Estoy dispuesto a aceptar cualquier mano tendida, y la suya es una mano bien hermosa que no tengo intención de despreciar. Ella mira por la ventana durante unos segundos. Creo que contempla la catedral. Tras un largo silencio, me dice:

—¿Le gustaría ser escultor, muchacho?

Estoy desconcertado, no sé lo que quiere decir esa palabra.

—¿Escu… qué?

—¿Ve usted la catedral, ahí, por la ventana? ¿Ve usted las bestias talladas en la piedra y que adornan la galería?

—Sí, sí, ¿los monstruos que se ríen?

—Eso es, se les llama gárgolas. Tienen setecientos años. Fueron los escultores de la Edad Media quienes las tallaron en la piedra. ¿Le gustaría esculpir animales así? He visto en su informe que dibuja usted muy bien.

Contesto que sí. Si me hubiera propuesto ser carnicero o fontanero, también hubiera dicho sí.

Mi jueza coge el auricular del teléfono y marca un número:

—Tengo aquí un buen chico muy motivado…

Espera un momento, el buen chico muy motivado, ¿soy yo? No doy crédito a mis oídos.

—¿… podrías cogerle como aprendiz?

Al otro lado de la línea, la persona responde que sí. No hay problema, todo parece ir bien. Ella me guiña un ojo con complicidad, con el auricular en la oreja. Empiezo a verme como un escultor de la Edad Media. Cuando menciona mi edad, su interlocutor reacciona:

—Imposible. Es seis meses demasiado joven. Hay que esperar o solicitar una derogación…

—¡Vaya! ¡Qué decepción! Bueno, te lo agradezco, vamos a pensarlo, te tengo al corriente.

La jueza cuelga, evidentemente chasqueada.

—Tenemos que esperar a que cumpla usted los dieciséis años. Cuando llegue ese momento, sabrá si le aceptan. Seis meses demasiado joven, qué mala pata… O bien habría que pedir una derogación. Es un proceso largo y muy aleatorio…

—Una derogación, ¿qué es eso, señora?

—Una autorización, un permiso excepcional, si lo prefiere.

—Y esa autorización, ¿quién puede darla?

—El presidente de la República. No sé si se da usted cuenta del problema…

—No hay problema, señora. Yo soy su hijo.

—¿…?

—¡Sí, sí, soy hijo del presidente de la República!

Ella me observa, tratando de averiguar si acabo de gastarle una broma, si me burlo de ella, o si soy un marciano.

Sigo diciendo, con toda la seriedad del mundo:

—No bromeo, soy hijo suyo, del presidente…

—Sí, claro, es usted hijo del presidente de la República, tendría que haberme dado cuenta. Es que, ya ve usted, se han olvidado de mencionarlo en su informe y no me he dado cuenta inmediatamente…

—No, no bromeo, señora. Déjeme que le explique. Yo soy hijo del Estado, un huérfano de guerra, un chico de la Beneficencia. El presidente es mi padre. En cada fiesta nacional, en el correccional, cantábamos *La Marsellesa* frente a la foto del presidente, el general de Gaulle, y los educadores nos reprendían: «Manténganse firmes, es su padre». ¡Y la foto no daba ganas de buscarle las cosquillas a ese papá!

Son cosas que no se olvidan.

Un día, me paran dos polis, me piden los papeles, me preguntan cómo se llama mi padre, cómo se llama mi madre, en resumen, el circo de costumbre. Contesto que mi padre ha sido privado de su patria potestad, que mi madre me ha abandonado… Uno de los policías es amable, tiene sentido del humor; el otro es de los que asan la manteca. Este último me dice:

—Tendrás padres, como todo el mundo. Así que dame su identidad.

Como no quiere comprender nada, contesto:

—¿Quiere saber el nombre de mi padre? Estoy seguro de que no va a creerme… Tengo tres papás: el general de Gaulle, el señor Poher y, ahora, el señor Pompidou.

El gendarme amable se echó a reír, el gendarme alelado perdió los nervios. En su notificación de denuncia escribió «ofensa a la autoridad en el ejercicio de sus funciones». No, son cosas que no se olvidan.

Le suelto a mi jueza:

—Voy a escribirle. Vamos a intentar pedir la degora…, el permiso.

Cuando se es pobre, el sentido del humor y la audacia te ayudan a seguir en pie. Le cojo a la jueza una hoja de papel y me pongo a escribir al papá presidente con aplicación: «Necesito una autorización. Gracias por contestarme que sí. Hasta pronto, un beso». No sé escribir bien las letras, pero estas pocas palabras son legibles a pesar de las faltas de ortografía. La jueza lee la carta sonriendo.

—¡Joven, tiene usted una lógica sorprendente!, me dice.

Y me lanza, con sus magníficos ojos verdes, unos parpadeos que me dan vértigo y me dejan hipnotizado. Coge un sobre, mete mi carta, junto con una nota redactada por ella y dice:

—Voy a dar curso a su demanda, se lo prometo.

Al igual que mis hermanos y hermanas de penurias, yo también me he enamorado de esta mujer que sabe escuchar con el corazón.

Unas semanas más tarde, el presidente de Francia, Georges Pompidou, mi padre, me concede la derogación pedida. No soy más que un golfo poco recomendable que tiene un cincuenta por ciento de probabilidades de pasarse la mitad de la vida en la cárcel. El

señor Pompidou no tiene nada qué hacer con un mal chico como yo. Podría no haber concedido el menor interés a los renglones mal escritos y llenos de faltas de un niño perdido, de un mocoso insignificante, sobre todo cuando recibe montones de cartas certificadas todos los días, cartas que vienen de los cuatro confines del mundo, y cuando tiene todo un país que gobernar, y un montón de cosas en la cabeza. Pues no. Este señor Pompidou se convierte en mi panteón personal, en un gran hombre. Porque se ha preocupado de alguien pequeño, de alguien sin voz. Se ha preocupado de realizar un acto aparentemente anodino, un acto que nunca le dará celebridad, que jamás será publicado en los periódicos, ni saldrá por la televisión, un acto que no le reportará ni un solo voto en las elecciones, que no salvará a Francia. Este acto desinteresado del presidente, esta confianza de la jueza, que habría podido tirar mi carta a la papelera y pretextar que se había perdido por los muchos vericuetos del Elíseo, son para mí como detonantes de humanidad.

Estas personas me hacen mejor.

Esta jueza es un buen juez. Te acoge, se toma el tiempo de mirarte de verdad. Es un juez que no juzga, justamente. Mira tu informe después de haberte mirado a ti. Busca contigo la posibilidad de reconstruir tu vida. Te tiende la mano, a pesar de que todo parezca perdido.

No pensaba que pudieran existir este tipo de personas. He tropezado con demasiados jueces y con demasiados educadores que catalogan, que minan la moral, que te parten por el medio, que deshacen los cimientos que aún puedan quedarte.

Para un delincuente, las primeras muestras de humanidad le llegan a menudo por los polis, los gendarmes, los jueces, los educadores. Estas profesiones son ingratas y difíciles, es cierto. Pero también son primordiales. Un poli que te ofrece amablemente un bocadillo, que te trae una bebida y que no trata a un sospechoso como a un perro, es algo que se recuerda. En un interrogatorio, puede surgir una auténtica afinidad. Yo he sido testigo de ello. Quienes castigan pueden estar fomentando que la gente acabe en la prisión preventiva.

La señora jueza y el señor presidente me dan fuerzas para luchar por construir mi vida cuando parecía que no había empezado con buen pie. Me dan sobre todo ganas de parecerme a ellos. Audaz

ambición para un chico de la calle querer parecerse a Georges Pompidou…

Al fin y al cabo, es normal… ¡Es mi padre!

APRENDIZ DE ESCULTOR DE GÁRGOLAS

Mientras espero comenzar mi aprendizaje como escultor, mi jueza me coloca en una escuela técnica, en el curso puente de bachillerato. Eso me viene bien, estoy cruzando al otro lado…

El director me recibe con benevolencia, los profesores también. La jueza les ha resumido mi historia. Mi profa de francés, una guapa mujer, divorciada y frágil, es particularmente atenta. Me da clases durante los recreos, pues tengo unas lagunas enormes. En medio de mis océanos de ignorancia despuntan algunos islotes de conocimiento. Sorprendo a los profes con mi ecléctica cultura sobre la geografía de América del Sur o sobre la Revolución francesa. Gracias, León. Mis compañeros de clase me escuchan admirados cuando evoco los paisajes de Honduras, pese a que apenas sé escribir.

Una vez más, me doy cuenta con dolor de que no soy como los demás. Para mi gran sorpresa, mis congéneres no han salido nunca del cascarón familiar ni de su pequeño entorno local. Ciertos profesores afirman:

—Este Guénard es demasiado joven para haber vivido todo eso, es un charlatán.

Entonces mi corazón se endurece y se cierra. Ya no soporto a estos imbéciles. ¡Como si se pudiera ser demasiado joven para haber sido apaleado, abandonado, violado, pervertido! El tamaño de la jilipollez humana me parece igualar al del Himalaya. Esta incredulidad me hiere en lo más profundo de mi ser, pues se trata, una vez más, de un modo de rechazarme. ¿Existe una edad para vivir lo invivible?

A pesar del sufrimiento, esos pocos meses de espera me producen un gran provecho. Me gustan esta escuela y mis

compañeros. La profa me ha cogido cariño. Por otra parte, sus cuidados van más allá de los límites de las clases particulares que me da voluntariamente. Encontramos otras concordancias además de las del participio pasado. Un niño perdido excita en la mujer una fibra maternal que puede transformarse en ternura amorosa. Y tengo tanta sed de cariño…

De vez en cuando, desvarío. Hago tonterías sin mandar demasiadas cosas a paseo. Mis jilipolladas aún son negociables. Pienso en mi jueza, no quiero defraudarla, tiene mi palabra. Es mi baluarte. Mantengo el tipo casi del todo.

Trafico sin maldad intercambiando tacos de revistas como *Salut les Copains* o *Moto Revue* por accesorios fotográficos, napoleones de plata, lámparas de cobre… Con una parte de los beneficios de mi chamarileo, compro cajas de Carambar al por mayor y las reparto entre mis compañeros de colegio. Juego a ser un gran señor. ¡Otra vez la farsa! Una forma como otra cualquiera de comprar el cariño.

Me equivoco fácilmente respecto a los demás. He clasificado con excesiva rapidez en la categoría de «muy jilipollas» a un tío de clase que se llama
Jean-Luc.
Gran error. Le asciendo rápidamente a la sección «tío guay».
Jean-Luc
resulta ser un don para mí. Es exactamente mi opuesto, se siente mentalmente a gusto, y es todo corazón. Además, tiene buena percha y las chicas lo encuentran guapo. Nos divertimos mucho juntos, ligamos, hacemos una buena pareja. Me monta en su Malaguti,[2] los sábados por la noche damos vueltas por las verbenas y por los bailes de los pueblos. Me tranquiliza cuando me entran ganas de pelea. Nos alimentamos con huevos duros y tabaco «americano», y bebemos limonada con anisete y jarabe dando caña a las chicas. Con él, el tiempo pasa muy deprisa.

Hasta las mejores cosas tienen un final. Son las malas las que no terminan nunca.

El 15 de septiembre empiezo el aprendizaje que me convertirá en escultor de gárgolas. El primer monstruo con el que topo es de carne y hueso. Es el maestro de obras al que me presento esa mañana. Me pasa revista de arriba a abajo, con aire guasón, y, con voz seca, me pregunta:

—¿Eres el que viene a trabajar?

—Sí, señor.

Prosigue su inspección silenciosa, como si evaluara cada uno de mis músculos, o como si sopesara mis huesos. Y antes de darme la espalda, suelta:

—Contigo ya van 23 que contrato, y serás el 23 que se las pira antes de que acabe la semana.

Qué tío más jilipollas.

Me tiene frito, es decir, me infla las pelotas; o sea, que tengo ganas de zurrarle.

En estos casos, agito la cabeza de izquierda a derecha. La persona me mira, desconcertada, y aprovecho para pegarle un rodillazo en los cataplines antes de largarme corriendo. Es uno de mis juegos preferidos, mi «balón prisionero». La víctima se dobla por la cintura, recupera el aliento, me insulta, me llama de todo, y a veces me persigue. Yo saboreo estos momentos intensos, estas excitantes persecuciones, este suspense que añade sal a mi existencia. Monto sobre mi canguelo y salgo pitando. Siempre gano.

¿Que el jefe me agrede por capricho? ¡Vale, te haré bailar, cabrón…! Empiezo a menear la cabeza. Cuando está a punto de salir el premio, justo antes de plantarle mi pie en los cojones, me acuerdo de la palabra que he dado: «¡Deme una oportunidad, ya verá como salgo adelante!».

Levanto la cabeza y le miro fijamente, como diciéndole «vas a ver cómo te vas a enterar». Si bajo la mirada, si le dejo que me mee en la oreja con su desprecio, me aplastará. Así que aguanto el tipo, le miro directamente a los ojos. En ese momento, justo encima de su cabeza, veo un letrero: «Calle Juan XXIII». No conozco a ese señor, ignoro incluso que haya tipos importantes que vayan por ahí con números de filiación como los niños abandonados. Como conmigo ya son 23 en la lista de los que se tendrán que pirar antes de que acabe la semana, este Juan 23 me resulta simpático y lo adopto como amigo.

Escultor de piedra, es bonito, es noble, pero antes de tallar la piedra, hay que transportarla. Cargo con bloques muy pesados y los subo del primer piso al quinto, sobre andamios que se bambolean. Me duelen los brazos, las piernas, la cabeza. Me animo verbalmente a base de decirme: «Juan XXIII, amigo mío, vas a ver, el 23 va a

ganar». Los obreros me llaman «cotorra» o «Juana de Arco» porque hablo solo. Les dejo con su charla.

Si «cotorreo» con Juan XXIII es porque no tengo a nadie a quien confiar mis estados de ánimo, mi cansancio, mi desaliento. Me ayuda tanto este Juan XXIII que consigo enmendarle la plana al mierdoso del capataz. Concluyo mi primera semana. No sale de su asombro. Los obreros me miran con respeto. Estoy orgulloso de mí mismo.

Con el correr de las semanas, empiezo a serle infiel a mi amigo Juan, el que lleva el XXIII como número de filiación. Mis brazos y mis piernas se endurecen, me pongo fuerte. Ya no hace falta que me azote interiormente a base de insultos. Los demás se pitorrean de mí, pero es en vano. El aprendiz y criado que soy tiene que comprar para los obreros el tintorro, la Valstar, el pan, los periódicos y los boletos de la triple gemela. Acepto esta disciplina cuando me la piden con amabilidad.

Un día, uno de ellos dice que no le doy bien las vueltas cuando le entrego su pedido de la tienda. Este Jacques, apodado el Maromas, me llama ladrón delante de todo el mundo. Me pongo furioso y rompo las litronas de vino de este estúpido. Viene el patrón con un mango de pico en la mano. El Maromas sigue acusándome a voz en cuello: «Me ha estafado, me ha robado». Se me cruzan los cables. Le arranco al patrón su mango de pico y empiezo a golpear al Maromas. Grita, aúlla. Los chicos intentan pararme, imposible, he perdido los estribos. Me acerco amenazadoramente a la cara de Jacques. Se protege con la mano. Me suplica que no le golpee más.

—Sólo pararé si dices la verdad. ¡Venga, di la verdad, so guarro!

Entonces, el muy cobarde confiesa su mentira, delante del patrón y de todos los obreros que han venido. Patrick, un joven aprendiz le lanza:

—Tú te lo has buscado. ¡Has pinchado en hueso, eso te enseñará!

En un hueso armado con un mango de pico… El patrón me llama. Nos montamos en su camioneta, una 403, y me llama severamente la atención:

—¿Te acuerdas de la señora jueza? ¿Quieres volverla a ver?

Me acuerdo muy bien de la señora jueza y de mi palabra.

Contesto:

—¿Usted qué habría hecho en mi lugar?

—No lo sé… Pero cuando surjan problemas ven a verme después del trabajo y nos daremos todas las explicaciones que haya que dar. No ajustes las cuentas tú solo. ¡Venga, ve con los demás y no juegues a ser un gallito!

Es duro este patrón, pero es un hombre recto y justo. Un verdadero compañero de gremio. A partir de ese día, quedo libre. Dejo de hacer los recados y hasta de calentar las fiambreras.

La fiambreras… Hay pequeños detalles que me conmueven. Cada obrero trae la comida en este utensilio. Les observo mientras desenvuelven su vajilla con movimientos lentos y precavidos. No dedican esos miramientos al objeto banal que tienen entre las manos sino a la persona que lo ha preparado. La fiambrera es un signo de amor. Ese guiso ha sido cocinado con todo cuidado. En el caso de los más jóvenes, por su madre; en el de los de más edad, por su mujer. Yo no tengo fiambrera ni mujer ni madre. Esta carencia confirma mi soledad. Soy un adicto al bocadillo exprés de camembert. Cuando algunos colegas comparten amablemente su plato conmigo, es como si me invitaran a su casa. Cuando tenemos frío en una obra, cuando los músculos están cansados, comer caliente reconforta.

A veces, quiero que crean que no vivo completamente solo, que alguien me quiere y me cuida. Me compro una lata de conservas en la tienda de William Saurín —salchichas con lentejas, fabada…—, la vacío en una fiambrera y finjo que me la ha preparado mi novia. No sé si engaño a demasiada gente…

Jacques *el Maromas* trata de hacer las paces conmigo. Un día, mientras trabajamos juntos sobre el mismo andamio, se disculpa.

—Sabes, sólo quería hacerte rabiar…

—¡Pues, conseguiste espumarajos!

Nos reímos y brindamos con vino caliente, pues sopla un viento glacial. Jacques también viene de la Beneficencia, eso nos aproxima. Tiene dos hijos a los que quiere con tanta mayor ternura cuanto que él no ha conocido a su propio padre. Sólo en una ocasión tendrá noticias de él, cuando el Estado le ordene pagar una pensión a ese desconocido… Jacques trabaja una barbaridad para comprarse una casa. Ahorra cada céntimo, de ahí su lado tacaño.

Aprendo a admirarle y a quererle, a este Maromas. Después de esta experiencia, me juro interiormente que siempre intentaré superar la primera impresión negativa que alguien pueda darme y penetrar hasta su corazón. Los demás siempre valen más que la etiqueta que les adjudicamos.

Mi aprendizaje con los Discípulos se desarrolla sin obstáculos. Conservo mi puesto en la empresa y el trabajo me gusta. La cosa se complica cuando tengo que ir al colegio, varios días al mes. Sudo la gota gorda en dibujo industrial debido a las grandes lagunas que tengo en geometría. Además, me he complicado la vida con el profesor. Un día, durante una explicación, le aseguré que sólo contaba trolas. Se puso a la defensiva. Por la tarde, delante de todo el mundo, mantuve que estaba equivocado, con pruebas en la mano.

Le ofendí y le humillé públicamente —me comporté como un gallito cretino—.

Desde entonces, pago caro este error en los usos sociales. Cada vez que le llevo un dibujo, lo rompe delante de todo el mundo.

Soporto esta ofensa durante varios meses seguidos. Hasta aquella mañana de mayo en la que una vez más destruye mi trabajo. Me he tomado mucho interés por este dibujo, he currelado duramente en él. La cólera se me sube a la nariz, corre por mi cuerpo como la lava. Vuelvo a sentarme en mi sitio, respirando profunda y lentamente, con los trozos de papel en la mano. Los dejo en mi pupitre y después vuelvo con toda tranquilidad a su mesa. Cojo una carpeta en la que el profe guarda sus propios dibujos y me pongo a romperlos uno por uno delante de todo el mundo, mirándole. Le digo:

—¡Ahora sabe lo que se siente!

Salgo dando un portazo.

Toda la clase me defiende ante el profesor. Mis compañeros mantienen que soy un poco especial, de acuerdo, pero que tengo circunstancias atenuantes: trabajo arduamente mis dibujos a pesar de mis lagunas y él es injusto conmigo. El profesor escucha. Luego viene a buscarme al pasillo. Hablamos, a solas. Me disculpo. Él se disculpa a su vez. Y me da una palmadita en el hombro:

—Venga, vamos con los demás.

Durante las semanas siguientes me pide que participe más, y me ofrece clases gratis de geometría y de dibujo industrial, para que

recupere mi retraso. Trabajo como un loco, me esfuerzo por él, para que esté orgulloso de mí, y por la jueza. Mis notas empiezan a ser pasables. La mayor lección que acabo de recibir de este hombre no es de dibujo industrial sino de humildad. Ha aceptado rebajar su orgullo. Ha dado un paso hacia mí, por la paz, en un momento en el que se encontraba en una posición de fuerza y siendo él el ofendido. Una magnífica lección vital para un gallito.

Me integro bien, tanto en el colegio como en la obra. Vivo en una especie de armonía conmigo mismo durante el día. Pero el equilibrio se resquebraja al atardecer, cuando el sol cae tras el horizonte. Me hundo en la tristeza y la rebeldía. Mis viejos demonios pasan al ataque al llegar la noche. La angustia se apodera de mí como un caballo desbocado, sobre todo cuando camino junto a apartamentos iluminados o cerca de casas en las que reina la animación. Imagino, tras los visillos, la intimidad de la familia, a los niños que juegan con sus padres o que hacen los deberes mientras ellos les miran. Por las ventanas abiertas oigo el ruido de los cubiertos en los platos, las risas, las broncas, la vida. En mi interior ruge un monstruo de violencia y de envidia: «¿Por qué ellos? ¿Por qué tienen esta suerte? ¿Por qué yo no la tengo?». Entonces me convierto en un terrorista del amor, en un vampiro del cariño. Compenso a base de golpes el afecto que no recibo. Reparto, al azar de los encuentros, por pura venganza, rodillazos y cabezazos a los que tienen la desgracia de cruzarse conmigo por la calle. Eso me libera de mi soledad. Al menos, me miran, me insultan, corren para intentar cogerme, se interesan por mí.

Las personas no paran de herirme. Mi susceptibilidad de desollado vivo se ve alimentada por crueles injusticias. Parecen acumularse. Con el pretexto de hacerle un bien, el niño de la Beneficencia es una presa fácil para los aprovechados. Lo constaté con mi nodriza verdugo, y después con el tutor que me vigila desde que he comenzado mi aprendizaje como escultor. Le entrego mi salario de obrero de la construcción, quinientos francos al mes. Coloca ese dinero en el banco. Por lo menos lo finge, pues cuando al cabo de un año y medio de trabajo le reclamo lo que se me debe para comprarme una Malaguti, ya que me han robado la moto, el muy cabrón contesta con aire inocente: «¡Pero si no tienes dinero! ¡Tu cuenta está vacía!». ¡Ha metido la mano en mi cuenta y no puedo

probarlo!

Durante quince días, recorro a pie catorce kilómetros de ida y catorce kilómetros de vuelta para ir a la obra. Agotado, al borde del ataque de nervios, asqueado, voy en pleno día a robar una Mobylette de la policía delante del Palacio de Justicia. La cubro de pegatinas y al día siguiente vuelvo a pasar por delante de la comisaría, montado en mi moto robada. Provocación de gallito cabreado. Nadie me detiene, los polis pasan sin mirarme siquiera.

Me adjudico pues la máquina, considerando que es un regalo de mi padre, el presidente de la República, como reparación por la injusticia cometida por mi tutor.

DIECISÉIS AÑOS
BAILANDO CON GOLPES

Un atardecer en el que la soledad camina conmigo, veo un gran cartel colgado encima de un portal. Me acerco y leo «Salón de boxeo». Se me enciende la bombilla.

Me vuelvo a ver, cuatro años antes, en una calle de París. Los policías me han pescado. Furioso, pongo una zancadilla al que me empuja hacia la Estafeta. Después me interroga con paciencia, sin agresividad ni rencor, apuntando mis declaraciones en un cuadernito marrón. Me ofrece caramelos diciendo:

—En vista de tu complexión, más adelante podrás ser policía o boxeador.

Policía no es el oficio con el que sueña inmediatamente un niño con mis orígenes. Sin embargo, grabo las palabras de este hombre generoso. La amabilidad nunca se olvida, se graba en lo más recóndito del corazón.

Boxeador…

Entro en el salón, como un curioso. Unos chicos golpean unos sacos de arena, delante de unos grandes espejos. Golpean, golpean con fuerza, envueltos en un fuerte olor a sudor, jadeando. Un tío cachas de unos cincuenta años se me acerca. Tiene la mirada directa de la buena persona que no se deja engañar.

—¿Qué quieres, chaval?

Con los ojos entrecerrados, respondo:

—Boxear como ellos.

Me mira de arriba abajo en silencio, y me tantea:

—¿Tienes un certificado médico?

—No, ¿qué es un certificado?

—Vete a ver a un matasanos, a cualquier matasanos, explícale que quieres boxear y pídele un papel.

Al día siguiente vuelvo con el certificado. El tío cachas con mirada de lince me recibe con una sonrisa.

—¡Ah, ya tienes tu papel!

Estoy impaciente por pelearme, tengo ganas de pegar a alguien. Me da una cuerda para saltar:

—¡Venga, haz como los demás!

Haciéndola girar, trato de hacer pasar esta cuerdecita por encima de mi cabeza y luego por debajo de mis pies. Soy un pato. Me enredo las zancas con la cuerda y estoy a punto de caerme al suelo. Toda la sala se ríe de mi torpeza. Mi vanidad se resiente. Parezco un torillo perdido en el ruedo que no sabe donde asestar su primera cornada. Me trago la humillación. Me quedo a pesar de la dura prueba.

Acudo al salón casi todas las tardes. Esta válvula de escape para mi soledad me permite desahogar mi rabia nocturna contra unos sacos de arena en vez de sobre unas inocentes víctimas. Al cabo de quince días empiezo un entrenamiento sobre el cuadrilátero con un chico de buena planta que entrena desde hace dos años. Estoy muy emocionado. Tiene una mirada aviesa que me anima a darle una paliza. Intercambiamos unos cuantos golpes. El entrenador me grita:

—¡Tu guardia, ponte en guardia, te vas a zampar una!

¡Y paf, encajo una en la nariz! Mi visión se vuelve roja. El efecto es inmediato. Furioso, arremeto, pego, golpeo en cualquier sitio y recibo por todas partes, cuando, ¡paf!, suelto una derecha y Christian cae al suelo. La bronca es de aúpa, me suspenden una semana.

—¡No me has escuchado!, gruñe el entrenador. Aquí no estás en la calle. Así que tienes que andarte con cuidado o si no te las verás conmigo.

Es verdad que me he peleado como en el correccional, cuando boxeábamos sin saberlo, sin guantes, de cualquier manera, para imitar a nuestros hermanos mayores de penurias. Estoy en el salón de boxeo para aprender el noble arte —el tío cachas tiene razón— y no para desfogarme como un salvaje. Esta suspensión es una lección. Rumio mi jilipollada.

Le he roto la mandíbula a Christian. Como peleamos en la misma categoría, la de los pesos medios, me piden que le sustituya a toda prisa en una exhibición que va a darse en Saint-Quentin, como apertura de un campeonato de Europa. Estoy exultante, ya no me arrepiento en absoluto de haberle hecho besar la lona al pobre Christian.

En casa de mi tutor, me entreno con los sacos de abono para endurecerme los puños y los músculos. La sal de nitrógeno me quema la piel. La mejor forma de aliviar el suplicio es golpear aún más fuerte. Lloro de dolor y de rabia. Imagino que estos sacos inertes son mi padre. Este pensamiento es mi as en la manga. Me espolea en los combates cuando necesito poner el «turbo» para meter la directa y enviar a mi adversario a la lona. Pienso en mi padre… Entonces golpeo más fuerte, siempre más fuerte.

En la obra, transporto las piedras efectuando tracciones de brazo. Todo se convierte en entrenamiento. Mi vida se centra en la pasión de boxear.

Tengo a menudo el honor de pelear. Encadeno los combates. El tío cachas se ha fijado en mí y me prodiga tiempo y consejos. Con una extremada finura, canaliza mi violencia y la moviliza para lograr un intensivo trabajo técnico. Con frecuencia gano mis combates por k. o. Los golpes del adversario me estimulan, me inflan de rabia. Ahora consigo invertir esta potencia en una pegada controlada y destructiva. Golpeo cada vez más fuerte y con mayor exactitud.

Disfruto viendo al otro vacilar bajo mis golpes y derrumbarse.

Un día, ese tipo que cae al suelo será mi padre.

Durante una exhibición en una ciudad de Bélgica, un espectador me escupe en la cara cuando subo al cuadrilátero. Le suelto un gancho a la cara que lo deja tumbado. Después del combate, vuelvo al vestuario y, ¡paf!, recibo un derechazo en la oreja. El dolor se extiende. Me cabreo. Me doy la vuelta, dispuesto a replicar, y descubro a mi entrenador. Está furioso.

—Sí, soy yo el que te ha golpeado. ¡Eso te enseñará a respetar al público!

—Quise defenderme: ese mocoso me escupió encima.

—Cállate, no te quiero oír. Un boxeador de verdad reserva los golpes para el cuadrilátero. Respeta a su público hasta el punto de

aceptar sus humillaciones. Un boxeador es una persona pacífica, un hombre civilizado, no un golfo. ¡Vete a la ducha!

Henri, mi cuidador, retira los vendajes de la mano y me golpea amistosamente la cabeza:

—Olvídalo, Tim, no te preocupes. Antes era como tú. Te quiere bien, sabes. Te pareces a él cuando era joven.

—¡Tiene una curiosa manera de mostrarlo!

—¡Si no te quisiera, no se tomaría la molestia de echarte una bronca! Hala, ve a ducharte, has conseguido ganar por k. o.

—Gracias, Henri.

Tiene los ojos húmedos. La ducha me calma. Al salir del baño, el entrenador me lanza una toalla.

—Vamos a ir a celebrar tu victoria al restaurante de Antoinette. Tu juego de piernas está mejorando. No lo olvides, tienes dos puños, hijo, tienes que usarlos. Sólo utilizas tu izquierda al 10%, es un desperdicio. Habrá que trabajarlo. Mientras tanto, ¡a comer!

—Sí, señor. Perdóneme por lo de antes.

—No se hable más. Date caña, hijo, Antoinette va a refunfuñar.

Una hora más tarde, Antoinette, una amiga del club que lleva un restaurante, nos deleita con su célebre conejo a la mostaza. Tres raciones de conejo después, Antoinette, que es muy salada, estalla en una risotada:

—¡Eh!, Tim, ¡vale más tenerte en foto que invitarte al restaurante!

Me trae un gran plato de crema que rebaño mientras me relamo. Me miran con la boca abierta y Henri me dice:

—¿Dónde metes todo eso?

—¡Oye, que yo soy un hombre! Puedo ir a entrenar ahora mismo, estoy en forma.

Mi entrenador bromea:

—Para el carro, ¡ni siquiera puedes hacer treinta flexiones de brazos en el suelo!

—¿Apostamos…?

Me levanto de mi asiento, me extiendo sobre el suelo y hago ¡sesenta flexiones seguidas! Las últimas diez las hago con la impresión de tener la torre Eiffel encima de las nalgas. Me siento capaz de levantar a mi Jirafa por los lindos ojos de Antoinette. ¡El vacile estimula!

Desde el golpe en la oreja y el conejo preparado por Antoinette, se ha sellado una complicidad entre nosotros. Voy a vivir unas maravillosas horas de auténtica y varonil amistad en este club. Los entrenamientos son como un recreo en mi vida de infierno y soledad. A partir de ese momento paso todas las tardes y todos los fines de semana en el salón, a la espera de un combate.

El combate… La fiebre del sábado noche. El calentamiento en el vestuario, la llamada por los altavoces, la salida, el largo túnel, la sala enfebrecida. La gente se apiña a mi alrededor. Me abro camino entre la masa compacta para acercarme al cuadrilátero iluminado, en el centro de las sombras. Me inclino, paso entre las cuerdas. Henri me ata los guantes, me da palmaditas en el hombro. Y aquí estoy, empequeñecido, sólo en un rincón, con el canguelo en el estómago, mientras la muchedumbre vocifera y mi adversario me mira de arriba abajo en el rincón opuesto. La campana nos dispara al uno contra el otro…

Para mí, niño de la calle, el boxeo es un regalo extraordinario. Unos hombres se ocupan de mí, me miran, me observan, me transmiten este arte sutil que se juzga basto por ignorancia. El boxeo es una escuela de ternura, de atención y de humildad.

Después del combate, el vencido acepta el veredicto y el vencedor levanta al vencido. Los dos hombres levantan los brazos y se abrazan.

Pero el boxeo no es suficiente para drenar toda mi violencia. Determinadas observaciones, actitudes o miradas bastan para desencadenar la tormenta. En esos casos, me resulta muy difícil contener la cólera.

Trabajo con Pierrot, un tío joven de treinta y cinco años, padre de trece hijos, también chico de la Beneficencia. Bebe una barbaridad. Este enfermo alcoholizado pasa más tiempo tumbado que de pie. Cuando está sobrio, busca bronca sin parar. Un día de frío, estando sobre un andamio, me pide una herramienta llamándome «hijo de puta». Se me hiela la sangre en las venas. Le lanzo a la cara mi «oreja de cerdo», o sea, la plana. Le rajo la jeta por haber insultado a mi madre. Se queja y coge realmente la baja por enfermedad. Mi patrón me pone tres días de patitas en la calle. Pierrot no volverá a estar nunca más en mi equipo. Por el hecho de

haberme abandonado, no se puede hablar mal de mi madre.

Al cabo de dos años de aprendizaje, obtengo mi diploma técnico de escultor cantero de piedra como obrero cualificado. Aún no he cumplido los dieciocho años y soy el diplomado más joven de Francia gracias a la derogación del Presidente. Ese día, grito de alegría. Doblo cuidadosamente mi diploma, monto en mi bici y pedaleo a todo gas durante sesenta kilómetros, hasta el Palacio de Justicia. Penetro en el inmenso caserón como si fuera mi casa, vuelvo a encontrar mi pasillo, mi banqueta de color rojo imperio y la puerta del despacho de mi jueza preferida. Quiero entrar. Un policía me prohíbe el acceso con el pretexto de que no tengo cita. Me pongo a berrear como un loco, a llamar desde el pasillo:

—¡Señora jueza, señora jueza!

Las personas se preguntan qué pasa, los policías quieren echarme, pero yo sigo vociferando. De pronto, aparece mi jueza. ¡Uf!, me ha oído:

—Pero, ¿qué pasa aquí? ¿Ah, es usted, joven? ¿Qué hace aquí? ¿Y por qué este alboroto?

—He cumplido mi palabra, señora. Le prometí que si me daba una oportunidad, saldría adelante. ¡Ya está, lo he conseguido! ¡He obtenido mi diploma de escultor hace tres horas y he venido corriendo a traérselo!

Creo sinceramente que no sale de su asombro.

—Por favor, joven, entre en mi despacho.

—Entro en el despacho, saco el precioso documento de mi bolsillo interior. Lo despliego con precaución, como si estuviera recubierto de polvo de oro. Se lo tiendo:

—¡Tenga, es para usted! Le dije que lo conseguiría.

—No, es tuyo.

—No, señora. Lo he conseguido gracias a usted. Lo he conseguido para usted, es suyo.

Percibe mi determinación. Coge el diploma, lo mira con atención. Murmura «Gracias». En sus ojos, leo otras palabras de reconocimiento. Soy el hombre más feliz del mundo. Acabo de hacer el regalo más hermoso de mi vida. Dos años de perseverancia, de lucha contra mis demonios, contra el frío y el calor, contra las burlas y las humillaciones, contra el cansancio y el desánimo. Una victoria más hermosa que la del cuadrilátero.

Abrazo a mi jueza para darle las gracias —aún tiene mi diploma en la mano— y me voy tan campante. Al policía, a la secretaria, les suelto:

¡Ya ven que yo no necesito cita! ¡Soy su hijo!

Vuelvo en mi bici a ver a mis compañeros, a
Jean-Luc,
a Jacques y a los demás. Una fiesta bárbara regará la victoria.

Unos días más tarde me paran los gendarmes. Vuelvo a caer sobre el dúo desparejado, El Gordo y El Flaco de la brigada, el jilipollas y el amable. Acabo de comprarme una moto completamente nueva, rutilante, para celebrar mi éxito. El policía con cara de zorro empieza a dar vueltas a mi alrededor, busca el fallo. Por supuesto, sospecha que la he birlado.

—Es curioso, no encuentro el número del motor…

Gira, inspecciona, husmea… Me infla tanto las pelotas con su número del motor que me acerco a su 404 aparcado al borde de la carretera y le pregunto con aire suspicaz:

—¿Este coche es de ustedes, señores?

Levanto el capó.

—¿Están seguros de que es el motor de origen? No encuentro el número del motor…

Qué raro… Por casualidad, ¿no habrán robado este coche?

El Flaco tiene la sonrisa en los labios, como siempre, pero El Gordo, que tiene tanto humor como yo paciencia, se corta al máximo. Entra en la zona roja del contador. Explota:

—No crea que por ser el hijo de la jueza se lo puede permitir todo…

Saca su talonario de multas y me presenta un nueva denuncia por desacato a un agente del orden público en el ejercicio de sus funciones —su especialidad—, más algunas fruslerías adjuntas.

—Créame, se lo voy hacer llegar a su madre. ¡Así estará al corriente! ¡Y no le será fácil suprimirlo!

Me troncho de risa y me largo inmediatamente a ver a mi jueza:

—Señora, me permito advertirle que no soy únicamente el hijo del Presidente sino hijo suyo, y que le van a traer una multa disparatada. ¡No se preocupe, me encuentro perfectamente y no hago tonterías!

Soy el más joven que ha aprobado el diploma, pero también el primero de mi promoción. En seguida recibo propuestas de trabajo. Uno de los examinadores es el patrón de una importante empresa de construcción. Me contrata en seguida como OQ2 —obrero cualificado de 2.ª categoría—. La ley exige que presente mi diploma al empleador. Mierda. Vuelvo a ver a mi jueza preferida, sin cita. El policía de guardia me deja entrar:

—¡Ah, es usted otra vez! Su madre está en su despacho.

Me siento incómodo:

—Señora, lo lamento mucho, olvidé por completo este detalle: me hace falta el papel de mi diploma para que me contraten.

El diploma domina su despacho, está enmarcado.

—Toma, te lo has merecido, estoy orgullosa de ti.

—Gracias, señora, le voy a devolver el marco…

—No, no; lo elegí pensando en ti.

Por dentro, estoy como unas castañuelas. Su cumplido me pone patas arriba. Me voy aún más contento que la primera vez. Orgulloso de que esté orgullosa de mí.

Al día siguiente, presento mi diploma en su marco dorado a la secretaria de la empresa. Exclama:

—¡Pero si es una obra de arte!

Me inflo como un pavo, me doy importancia. Mi patrón me nombra rápidamente OQ3 y unos meses más tarde, jefe de equipo. Tengo buen aspecto, soy competente y los obreros me quieren.

Dirijo un equipo de argelinos, marroquíes y tunecinos con los que comparto un barracón de la obra. Vivimos juntos las veinticuatro horas del día. Nunca olvidaré mi primera noche con ellos. El barracón mide cuatro metros por dos metros y medio. En frente de la puerta de entrada, hay un lavabo debajo de un tragaluz. A derecha e izquierda hay unas literas contra la pared, que está decorada con fotos de mujeres desnudas en posturas que no inducen al equívoco. Hay un olor repugnante a sudor, a orines y a cerrado.

Esa primera noche, no dormí. Un obrero italiano me dijo al oído: «¡Ten cuidado! Te van a ensartar mientras sobas». Al menor ruido, me pongo alerta. Amanece, estoy intacto, pero agotado. Mis cuatro hermanos de barracón duermen como lirones.

Se van a convertir en verdaderos amigos y hasta en hermanos del alma a quienes deberé mucho. No nos hubiéramos elegido por

propia iniciativa. La vida lo ha hecho por nosotros. Por la noche, cenamos juntos en una casita cercana en la que cocinamos nuestro papeo. Su familia está lejos, la mía también. Me acogen como a uno de los suyos. Después de la comida, los tunecinos tocan música, los argelinos cantan, los marroquíes bailan. Son momentos mágicos en los que estos hombres que trabajan duro todo el día, a quienes se les destrozan las manos por el roce con el cemento y la piedra, sacan de sus instrumentos melodías llenas de gracia, armonías delicadas. Nuestro barracón se convierte en un salón decorado al estilo de las Mil y una noches.

Estos hombres viven con poco. Se sacrifican por su familia, a la que envían la mayor parte de su paga. Un mes al año, se marchan por fin a reunirse con los suyos. Después, vuelven para un largo año de soledad.

Una tarde, delante del lavabo del barracón, descubro a Mohamed, arrodillado. Habla, gime, jadea una jerigonza incomprensible mientras se tumba por el suelo. Le doy unos toquecitos en el hombro:

—Mohamed, ¿te duele algo?

No me contesta, y prosigue con sus lamentaciones. Una hora más tarde, durante la comida, le pregunto: «¿Estás mejor?». Me responde que no tengo por qué preocuparme: es la forma de orar de los musulmanes. ¡Y yo que pensaba que estaba enfermo! Mohamed me explica su creencia y sus ritos cotidianos. Lo ignoro todo del islam, y lo mismo me pasa con el cristianismo.

Nuestra vida en común dura un año y algunos meses. Estos amigos sienten mi pasión y mi excitación juvenil cuando me marcho a boxear. Me animan y se alegran por mí. Cuando voy a pelear a un país extranjero, les traigo regalos y recuerdos. Su reconocimiento me llega a lo más profundo del corazón.

Me gusta bailar con golpes. Sobre el cuadrilátero, recupero el juego de piernas heredado de los guerreros iraqueses, la velocidad de pegada, una cierta gracia en los desplazamientos, silenciosos, desconcertantes.

Trabajo y afino estas armas, legado de mi padre, para volverlas contra él.

Me gusta el boxeo, apasionadamente. Este deporte se me pega a la

piel y se me adapta perfectamente. Por fin existo para alguien. Se me considera. Se ocupan de mí. Cuando revienta un arco de la ceja, unos dedos vienen a curarme con delicadeza. Me hacen sentar, me hablan, me atienden, me vendan, me dan masaje, me prodigan consejos, me dicen al oído: «¡Venga, hijo, atácale por la derecha, resiste!».

Cuando venzo, me dan palmaditas en la cabeza para felicitarme, y cuando subo los peldaños del podio a hombros de mis maestros, la multitud me aclama. Yo, el niño sin nombre. Se agolpan tratando de hacerse amigos míos.

No olvido que he debido subir a un cuadrilátero para que me abracen. Me he ganado el cariño a base de puños.

La velada de mi primera victoria en un combate nacional, siento que necesito un marco digno de mi felicidad y de mi orgullo para celebrar el acontecimiento. Me escapo de mis cuidadores y de mi pequeño equipo de seguidores. Camino por París, que se ha iluminado por mí, no me cabe duda. Cruzo las calles que he recorrido a grandes pasos, con la soledad a mi lado, dando ahora pasos lentos, saboreando mi título. Me regalo una *suite* de príncipe en uno de los grandes hoteles junto a los que he soñado. Temiendo que me prohíban el acceso, habida cuenta mi edad, saco de mi bolsillo los fajos de billetes de la victoria y los planto sobre el mostrador. Pago al contado.

—¿Tiene equipaje, señor?

—No, no tengo equipaje. Sólo mis guantes, y los llevo conmigo…

En el ascensor, el botones de punta en blanco escruta mi par de guantes, que llevo colgando alrededor del cuello. Dos gruesas bolas rojas. Me mira de arriba abajo, observa mi cara llena de costurones, el arco de la ceja parcheado, los moretones, la huella de los golpes. No hace preguntas, me hace pasar a la gran *suite* y cierra la puerta, dejándome a solas con la embriaguez de mi triunfo.

Coloco mis guantes sobre el regio aparador y me acuesto en la inmensa cama con sábanas de seda. Lejos, muy lejos de mi garaje de bicis.

Es la primera vez que no me pesa la soledad. Me parece tan ligera como las burbujas del champán.

Esta noche, soy el vencedor. Soy más fuerte que mi padre.

Al día siguiente, no me iré de mi *suite* hasta el mediodía. Hasta las doce en punto del mediodía. Para no perder un solo instante de este gran confort que he ganado con mi sudor, con mi sangre, mis puños y mi odio.

DIECIOCHO AÑOS
TRAS LA PISTA DE LOS EXTRATERRESTRES

Jean-Marie es un tipo curioso. Sigue un cursillo de albañilería moderna conmigo, en Compiégne. Tiene el pelo rizado con mechas en todas direcciones, una musculatura de Todo a Cien —da la impresión de estar hecho de cerillas— y lleva una eterna camiseta de marinero con rayas blancas y azules, tan eterna que se diría que ha nacido con ella. Teje jerseys para sus amigos en la playa de Merlimont, mientras repasa sus clases sobre el cemento armado. Ante todo, sus ojos brillan como ascuas cuando habla de Dios —y habla de él a menudo, es su piñón fijo—, como si acabara de fumarse un porro.

Francamente, me pregunto qué pinta en la obra, con su aspecto de artista iluminado y místico.

Un día, en el patio, se forma un grupito a su alrededor. Jean-Marie habla una vez más del Buen Dios, con su ardor comunicativo. Todo el mundo sucumbe a su encanto. Me fastidia que este tipo me quite protagonismo, y además con semejante tema. Le interpelo:

—¿Quieres decir que Dios vino a la Tierra para los pobres?

Contesta «Sí, ¡oh sí…!» mientras me mira con sus ojos como tizones.

—¿Para todos los pobres?

—Sí, ¡oh sí!, para todos los pobres…

—Y ayer, ¿dónde estaba tu Buen Dios?

—¿Has leído el periódico?

—¿Y la mujer que ha recibido catorce cuchilladas? ¿Y el niño violado, apaleado? ¿Dónde estaba tu Buen Dios de los pobres en ese momento? ¿De vacaciones en las Baleares?

Se calla, el muy beato. Saboreo el desconcierto que provoco en él. Pienso haberle cerrado el pico de una vez por todas. Y sin embargo, no, retoma la palabra. No se acobarda, sigue hablando de su fe con pasión. Pretende que Dios ama locamente a todos, ésta es la Buena Nueva, y que él, como cristiano, tiene el deber de difundir esta declaración de amor.

Asegura también que Dios llora con los que lloran, y que su Cristo, en la cruz, cargó sobre sus hombros todos los sufrimientos. Todas las traiciones de los hombres. En un acto de amor loco. Su resurrección nos promete la felicidad eterna. Etcétera. Y muchas otras palabras incomprensibles.

Habla con el corazón, Jean-Marie. Uno se siente raro al escucharle. Me enerva y me encanta al mismo tiempo, este cristiano valiente que no abandona a su Buen Dios en la adversidad. Que no se pira del ruedo cuando sueltan a los leones de la contradicción. No se cisca en su compromiso.

Este chico no se parece a los demás. Me intriga. Le siento traspasado por una exigencia interior, animado por una alegría, por una serenidad profunda que me intriga.

Dios, en esta época, no está en mi agenda de direcciones. En varias ocasiones, estando hasta arriba de mierda, he llamado al Buen Dios desconocido, al todopoderoso Salvador… Nadie ha bajado del cielo. El niño apaleado y abandonado, el enfermo que agoniza en la soledad, la mujer que da a luz, el hombre que ha tenido un accidente y cuya vida pende de un hilo, todos ellos lanzan una llamada de socorro hacia un Ser Supremo, incluso en el caso de que no lo llamen Dios.

Yo grité pidiendo ayuda. Nadie respondió. Clasifiqué a Dios entre los abonados ausentes.

Jean-Marie me atrae y me incomoda al mismo tiempo. Me gusta provocarle, ponerle entre la espada y la pared. Un día, por ejemplo, llama a la puerta de mi habitación. Le lanzo el puñal con el que me estoy entrenando. El cuchillo se clava en la madera, justo al lado de su mano. Yo me río, él algo menos. Está desconcertado. Yo, en cambio, estoy orgulloso de mi jilipollada. No se desanima. Vuelve a verme al día siguiente. Este tío me deja alucinado.

Me asombra también porque no se comporta como los demás. Durante un recreo, mientras me encuentro disparando con una

carabina al gato del vecino para conseguir que Jean-Marie se enfade, me pide que le preste el arma tres segundos. El campesino furibundo sale de su casa, le ve con el arma en la mano, y creyendo que el que apunta es el que dispara, le echa una gran bronca. Jean-Marie apechuga con el rapapolvo sin protestar, sin negar su culpabilidad. No sólo no intenta probar su inocencia, sino que pide perdón al furioso vecino. Me siento un poco crío por haber dejado recaer injustamente la responsabilidad en él. No me guarda rencor.

Un lunes por la mañana, le pregunto por sus ocupaciones del fin de semana.

—He ido de peregrinación a Chartres, me responde. Éramos cuatro mil quinientos jóvenes. Caminamos, rezamos, tocamos música, ¡ha sido formidable!

—¿Ah, síií? ¿Y para qué sirven esas jilipolladas?

… Además, recé por ti, Tim, y por los jóvenes del mundo entero.

—¿Ah, síií? Yo no te he pedido que lo hagas. Gracias de todas formas. ¿Y cuántas chirinolas has tenido en ese tinglado tuyo?

—¿Chirinolas? ¿Qué son chirinolas?

—Tortas, trifulcas, si lo prefieres.

—Cero, ninguna chirinola, ninguna trifulca.

Se lo hago repetir, incrédulo. Este tío me cuenta trolas, estoy convencido:

—¿Cero chirinolas? ¿Me lo juras por la memoria de tu madre?

—Cero chirinolas, no necesito jurar para que sea verdad.

Observo su boca, leo en sus ojos, no miente. Jean-Marie dice la verdad. Es increíble, es imposible que no haya tenido bronca. Yo he ido a la verbena de Compiégne este fin de semana. Había mil quinientas personas, y me peleé siete veces sin contar una demostración de boxeo el sábado por la noche. Con la música a tope en las orejas y el alcohol calentándote las venas siempre hay alguien que te engancha y empieza el baile. Para mí, muchedumbre equivale a pelea, a provocación, a trifulca. Pim, paf, pum, todo es muy rápido, se parece un poco a la ternura. Estamos cerca, hay roce. Si el tío es simpático, hasta puede convertirse en amigo. Si es jilipollas, lo dejaremos para otro día. Cuando se está solo, éstos son los recuerdos que quedan. Es lo que te ocupa la cabeza cuando uno no encuentra nada que poner en su interior.

Jean-Marie interrumpe mis reflexiones:

—¿Por qué me miras fijamente? ¡No soy un marciano!

—Pues claro que lo eres. ¡Cuatro mil quinientas personas y no ha habido leña…, estáis grillados! ¡Os podríais haber peleado veinte veces cada uno!

—¡Nada de chirinolas, tienes mi palabra!

Durante la semana, le doy vueltas a esta historia sin parar. ¿Peregrinaje, sin chirinolas? Decididamente, aún no lo he visto todo.

Le vuelvo a preguntar sobre esa marcha. Me explica que él llevaba a unos minusválidos. Sí, Jean-Marie vive con unos minusválidos. ¡Mi-nus-vá-li-dos!

¡Espera un momento, este tío me está diciendo, con toda la seriedad del mundo, que currela gratis para los retrasados, y que además pasa los fines de semana con ellos!

Le sonsaco, quiero saber más sobre este extraterrestre.

Jean-Marie vive en un hogar del Arca, en Compiégne, con una decena de personas disminuidas mentales. El Arca, me explica, es una obra fundada por un antiguo oficial de marina que se convirtió en profesor de filosofía, un canadiense llamado Jean Vanier. Este gran hombre, indignado por la forma en que la sociedad rechaza a algunos disminuidos mentales y por el hecho de que sean tratados como vegetales en los hospitales psiquiátricos, sacó a dos de un asilo. Se llaman Raphaél y Philippe.

De pequeño, Raphaél tuvo una meningitis. No puede hablar. Su cuerpo se bambolea, carente de equilibrio. Tiene lo que se dice un «tornillo» menos. Lo mismo ocurre con Philippe. Al morir sus padres, Raphaél y Philippe fueron ingresados en un hospital, encerrados tras elevados muros, como si fueran leprosos. Jean Vanier fue a buscarles. Con sus dos nuevos amigos, se instaló en la casita de un pueblo, Trosly-Breuil, a veinte kilómetros de Compiégne. El antiguo trotamundos de gran corazón descubrió hasta qué punto Raphaél y Philippe habían sufrido por culpa del rechazo de su entorno y de la sociedad, así como por la decepción que habían provocado, sin querer, a sus allegados. Se dio cuenta de hasta qué punto necesitaban amistad y confianza. Se puso a escucharles…

La idea de Jean Vanier hizo que se encendiera la bombilla de muchos y provocó un efecto de bola de nieve. Desde 1964, en toda

Francia y en numerosos países, los disminuidos mentales viven en comunidad con asistentes que comparten su existencia.

—No siempre resulta fácil, me dice Jean-Marie con pasión. Esta vida en comunidad nos transforma. Nos permite descubrir lo esencial. Venimos para ayudar a los más débiles y descubrimos rápidamente que son ellos quienes nos ayudan…

—¿Qué es lo esencial?

—Gracias al Arca, aprendemos que estamos hechos para amar. Intentamos poner todas nuestras capacidades al servicio de la construcción de una sociedad más afectuosa, en la que cada uno tenga su lugar.

—¿Una sociedad de amor? ¿Bromeas?

—No, Tim. El Arca es un signo de que los seres humanos no estamos condenados a la chirinola, como tú dices. A la guerra, a la lucha en la que los más fuertes aplastan siempre a los más débiles. ¡El amor es posible! Cada ser humano es precioso y sagrado…

Le escucho, estupefacto, sin voz. Este tipo está completamente chiflado. Evoca un mundo que se encuentra fuera de mi mundo, incomprensible para mí, y sin embargo fascinante. Percibo en él, secretamente, más verdad que en el mío. No soy más que fingimiento y violencia. He conseguido varios títulos en boxeo y en lucha. La gente se apiña a mi alrededor, me halagan, me rodean. Nunca he tenido tantos amigos. Para mí, los cafés, los restaurantes, las discotecas, todo es gratis. Este prestigio ha aumentado mi pandilla, que cuenta ahora con unos cincuenta jóvenes. Mi gloria repercute sobre ellos. Me apodan Boxon o El Zumbado. Peinamos la región en un radio de sesenta kilómetros. Soy un cabecilla. Mi segundo sueño se ha cumplido.

Pero no soy feliz. No sé por qué.

Mi vida es tan trepidante que no tengo tiempo de plantearme grandes cuestiones filosóficas.

Un día, un bonito coche se para a mi altura mientras discuto con unos compañeros de la calle. Un hombre distinguido se acerca a mí. Su chófer espera fuera, manteniendo la puerta abierta. Uno de mis amigos me dice por lo bajo:

—¡Mira que pez gordo viene a verte!

Kléber tiene razón. Ese hombre de punta en blanco se acerca efectivamente a mí. Me saluda y me dice:

—Buenos días, señor…

Se me hace raro, es la primera vez que me llaman señor. Me felicita por mi palmarás y añade:

—Sería un honor para mi mujer y para mí invitarle a comer el jueves que viene.

—Síií, quizá. Una buena comilona, no se rechaza. Por cierto, ¿quién es usted?

—El delegado del Gobierno, señor.

Entra en su limusina saludándome. Estoy paralizado por la estupefacción. Antes de ser un campeón de medio pelo, era un chico malo. Hoy el delegado del Gobierno me llama «señor» y me invita a cenar. Los compañeros se pitorrean de mí:

—¿Así que, sin más, el señor va entrar en el gran mundo?

Les dejo que digan lo que quieran.

El jueves siguiente me presento en la dirección indicada. Me abre un criado, se hace cargo de mi cazadora de cuero. Pone cara rara al ver en la parte de la espalda el águila que picotea una cabeza de muerto, el símbolo de mi banda. Néstor recupera su flema y me indica el camino. Entro en un gran salón en el que se apiñan varias personas. Todos se giran hacia mí para recibirme. Me presentan al alcalde, al delegado del Gobierno, a un senador, a un industrial, a un banquero. Sólo gente guapa. De tiros largos, como los ricachones. Soy el único sin corbata, en vaqueros, con mi camisa de cuello Mao, un pañuelo alrededor de la garganta, botas de motorista de seis correas y una muñequera de clavos, muy práctica para las chirinolas.

La mujer del delegado del Gobierno, con mucho gusto por mi parte, me sienta a su derecha. ¡Nunca he visto tantos cubiertos en una mesa, se diría que han vaciado los armarios! Ante mí tres platos, dos cuchillos, dos tenedores, dos cucharas. Todo de plata. Me paso la cena contemplando mis chismes de mesa. Adivinando qué cubierto elegir. Y metiendo en cintura a la mujer del delegado del Gobierno, muy bien hecha. Los demás, los «peces gordos» me ponen negro. Me dan coba por la cara, es indecente. El industrial pretende que soy «extra», y el banquero «súper». Pienso: «estos dos deliran, ¿por qué me hablan de margarina “extra” y de gasolina “súper”?».

Cuando les cuento mi cena a los compañeros, abren los ojos

como las puertas de doble batiente del salón del delegado del Gobierno. Lloramos de risa. Está bien reírse para quitarse el corte después de los convencionalismos del sarao. Mis verdaderos amigos me dicen:

—¡Venga, ricachón, ahora que eres uno de los grandes de este mundo, vamos a tomar un vino!

La pamema es mi droga. Ella me ayuda a aceptar la falta de confianza provocada por mi diferencia. Mi vida es un torbellino, una representación teatral. Y yo, detrás del personaje desbordante de salud y de fuerza, tengo el corazón triste. Mi existencia es tan insípida como una feria sin chirinola. Las emociones del boxeo y las adulaciones no me llenan.

Jean-Marie es auténtico. No hace teatro. Dice lo que cree, vive lo que dice. Eso me trastorna de forma extraña.

Me lo vuelvo a encontrar un viernes en el vestuario del centro donde hago el cursillo. Mientras nos estamos cambiando después del trabajo, le pregunto:

—Este fin de semana, ¿me llevas a tu peregrinación, a Chartres?

Me responde que es una peregrinación anual y que por lo tanto hay que esperar un año. Se me funde un plomo:

—¡Bien, ya sospechaba yo que tu historia era una bola! ¡Te rajas, me has tomado el pelo!

Furioso y decepcionado, le suelto un guantazo en plena jeta y me voy de los vestuarios dando un portazo. En el patio, la campana anuncia el final de las clases. Me largo con una rabia sombría.

Paso el sábado y el domingo, como de costumbre, entre el gentío y la soledad, entre bosques silenciosos y ruidosas verbenas, entre bailes y baretos. Estos dos mundos se me imponen, se oponen en mi interior. Tengo una necesidad vital de ese carnal contacto con la naturaleza, de esos largos vagabundeos por los bosques donde cruzo la mirada dulce e inocente de los corzos. Donde escucho la música de los manantiales. Me deslizo sin ruido entre los troncos, me cuelo por los matorrales hasta acercarme, a veces hasta casi tocarlos, a las gacelas y a los ciervos. Después de unas cuantas horas en complicidad con la naturaleza, me uno a la pandilla para las habituales jilipolladas de los sábados por la noche. El tiempo se nos va entre bailes endiablados, sonidos ensordecedores, alcohol a discreción, vueltas en moto y rítmicas trifulcas bajo la mirada de las

chicas. Sólo el exceso consigue rechazar la ola de mi pasado, una ola que se alza violentamente en mi interior cuando me abofetea la felicidad de los demás.

El lunes siguiente, mis compañeros de cursillo me reprochan abiertamente haberme pasado de la raya con Jean-Marie. Me sugieren que vaya a disculparme. Les suelto, altivo:

—¡Ya podéis esperar sentados!

Soy orgulloso y siento rencor hacia ese chico: «Todo lo que me ha contado desde el principio es un farol». En el fondo, no estoy tan seguro de ello…

Esa misma noche, decido ir a verificar si de verdad vive con esos minusválidos. Aparco mi moto delante de la Isba, una casita situada en una calleja de Compiégne. Oigo risas y gritos alegres. Llamo a la puerta. Una chica minusválida abre y me pregunta:

—¿Y tú, quién eres? ¿Y tú, cómo te llamas?

Impresionado por su estado, no contesto nada. Ella hace la pregunta tres veces, no se me ocurre nada que decir, a mí, al campeón de boxeo, al duro. Llega Jean-Marie y le dice:

—Es mi amigo Tim. ¡Un tío guay, ya verás!

Pienso para mis adentros:

—Él sí que está realmente grillado. Le pego por la cara, ¡y todavía dice que soy su amigo, un tío guay!

Jean-Marie me hace pasar. No me siento totalmente cómodo. Las cosas se me escapan, ya no domino la situación. Un niño minusválido baja la escalera y me pregunta mi nombre. Se lo digo. Pone su mano sobre mi corazón y me dice:

—¡Tim, tú eres simpático!

¡Puf! Sus palabras son como una gran caricia, un guantazo repleto de dulzura. Nunca me han obsequiado con la palabra «simpático». Desde que nací, no soy más que un bastardo y un mierdoso. Ahora que soy campeón, me he convertido súbitamente en alguien super y extra. Un minusválido, con su voz débil y de falsete, con su boca deforme, me ofrece esta palabra regalo, esta palabra que deja k. o.

Sí, es el primer k. o. de mi carrera. He sido noqueado por un minusválido.

Por primera vez en mi vida me encuentro de rodillas en mi corazón.

—Yo me llamo Philippe, farfulla.

Me coge el brazo:

—¿Vienes a comer con nosotros?

No consigo negarme. Me dejo arrastrar a la mesa. La comida es sencilla y alegre. Los unos ayudan a los otros. Nunca me olvidaré del menú: tomates rellenos.

Reflexiono mientras les observo. Este minusválido me ha invitado porque le parezco simpático, no porque sea campeón. Desconoce mis títulos de gloria, mi currículo, mis infiernos y mis caídas.

Los del Arca son extraterrestres. No se parecen a los demás hombres. Establecen relaciones sencillas y directas: si les gustas, te lo dicen; si no les gustas, te dejan en paz. Son regalos de espontaneidad en un mundo calculador. Nada de farsa, nada de teatro… Refrescante.

Me acuerdo de las extrañas palabras de Jean-Marie: «El Arca es una gran familia. Ha sido creada por el Espíritu Santo para hacer saber a nuestra época que el corazón del hombre no se sitúa en el conocimiento, en la inteligencia, en las técnicas o en el poder, sino en el amor. Por eso, Dios ha elegido manifestarse a través de las personas que sufren, de las personas débiles, pobres, sencillas…».

Empiezo a comprender.

Después de la comida, todo el mundo se pone a fregar contando chistes. Philippe, mi nuevo amigo, me dice:

—¿Vienes a ver a Jesús con nosotros?

¿Por qué no? Me siento bien con ellos. De repente me doy cuenta de que, para visitar a ese Jesús —debe de ser alguno de sus compañeros, un portugués, a juzgar por el nombre—, tengo que cruzar la ciudad con ellos. ¡Espera! ¿Yo, Boxon el cabecilla, el temido jefe de pandilla, con un águila y una cabeza de muerto en la espalda, cruzar la ciudad con una procesión de disminuidos mentales, los mismos a quienes llamaba mongoles aún no hace dos horas? ¡Estás loco!

No tengo tiempo para escabullirme. Jacqueline, la que me abrió la puerta, me coge de un brazo, Sophie, otra chica, del otro. Y ahí nos tienes, brazo con brazo, dando tumbos.

Jacqueline anda renqueando y se aferra a mí. Y en cuanto a Sophie, me repite a dos dedos de la cara: «Te quiero mucho, Tim, te

quiero mucho», escupiendo generosamente. Detrás, la corte de los milagros en libertad. ¡Con tal de que no me cruce con ninguno de mis amigos! ¡Menuda vergüenza!

Aproximadamente media hora más tarde, después de haber cruzado la ciudad, llegamos por fin al final del viaje, a la plaza de una iglesia. Un inglés nos recibe saludándonos a todos: «Buenos días hermano, buenos días hermanita». Pienso: «¡Vaya una familia numerosa!». Se gira hacia mí:

—¿Cómo te va, hermano?

¡Espera un momento, no conozco a este tipo, y no soy su hermano! Tengo hermanos y hermanas, pero nos han separado. Por lo tanto, no soporto que un extraño utilice conmigo esa palabra que mi familia no puede ofrecerme. Le voy a dar una torta a este inglés —«¡Señores franceses, sean los primeros en pegar!», decía el señor León. En ese momento, mi amigo Philippe me tira de la manga:

—Ven, vamos a ver a Jesús.

Muy oportuno, éste. Por fin voy a conocer a su famoso compañero Jesús. ¿Será el portero de la iglesia?

Entramos en la capilla. Reina el silencio. Distingo a un centenar de personas arrodilladas en la penumbra. Me paro, estupefacto. En frente de mí, un foco ilumina una gran cruz. Reconozco, colgado del crucifijo, al tipo con el que me he cruzado tan a menudo a lo largo de las carreteras, en los calvarios de pueblo, a este bandido de camino real, de cabellos largos, medio desnudo, con cara de dolor, con un agujero en el pecho, con clavos en las manos y en los pies.

Me he colado. Jesús no es un compañero portugués sino aquél al que llaman Cristo.

Otra sorpresa. Las personas no están vueltas hacia el crucifijo de Jesús, en el centro. Todas se encuentran mirando hacia la izquierda. Le digo a Philippe, en voz baja:

—Son jilipollas, miran a la izquierda y Jesús está del otro lado. ¿Qué les pasa?

Detrás de nosotros oigo los «chist, chist». Me ponen nervioso. Philippe me murmura al oído mientras con el dedo me señala un objeto en forma de sol dorado que se encuentra sobre una mesa blanca:

—Es Jesús, es el cuerpo de Jesús, el Santísimo Sacramento.

Si fuera válido, quiero decir normal, le diría: «Para de decir

sandeces, me tienes frito, ¿qué coño me estás contando?». Pero ha sido tan amable y paciente conmigo que prefiero callarme.

Me aburro. Giro la cabeza, observo. Algunos miembros del Arca están prosternados como mis amigos musulmanes cuando rezan en la obra. Otros están agachados, con los ojos cerrados. Es extraño.

Miro el sol dorado. Me cuesta creer que haya personas que recorran kilómetros para encontrarse, sin decir nada, ante una rodaja blanca a la que llaman Jesús. ¡Imagínate una discoteca sin música y sin alcohol, en la que no se mueve nadie! Sé lo que son las hostias, las he comido, de pequeño, a centenares en el sagrario de la iglesia de mi nodriza verdugo —no es más que pan—. Además, no comprendo su galimatías, el Santísimo Sacramento, la custodia, y todo ese lelilí. Para mí es chino. O latín.

Lo que me impresiona, es la expresión de los rostros. Algunos irradian una luz. Están todos apacibles, tranquilos, serenos. Me digo: «Si ellos consiguen ver a Jesús ahí dentro, ¿por qué no yo? No soy más jilipollas que los demás. Voy a intentarlo. Voy a ponerme en posición, y ¡paf!, debería funcionar».

Me arrodillo cinco minutos, sigo sin ver nada. He debido olvidar algún detalle del modo de empleo. Ah, sí, cerrar los ojos. Sin duda hay que empezar por cerrar los ojos… Intentémoslo. Cierro… Cinco segundos, diez segundos, quince segundos… Nada, sigue sin pasar nada. ¡No me voy a pasar toda la noche a oscuras! Vuelvo a dar la luz. No se ha movido nada. Y la pequeña hostia blanca en el sol que me sigue mirando…

Empiezo a tener calambres en las piernas, tengo ganas de moverme, cuando un tipo vestido con un gran hábito blanco se levanta, va a coger el sol y se lleva a Jesús detrás de una columna. Grito:

—¡Eh, déjalo ahí, no he tenido tiempo de verlo!

¡Es verdad, podría avisar! El tipo vestido de blanco se gira hacia mí, las cien personas se giran hacia mí, incluso tengo la impresión de que el Cristo sobre la cruz se gira hacia mí. Todos los ojos tienen la misma expresión, amable, divertida. Deben decirse: «¡Hay un retrasado aún más retrasado que los retrasados!». El tipo del vestido guarda a Jesús en una caja fuerte y lo encierra bajo llave.

Curioso, ¿por qué lo cierra con doble vuelta? Me choca que lo encierren. Me gustaría ayudarle a escapar.

Y aún más curioso: me doy cuenta de que llamo Jesús a este trozo de pan casi transparente… ¿Por qué?

Salimos de la iglesia. Es la primera vez que no busco a la pasma entre la muchedumbre. El inglesito al que he estado a punto de dar un pescozón se me acerca:

—¿Bueno, qué, te ha gustado, hermano?

Ya vuelve a empezar, el muy jilipollas. Contesto:

—Sí, es raro. Muy raro. Incluso divertido…

Me debe encontrar especial y se aleja sin decir nada.

UN CURITA EN MI MOTO

Esa noche con Jesús y los minusválidos me ha dejado confundido. ¿Qué ocurre? Durante el mes siguiente, gano mis combates con menos rapidez. Espero que Jesús no me esté transformando en una nena.

Y como colofón, esa famosa noche de la adoración de Jesús, una chica llamada Karine, una del Arca, me propone llevarme a casa después de la visita a la iglesia. He dejado mi moto en la Isba. Le digo:

—Gracias, Karine, no merece la pena.

Insiste. Quiere ver mi casa, pero yo no quiero. Aún me alojo en el barracón de la obra, con sus literas y sus fotos pomos. Trato de desanimarla. Sin éxito.

—¿De verdad quieres ver mi Hilton de duodécima clase? ¡Pues vamos allá, tía! No quedarás decepcionada…

Conduce ella. Aparcamos junto a las vallas. Se pregunta dónde nos encontramos, no demasiado tranquila. Entramos en la obra, abro la puerta de la caravana y la invito a entrar. El invierno es duro. La habitación está helada, iluminada por una única bombilla. No se tarda nada en enseñar la casa.

Los «tapices» porno me ponen colorado. Karine es una chica pura, lo noto, no quiero herirla. Sobre todo no quiero que me juzgue por este cuchitril que huele a hombre demasiado solitario. Es ella la que ha insistido… Me gusta Karine. No se parece a las otras chicas. Hay algo claro en ella, dulce y al mismo tiempo decidido.

No tengo ganas de dejarla. Vamos a tomar un helado. Hablamos. De origen judío, se convirtió al catolicismo en el Arca, en la que es responsable de un hogar. Desea consagrar su vida a los más pobres

y sueña con ir a Honduras para abrir una casa del Arca. ¿Honduras? Lo conozco, gracias al señor León. Saco la artillería pesada de la farsa y empiezo a hacer una completa exposición del país. La dejo asombrada, pero asombrada de verdad. Es raro, no tengo ganas de ligármela.

Veo a Karine con frecuencia. No tiene miedo de mis aires de tipo duro. Su amistad no es ni adulación ni sumisión. Justo en su punto. Me gusta. Una buena chica, alguien a quien uno no piensa en seducir.

Una de las noches que me lleva a «casa», nos cruzamos con Mohamed. Se la presento, charlamos. Una vez que Karine se ha marchado, pregunto a mi amigo argelino, a quien conozco bien por su marcado gusto por las mujeres:

—¿Qué te parece?

Él también está encantado. Cuando le explico que quiere dedicar su vida a los pobres de Honduras, exclama «¡Caramba!» y, tras un suspiro: «Ésa es una buena chica». Mohamed confirma mi opinión, estoy contento.

En septiembre de 1975, Karine toma un vuelo a Honduras para vivir en las chabolas de Tegucigalpa. Su partida me subleva. ¡Para una vez que encuentro a una chica que no es corriente, que no es ni prostituta ni una de esas chicas fáciles que me miran con ojos de cordera! ¡Va y se pira! Se marcha al fin del mundo a vivir con los pobres. Y yo, ¿no soy pobre?

Mi cólera se calma con el paso de los días. Tomo conciencia de la suerte que he tenido al encontrar en mi camino lleno de penalidades esta llama que ha cambiado mi noción más bien fantasiosa de la mujer. Karine ha sido mi primera hermana cristiana.

Justo antes de despegar, me confía a un hermano del corazón, Femand. Este tipo duro, también del Arca, juega al *rugby* y entrena a los juveniles. Todo el mundo le apoda Toto. Me seduce enseguida. Le gusta la juerga y tiene buen corazón. Me llama «hermanito» y no me entran ganas de pegarle. Nos enfrentamos juntos en varios partidos de *rugby*. Tiene buenos compañeros, hombres de verdad, tipos rectos.

Toto trata de asentarme la cabeza. Le va a costar trabajo. Me ayuda con una paciencia de santo cuando vuelvo a empezar con mis

jilipolladas. A veces tiro coces, y sin embargo, siempre está ahí esperándome.

Mi banda cuenta en ese momento casi con ochenta miembros. Con nuestras motos abarcamos un radio de acción que llega hasta Maubeuge o Pontoise, sembrando los bailes de destrozos. Además, trafico un poco, lo que engorda una cuenta bancaria bien sustanciosa gracias a las primas de mis victorias.

Los del Arca, por su parte, son pobres, y su modo de vida no deja de extrañarme. Los frecuento con regularidad para tratar de comprender su curioso planeta. Vivo a caballo entre dos mundos contradictorios, cada vez más descuartizado. Es como si en mi interior hiciera el «espagueti» de los gimnastas.

Varios miembros del Arca me han hablado de un cura, un tal Thomas Philippe que fundó el Arca con Jean Vanier.

Vive en Trosly. Según parece, su corazón arde de amor hacia todos aquéllos a los que la vida ha herido. «¡Vas a ver, es un santo! Es absolutamente necesario que vayas a hablarle», me aseguran.

Pregunto:

—¿Un santo como Don Bosco y Vicente de Paúl?

—Sí, sí, un hombre que desborda amor.

Decido ir a ver al santo de Trosly. Descubrí la vida de Don Bosco y de san Vicente en los tebeos a los catorce años. Los devoré, los leí y los releí, llorando de emoción cada vez. Estos grandes hombres me fascinan. ¡Uno —una fuerza de la naturaleza que da su vida por los niños de la calle— hace números de circo para ellos y su propia madre les lava y les plancha la ropa! El otro, que ocupa el lugar de un remero en el infierno de los forzados a galeras, rescata a los esclavos y recoge a los niños abandonados. ¡Dos héroes!

Así pues, voy a ver a «santo». Thomas Philippe, imaginando que voy al encuentro de Don Bosco. Una vez llegado a Trosly, me informo.

—¿El padre? Está celebrando misa.

Entro en la capilla de los del Arca. Están comulgando. Me coloco en la fila en último lugar. Llego ante un hombrecillo vestido de cura, con cara de pergamino, calvo, con una corona de cabellos oscuros alrededor de la cabeza, como los monjes de las tapas de las cajas de queso camembert. «Cuerpo de Cristo», me dice mientras tiende la hostia creyendo que voy a comulgar. Le toco el hombro, es

la forma de dar los buenos días en la calle, y noto una clavícula nudosa, un hombre frágil. Decepción. Este Thomas no es más que un hombrecillo, casi acartonado, y me digo: «¡Esto no es un santo!». Es un modelo a escala al lado del coloso Don Bosco. Los santos son fuertes, duros, tallas grandes, tíos de buena planta. Lo sé porque me paso los días entre ellos, en la abadía de Saint-Riquier, restaurando las estatuas de Juan el Bautista, de Pedro, de Judas o de Esteban. No son enclenques como Thomas Philippe.

El padre se queda inmóvil con la hostia en la mano, sorprendido. Doy media vuelta y salgo de la capilla. Camino hacia mi moto, resuelto a largarme de allí, cuando un minusválido grande y desgarbado me aborda y me enseña su bici, muy ufano.

—Me llamo Didier, es chula mi bici, ¿no te parece?

Habla riéndose, a toda velocidad, comiéndose las palabras y sorbiendo la saliva. No comprendo lo que masculla y no tengo nada bueno que decir de su bici. Insiste:

—¡Mira mi bici, mira mi bici!

Está bien, miro la bici de Didier, a la que no para de sacar brillo. No tengo elección, si no, no me va a dejar en paz. En ese momento llega el padre Thomas. Viene en mi dirección, esquivo su mirada y voy andando hacia mi moto, aparcada un poco más lejos. Me sigue. Me siento incómodo. Le encuentro extrañamente elegante con su vestido blanco.[3] Este hombrecillo me intimida. Hundidos bajo unas espesas cejas, sus ojos son dulces y buenos.

Arranco mi moto con un golpe de pedal. Se me acerca y empieza a hablarme como un motero. Me sorprendo. Mis compañeros del Arca ya me habían avisado: «Tiene una supercabeza, es un campeón en filosofía y en teología, uno de los tipos más inteligentes del planeta» —todo aderezado con otros muchos superlativos—. ¡Mira por dónde, la «supercabeza» se interesa por mi moto! Interiormente, me digo: «Me voy a quedar contigo».

—Padre, ¿quiere dar una vuelta en moto?

—Oh sí, con mucho gusto. Me encanta.

Mierda, estoy atrapado. Pensaba que se iba a rajar. Ya no puedo retroceder. Monta detrás de mí y le lanzo:

—¡Agárrese!

Arrancamos con el gas a tope. Pienso: «¡Pequeño, me has pillado, pero lo vas a pagar! Voy por ahí con un monje vestido de

blanco en mi moto —¡con tal de que no me vean los compinches!—. Entre este cura y los minusválidos, van a decir que tengo extrañas compañías esta temporada. ¡Mientras tanto, señor abad, te vas a acordar del paseíto!».

Vamos a toda marcha hasta Compiégne sin respetar demasiado los límites de velocidad. Una vez en la ciudad, le ofrezco el espectáculo de monta de motos bravas que he puesto a punto para despistar a los polis o para ligarme a las chavalas: descenso de escaleras, eslálones en las aceras, direcciones prohibidas haciendo el caballito, semáforos en rojo que se quedan temblando, acelerón total en la carretera de circunvalación…

El circuito ideal para meter miedo a mis conquistas. Detrás de mí, siento que el curita se agarra con todas sus fuerzas. No dice nada. Debe estar lívido, muerto de miedo.

Retomamos el camino de Trosly a través del bosque. Me indica una casita cerca de la capilla. Me paro y él se baja. Irónico, le pregunto:

—Bueno qué, ¿le ha gustado, la moto?

Sus ojitos mojados se desfruncen, y contesta con su voz debilucha:

—¡Ha estado bien, muy agradable!

¡Me deja seco! Estoy preguntándome qué es lo que puede impresionarle cuando me coge la mano, la pone en la suya, toda arrugada, y me propone con gran dulzura:

—¿No querrías el perdón de Cristo?

Le miro fijamente, con un enorme punto de interrogación en el fondo de los ojos:

—¿El perdón…? ¿Qué me está usted contando?

Suelta mi mano, retrocede un paso, reflexiona un segundo y dice esta frase mágica:

—Puede hacerte bien…

No soy más que un gamberro desgraciado, sería un tonto si no aprovechara las ocasiones que se presentan de que algo me haga bien. Estoy decidido a sacar tajada de todas partes.

Vuelve a cogerme la mano. De repente, me doy cuenta de que no soy cristiano. Retiro mi mano de la suya:

—Pare, yo no soy de su cuerda. ¡No soy nada! Ni siquiera estoy bautizado…

Me mira, extrañado. Me toca el corazón con su mano izquierda:

—Jesús conoce tu corazón. Háblale con dulzura, en tu corazón. Te conoce y te ama.

No hay que ser un alumno del politécnico para entenderlo. El Cura cierra los ojos. Yo le imito. Me aburro en la oscuridad, así que vuelvo a dar la luz. Abro los ojos, le miro.

Sus labios murmuran palabras inaudibles, con los ojos cerrados. Está guapo.

Es la primera vez que encuentro guapo a un hombre. Y sin embargo, el padre Thomas no es ni Delon ni Redford ni Schwarzenegger. Me digo: «¡Vale, Tim, te cambias de acera!».

Abre sus ojos, llenos de luz, y murmura:

—Siento que estás bien.

Es verdad, no estoy mal. Me encuentro incluso extrañamente tranquilo.

En el momento de marcharme, me coge del brazo y me dice:

—Ven a verme cuando quieras, pongo la llave aquí. ¡Cuídate!

Me piro, un poco conmocionado por este encuentro, por esta oración.

Tengo una cita con mi banda a setenta y cinco kilómetros de allí para la gira por los bailes con la que pongo en práctica mi juego de piernas. Es sábado por la noche en la Tierra. Aún no soy cristiano y ya me estoy volviendo hipócrita… Busco una coartada para explicar mis dos horas y media de retraso. ¡Tampoco es cosa de confesar a mis tatuados que he ido a misa, que he paseado a un cura en moto, y que me ha dado el perdón de Jesús!

No tengo que mentir, mis compañeros no me preguntan nada. Durante la juerga, a las cuatro de la mañana, surge una idea en mi cerebro nublado. ¿Y si volviera a ver al padre Thomas? ¿Me ha dicho que vaya a verle cuando quiera? ¡Vamos! Voy a comprobar si habla con el corazón o si es una artimaña. Siempre habré de poner a prueba a todos mis futuros amigos para comprobar, descartar y no cargarme de monedas falsas.

Dejo a mis amigos. Dirección Trosly. Carretera nocturna, a toda pastilla. El pueblo está dormido. Encuentro la llave en el lugar señalado, pero la puerta está abierta. Entro de puntillas. El curita duerme tranquilo, confiado. Me acerco a su cama. Se despierta, sin miedo. Pone los pies en el suelo, sonríe. Y con sus ojos picaros,

chispeantes, me pregunta, a las cuatro de la madrugada:

—¿Quieres el perdón de Cristo otra vez?

Pensaba que, al forzarle, se le cruzarían los cables, pero no, me acoge como acoge un padre a su hijo. Este cura me asombra.

EL ELECTROCHOQUE DEL PERDÓN

Thomas Philippe, mi curita.

Las ganas de verle me entran de pronto, como las ganas de mear. Me vienen así, sin más, por la mañana, y me voy a Trosly. Todas las veces que voy, el padre Thomas me da el perdón de Cristo. Recibo así, de la forma más gratuita del mundo, como quien toma el aperitivo, sin comprender demasiado bien la vivencia que tengo, una formidable caricia de amor. Me reconstruye de forma invisible.

Me gusta mirar al padre cuando reza, con los ojos cerrados. Le llamo padre porque lo es. De compañero, se ha convertido en amigo, y ahora he elegido a este amigo como padre. Tuve un padre de violencia. Con este cura, Dios me da un padre de misericordia que me estrecha fuertemente contra sí. Revoluciona mi imagen del padre. Empiezo a poder imaginar la idea de un Dios Padre sin que me entren ganas de pegarle. Me digo: «Si Dios es infinito, es aún mejor que el padre Thomas… ¿Es eso posible? ¡Sería increíble!».

Estos encuentros trastornan mi corazón. Poco a poco, siento fundirse en mí el odio hacia mi padre biológico. Me gustaría preservar esa llama de venganza, retenerla. Me ha hecho vivir, tenerme en pie, pegar más fuerte. Le tengo aprecio. Sin embargo, la siento menguar en mí, a mi pesar. ¿Qué ocurre?

No fui acogido en mi familia, fui rechazado con violencia. Quiero matar a mi padre: hasta tal punto es fuerte mi sed de venganza. El padre Thomas sana estas heridas abriéndome sus brazos: me coloca en el corazón un gotero de amor que empieza a transformarme.

En cada encuentro, el perdón de Cristo. Instantes de paz.

No digo nada al padre, nada a Jesús. Cierro mi bocaza. El padre

Thomas reza en silencio a mi lado, con una mano sobre mi hombro. Siempre abro los ojos antes que él, para verle rezar. Es tan hermoso, tan verdadero, con tanta luz interior. Me convierto en un insaciable consumidor de misericordia. En un bulímico del perdón. La casita del padre Thomas es mi estación de servicio de amor. Vengo a llenar mis depósitos, lo más frecuentemente que puedo.

Un día, justamente mientras estoy haciendo el cambio de aceite del corazón, alguien golpea en el cristal. El padre abre y dice:

—¡Un minutito, por favor!

Los «minutitos» del padre Thomas son famosos por ser muy elásticos, más cercanos a la media hora que a los sesenta segundos. Hay cola delante de su casa. Vienen a verle desde lejos para pedirle consejo, compasión y consuelo. Sus visitantes tienen un aspecto, una experiencia vital, un medio social y una cultura muy diferentes.

De repente, algo se enciende en mi interior, hay un electrochoque en mi alma de gran pecador al ver a este hombre conceder minutos acordeón a todo el mundo. Dedica su vida, todos los minutitos de su vida, con total disponibilidad, a los que vienen a llamar a su puerta, incluso a las cuatro de la madrugada. Abierto a todos, todo el tiempo. Se deja comer por todos, humilde, discreto y luminoso como una hostia.

Mis entrañas de joven vacilón quedan conmocionadas de repente por este santo. Este portero de Dios que ayuda a entrar en el Reino sin exigir entrada ni certificado de bautismo. Me acogió con el encofrado en bruto, sin juzgarme por mi careto, sin pasar mi cazadora de cuero, mi vaquero ennegrecido por la grasa sucia o mi larga trenza por el escáner del juicio bienpensante y de las etiquetas que la sociedad coloca. Me hizo viajar en primera clase en el Tren de Alta Velocidad del encuentro con Dios Padre, con Dios vivo, con Dios amor. Logra que crezca mi hambre de conocer a Dios y que me interrogue sobre el sentido de la vida. Trata mi ignorancia con respeto. Responde a mis preguntas con una paciencia infinita. Sin juzgar jamás.

A veces, le ataco, vierto sobre él mis objeciones, me peleo, no quiero dejarme convencer tan fácilmente:

—Si su Dios es amor, padre, ¿por qué el sufrimiento del niño abandonado, el sufrimiento de la mujer que ve morir a su hijo?

A veces responde con palabras, a veces responde con un silencio.

A menudo, cuando se calla, mira el crucifijo.

Un día, me dijo:

—Jesús no respondió a todas las preguntas. Sus apóstoles y las muchedumbres que le seguían no eran capaces de comprender todo. Debemos aceptar no tener todas las respuestas a nuestras preguntas. Lo que no impide escuchar todas las preguntas que hacen los hombres…

Cuanto más recibo el perdón de Cristo, más me siento conducido a una evidencia en mi profunda intimidad: debo cambiar mi forma de vida. Es imposible reconstruir mi vida sobre los «valores» que me han permitido sobrevivir: la venganza, la desconfianza, la violencia… Es un camino desconocido para mí. El verdadero combate está ahí. Y acaba de empezar.

Poco a poco, el padre Thomas apacigua mis turbulencias interiores, cicatriza mis heridas de abandono gracias al perdón. Es un verdadero misionero de Dios vivo, un apóstol de luz. Un extraordinario ser normal. He recibido heridas de cristianos y de curas. Ahora, empiezo a amarles a través de él.

Voy a verle todos los días, cinco minutos, durante un año. Tengo ganas de cambiar cuando estoy con él. Siento la enormidad del trabajo que he de realizar. No desespero. Me conforta, me tranquiliza con su sola presencia. A veces este deseo de conversión se viene abajo. Se me funde un plomo. Él nunca pierde la cabeza. Me acoge sin condiciones. Debe actuar a imagen de Dios, que desciende siempre un peldaño más abajo, para que el tío que se derrumba le caiga en los brazos.

En mi miseria, la bondad del padre Thomas se me adelanta. Siempre es él quien me propone el perdón. Soy demasiado pobre para pedirlo.

De él, recibo tres tesoros: la acogida incondicional, el perdón y la esperanza.

Vengo de la nada y no tengo más que noche en mi corazón. En esta miseria, este curita, nudoso como el tronco de la vid, de apariencia frágil, pero sólido como una roca en su alma, ha empezado a sembrar estrellas. Después ayudó a despuntar al alba de la esperanza. Hizo nacer en mí la certeza de estar hecho para la felicidad del amor, para la eternidad del amor, la certeza de que el amor resulta accesible hasta para un granuja. Me toma como soy,

no trata de cambiarme. Este padre es el canal del amor.

La esperanza no se recibe con un toque de varita mágica. Hay hombres de buena voluntad, mujeres, niños, ancianos, que luchan contra la desesperación que atenaza al mundo y que contribuyen a que la esperanza crezca. No es posible pasar a su lado sin verles. Resplandecen. Son los hombres y sus formas de vivir lo que plantea preguntas. No las ideas.

Sólo los actos pueden invertir el engranaje de la violencia. Actos de paz, gestos de amor hechos de verdad. La generosidad que no espera nada a cambio desconecta la cólera y desactiva la bomba de la venganza.

Un día, te acordarás de ese gesto gratuito que se hizo por ti. Y no desesperarás.

Dios me hizo un regalo fabuloso al ofrecerme al padre Thomas.

El día en que se convirtió en mi padre, quise entrar en su familia. Decidí ser cristiano. Cuando le hablo de esto, enrojece de felicidad. Sus ojos parpadean de alegría.

Con todo, quiero formularle una última objeción, una pregunta que me tortura el cuerpo, por así decirlo:

—¿Qué hace con su sexualidad? A mí, si no folio, me duelen los cojones… ¿Y a usted?

Se muerde los labios, busca un poco las palabras, y contesta con toda naturalidad:

—Tu sexualidad es como tu moto. Para bajar las escaleras, te has entrenado, te has caído, te has vuelto a levantar. Te ha llevado tiempo y has terminado por dominar tu máquina. Ese día fuiste feliz… El dominio de la sexualidad no llega en un día, ni en quince. Es una sucesión de pequeños actos de dominio de uno mismo. ¡Qué felicidad cuando se consigue bajar la escalera!

Está claro que no ha olvidado nuestra escapada. Continuo, aprovechando la inercia que ya llevo:

—¡Tengo demasiados malos hábitos de conducta! Siento a las mujeres en la piel.

—¿Tienes la costumbre de hacer el caballito con la moto cada vez que arrancas en un semáforo? Para cambiar, será necesario que tomes conciencia de esta costumbre. Después intentarás arrancar al menos una vez sin despegar la rueda delantera. La costumbre se coge a la primera. Después, ya está casi conseguido… Haz la prueba

y lo verás.

Nunca había pensado en eso. Estoy patidifuso y lleno de esperanza. Pero no ha contestado a toda la pregunta:

—Usted, padre, ¿cómo se las arregla con la sexualidad, dado que no tiene derecho a ejercerla?

Me mira con cariño, se levanta y va a buscar un tocho en su biblioteca.

—Lee esto y lo comprenderás. Te lo presto.

Me voy con su ladrillo bajo el brazo. No estoy seguro de encontrar alguna luz para mis interrogantes en este libro titulado *El amor místico de San Juan de la Cruz y Santa Teresa de Ávila*. Esa misma noche trato, pese a todo, de sumergirme en él. Tengo la impresión de leer latín. No entiendo ni jota.

Una semana más tarde, hundido, le devuelvo su libro, sin haber hallado solución a mi problema:

—Su obra maestra es un fiasco, padre. ¡En primer lugar, es tan ininteligible como el latín, y además, no es eso lo que a mí me sucede! ¡Padre, me gustan las mujeres, me gustan de verdad las mujeres!

Sonríe, reflexiona un breve instante, considera mi diferencia y me da el perdón.

En el momento de irme, me dice que me quiere —y, como si me confiara un secreto, añade—:

—Hay que tender siempre hacia lo más hermoso.

Esta declaración de afecto puro, gratuito, me conmueve el corazón. Existen verdaderamente muy pocas personas que se atrevan a dar este gran regalo de felicidad. Saberse amado y oírlo decir. Es la poción mágica contra la violencia, contra la ira, contra la rebelión.

Su tratamiento homeopático me transfigura de día en día. Me transformo en un «converso», en un loco de Dios, en todos los sentidos de la palabra. No resulta muy descansado para los demás. Me entusiasmo, quiero vivir el Evangelio al pie de la letra y reconstruir la Iglesia como San Francisco de Asís. Encuentro que los católicos no se mueven lo suficiente.

Janine, una allegada del padre Thomas, sabe calmar mis arrebatos místicos. Esta mujer de vivo temperamento y corazón de artista sabe escuchar a las personas más diversas y sacar lo mejor de

cada una de ellas. A diferencia de otros miembros del Arca, que no se fían de mí, ella me concede su confianza. Es un precioso regalo. En mi lista de éxitos interior, Janine viene justo después del padre Thomas Philippe, que es quien se lleva el Gran Corazón de oro.

Janine es la responsable del hogar de oración y de acogida del Arca, en Trosly-Breuil, un sitio llamado la Granja, en donde vive el padre. Ha puesto a mi disposición una pequeña caravana instalada en el jardín de la Granja, caravana que se convierte en mi palacio. ¡Una habitación para mí, para mí sólo! Me siento como un príncipe en este hogar personal que me ayuda a reinsertarme con toda suavidad.

Los responsables del Arca conocen mis habilidades manuales y me proponen algunos pequeños cúrtelos. Reparto mi vida entre el salón de boxeo —en este momento soy profesional— y Trosly, donde hago algunas chapucillas en las diferentes casas. Trato de distanciarme de la banda y de ciertas actividades oscuras. Quiero cambiar de vida.

En el Arca, me alimento el corazón, me reconstruyo; en el salón de boxeo, calmo mis incendios de deseo. Practico mi deporte cada vez con mayor indiferencia. La única razón que tenía para boxear —vengarme de mi padre— está desapareciendo. Me doy cuenta de que cuanto más lucho contra mi pasado de violencia, más violento me vuelvo. Es preciso que aprenda a amar ese pasado. Ése va a ser mi gran combate.

Hay mucha gente a la que le resulto chocante en los hogares. El padre Thomas me protege. Es verdad, soy imprevisible. Crecer sin una estructura interior ha multiplicado mi impulsividad. Aprovechando un combate en el extranjero, salgo súbitamente de viaje. Me encuentran varios días más tarde disparando con un revólver a las palomas que anidan en el armazón de la capilla del Arca, iniciando a nuevos adeptos a esta caza. Eso no me impide dar cobijo y curar a los animales heridos y enfermos a los que tomo cariño.

A veces, el pasado me atrapa cuando el presente me hiere. El cielo azul se cubre entonces de nubes de tormenta, en un instante.

Una tarde, me asedia un brutal embate de ideas sombrías. Mi amiga Martine me ha dado plantón. Esta parisina risueña y pimpante viene a echar una mano tres días por semana al centro de

acogida. Me prometió darme una clase de francés a las tres, y ya llevo media hora esperándola. A las tres y media, arranco la moto y me voy con mi rabia. Vuelvo a ver a mis compañeros. Los encuentros son calurosos, incluso emocionantes, como los de antiguos combatientes que recordaran sus hazañas. No queremos separamos. Birlamos unas gallinas, unos patos, unos conejos y organizamos un asado campestre. La fiesta dura toda la noche.

A las cinco de la madrugada, recojo las pocas aves que han escapado a la orgía con intención de regalárselas al padre Thomas. Amanece. Frente a su puerta, con el botín cacareando en la mano, mi jilipollada se me hace bruscamente aparente. Despierto al padre. Me recibe y, al descubrir a los animales, me dice:

—¿Quieres que les dé la bendición de San Francisco de Asís?

—¡No, padre, no bromee, es grave!

—¿Qué es tan grave?

Me hace sentar, me escucha y bromea amablemente mientras me da palmaditas en la mano.

—¡No hombre no, no es grave, no es un 4L!

—¿Un 4L? ¿Qué tiene que ver un buga con mis gallinas y mi depre?

—Perdóname, te explico. Una persona de paso en uno de los hogares del pueblo acaba de robar un 4L. Sólo quiero decir que debemos relativizar las cosas y no juzgarnos a nosotros mismos con más severidad de la que usaría el Señor. Amarse a uno mismo es de lo más difícil.

Me da el perdón de Cristo cuando lo que esperaba era ser juzgado y abandonado.

Esa mañana, gracias a la bondad y a la paciencia de mi padre, comprendo que Jesús no me abandonará y que me perdonará las tonterías de mi grosero pasado. Si el padre Thomas me ha perdonado, entonces Dios me lo ha perdonado todo. De repente, quiero formar parte de la Iglesia, de la gran familia. Acepto todo, incluso la obediencia, lo tomo todo, tengo sed de todo.

Quiero entrar en la banda de los cristianos.

Me presento a la directora del Arca como candidato para trabajar en un hogar como ayudante. Soy escultor de piedra, Artesano del Gremio, en lo sucesivo quiero convertirme en aprendiz de cristiano. Tiene una sonrisa amable y me responde:

—Lo veremos dentro de un año.

La decepción es devastadora. Estoy enluciendo mi vida y mi andamio se viene abajo. Decido cambiar, convertirme, y me sueltan con altivez: «¡No, todavía no!». ¡Dentro de un año, quizá esté muerto, señorita! ¿Sabes la de jilipolladas que se pueden hacer en un año?

Ese día, insulto a Dios y a su banda. A esa buena mujer le canto las verdades del barquero. ¡Quieres salir a flote y los viejos cristianos, los que conocen el secreto, el tesoro, la Palabra de Dios, te hunden la cabeza bajo el agua en vez de tenderte la mano! En mi vomitona interior, rujo:

—¡Todo esto no es más que aire, nada más que palabras!

Abandono el Arca furioso e indignado. No volveré a poner los pies en ella, lo juro. No voy a permitir que me tomen por un imbécil.

Un año y medio después tomaré conciencia de que la directora del Arca me hizo en aquel momento un inmenso favor.

VEINTIÚN AÑOS
MI PRIMER REGALO DE CUMPLEAÑOS

He dejado mi pandilla de compañeros de infierno y me acaba de abandonar mi banda de camaradas cristianos. Soy un marginado de los dos mundos. Vuelvo a encontrarme solo, una vez más. Deambulo por la capital, rumiando mi amargura y mi indignación.

El pulpo de mi pasado se introduce en mí y saca los tentáculos de la desesperación. Estos tentáculos se cuelan por todas partes, me atenazan, empiezan a asfixiarme. «No, nunca podrás cambiar…».

El tercer día de vagabundeo me lleva, por el azar de los pasos, hasta la Puerta de Orleans. Veo a un autoestopista que, con su petate junto a los pies, levanta el pulgar. Me digo: «Oye, ¿por qué no? Voy a intentarlo». Levanto el pulgar. Otro autoestopista se me echa encima:

—Eh, has llegado el último, vete al final, allá. ¡Éste no es tu sitio!

¡De qué va, el maromas! Me pone frito. Me acerco a él para levantar algo más que mi pulgar cuando me acuerdo de que he dado mi palabra a Dios. Me uno a la cola de los autoestopistas, gruñendo.

—Ya puedes dar gracias a Dios, maromas…

Aún no he puesto el dedo y ya se ha parado un dos caballos. El conductor, del tipo
vikingo-abobado-molón-paz-y-amor
, me pregunta:

—¿A dónde vas?

Tengo el pulgar levantado para probar el autostop, pero en realidad no he pensado en la continuación del programa. De

repente, le pregunto:

—¿Y tú, a dónde vas?

—Atézé.

Le hago repetir. ¿Atézé? Destino desconocido. O quizá es que no le entiendo. Me digo: «Debe de ser de pueblo, habla en jerga, como yo».

Continuo:

—¿Y qué vas a hacer en Atézé?

—Una acampada.

—Bueno, pues, monto.

—¿No tienes mochila?

—No, nada. No tengo nada.

… Nada más que mis manos desnudas en mis bolsillos agujereados. Mi conductor es uno de esos del mayo del sesenta y ocho, está un poco chalado, y es amable y tranquilo. Después de circular cinco horas por carreteras secundarias, entramos lanzando detonaciones con el tubo de escape en un pueblo de Borgoña rotulado con el nombre de Taizé. Lanza:

—¡Ya estamos!

Comprendo que Atézé, es «a Taizé», y que no tiene nada que ver con ninguna jerga. Un dinosaurio lo habría pillado antes…

En este pueblo, cerca de Cluny, en Borgoña, se ha establecido una comunidad religiosa ecuménica que predica la paz, la reconciliación y las relaciones fraternas. Jóvenes de todos los países se reúnen en una atmósfera muy «molona». El Arca me ha iniciado en este tipo de atmósferas. Simpatizo con todo el mundo. Me integro en un estupendo grupo de italianos y de belgas. Entre ellos, un chico minusválido, Fredo, de dieciséis años. Me encariño con él. Sus piernas no le sujetan, así que le llevo en brazos, a él y a su silla de ruedas, pues no le es fácil avanzar en este poblado de tiendas de campaña. También es una forma de estar ocupado durante las oraciones, unas oraciones que resultan interminables para una persona tan inquieta como yo. Esto me da un papel que desempeñar y me contiene el genio.

La víspera de mi marcha, a principios de septiembre, Fredo me pregunta:

—¿Vendrías a pasar las Navidades a mi casa, en Bélgica?

Hago como que pienso y contesto:

—En Navidades, la verdad es que ya estoy comprometido, pero podría ir el 27 de diciembre.

Para mí, las Navidades son el enemigo. Una fiesta familiar cuando no tienes familia significa dar la bienvenida a la angustia. Ves los regalos bajo el abeto, y tu anfitrión, para mostrarse agradable, te explica: «Ven a ver el hermoso árbol con sus bonitas guirnaldas. Éste es el regalo de mi padre, éste el regalo de mi madre. ¡Mira lo que me han regalado mis abuelos! Y mi padrino…». Tú no dices nada. No sólo no tienes regalos, sino que no tienes padre ni madre ni abuelos… La rabia de ser diferente ruge, y también las ganas de destruir. ¡Las bolas del árbol me tocan las otras!

Por lo tanto, me voy prometiéndole a Fredo:

—O.k., nos vemos el 27 de diciembre. ¡Chao!

Cuatro meses más tarde, en la fecha prevista, desembarco en Bruselas. Y me vuelvo a reunir con mi amigo minusválido. Paso con él tres días formidables en su casa. Él también vive en un hogar del Arca fundado en la capital belga por un cura. Tras esos días de amistad, me dispongo a regresar, no sé a dónde, cuando el cura, el padre Roberty, me pregunta:

—¿No te gustaría quedarte un poco aquí para ayudarme? Me hacen falta hombres.

Mientras pienso lo más deprisa que puedo, añade:

—Creo que eres un enviado de la Virgen María.

Estallo en una carcajada y digo:

—¡Le voy a mostrar mi pedigrí, y luego me dirá si sigo siendo el enviado de la Virgen María!

Le resumo mi tarjeta de visita… De acuerdo, me he convertido, pero aún no he perdido todos mis hábitos torcidos:

—Hoy me siento en forma y dedico a Dios grandes declaraciones de amor, tomo buenas resoluciones, me embalo… Y mañana, ¡me olvido de todo y vuelvo a caer!

El padre Roberty, un hombre atractivo, de gran estatura, me escucha con atención. Sus ojos se llenan de bruma y entonces me acuerdo de mi jueza. Pienso: «¡Qué extraño, una jueza y un cura a los que se les empañan los ojos cuando me escuchan!». Eso me llega al alma y le cojo cariño a este cura. Contesto:

—O. k., soy su hombre. Si puedo ayudarle…

Voy a vivir un año y medio al servicio de los minusválidos de un hogar llamado la Rama, echando una mano de vez en cuando en la Colmena, un segundo hogar. Transporto, visto, lavo, doy de comer, llevo a los servicios, paseo a mis nuevos hermanos y hermanas del alma. Rezo también con ellos en esas liturgias espontáneas que tanto les gustan. Soy sus piernas y sus brazos: ellos son la levadura de mi reconstrucción. En mi cabeza, experimento una mudanza de lujo. Un regalo fuera de serie.

Por las mañanas, cuando me levanto, siempre hay alegría en el corazón de todos. Salvo en el de
Jean-Paul.
Este alpinista, vencedor del Himalaya, se quedó paralítico por culpa de una caída tonta en una cueva, a dos pasos de su casa. Su mujer murió poco tiempo después en un accidente de coche. Lo ha perdido todo, incluso la movilidad. Depende por completo de su silla de ruedas. Cuando le voy a lavar, por las mañanas, protesta. Rumia su sufrimiento. A veces, desanimado, deprimido, se abandona.

Un día, le echo una bronca:

—¡Jean-Paul, deja ya tu numerito! Te quejas de no poder hacer nada por ti mismo, ni siquiera ir al retrete. Bastaría con que muscularas un poco los brazos para que pudieras levantarte sin ayuda de tu silla y conseguir algo de intimidad.

Eso le espolea. Jean-Paul responde: «¡vale!». Se muscula los brazos y los hombros con ejercicios diarios. Para entrenarle, me ato a un sillón, como él, y levanto los mismos pesos.

Al cabo de tres meses, se lava, baila *rock and roll* en las dos ruedas de su silla, conduce un coche y pliega su silla solo.

Seis meses más tarde, tiene músculos de leñador y retoma sus estudios. Actualmente,
Jean-Paul
es intérprete y campeón de halterofilia.

Anima las veladas de baile del hogar, nos reímos como locos. Estoy seguro de que el buen Dios nos ha unido para que nos ayudemos mutuamente. Le he echado una mano, pero los esfuerzos y los sueños de
Jean-Paul
son un motor que permanece oculto para mí. Cuando tengo ganas

de echarlo todo por la borda, dice riendo:

—Tim, nos animas a luchar, y tú, porque una educadora te trae negro, ¿quieres largarte? Si te vas eres un cabrón. Tienes que asumirlo. ¡Y además te quiero! ¿Pasas de eso?

No hay duda, con semejantes argumentos… Gracias,
Jean-Paul,
por tu rapapolvo. Siguiendo su consejo voy a explicarme con la educadora que me trae negro. Charlamos, y, como colofón, la sumerjo completamente vestida en una bañera. Risotada general y fin del conflicto. Un bautizo para un nuevo comienzo.

Me quedo un año y medio en Bélgica en este hogar del Arca. Una excepcional época de construcción. Yo, el orgulloso insumiso, el campeón muy macho, el ombligo del mundo, aprendo a ponerme al servicio de los más débiles. ¡Es increíble! Los minusválidos son mis maestros. Les obedezco. No debo hacerme ilusiones, mi temperamento me secunda con dificultad. Debo luchar interiormente para aceptar esta disciplina. Esta humildad.

Una noche, me despiertan varias veces para bajar a algunas personas a los aseos. Al final, al borde de un ataque de nervios, exploto, agotado:

—Si alguien vuelve a tocar el timbre, le tiro escaleras abajo. No falla, una voz llama. Me levanto. Voy hasta la cabecera de la cama de la persona, cojo a la niña en mis brazos* se pregunta por qué tardo tanto tiempo en calzarla. Me acerco a la rampa y, en el momento de lanzarla desde lo alto de la escalera, siento su muy mal parado brazo agarrado en tomo de mi cuello. De repente me doy cuenta de que estos minusválidos tienen con respecto a mí gestos de cariño que mis padres nunca tuvieron.

Tras esta constatación, la llevo a los aseos. Me vuelvo a acostar con un dolor de cabeza endiablado. La cólera, cuando se la guarda uno dentro de sí, es preciso exteriorizarla físicamente: en mí, hace que reviente la caldera.

Por la mañana siguiente, estoy entregado a mis ocupaciones de la casa cuando me siento atraído por un ruido extraño, detrás de una puerta. Es una especie de chasquido metálico, a intervalos regulares. Tic… tic… tic… Entro en la habitación y descubro a Frédéric, un chico joven aquejado de una minusvalía muy fuerte,

intentando escribir a máquina. Su cara está deformada, su boca se tuerce hacia el lado izquierdo, sus ojos giran en todos los sentidos. Quiero mucho a Frédéric. Por las mañanas, me pasa suavemente la mano por el pelo para darme los buenos días. A veces, sus músculos se aflojan, su mano le abandona, tira de los pelos o, ¡plaf!, me larga un cabezazo sin querer. A pesar de su minusvalía, que le priva de toda comunicación oral, Frédéric ha encontrado un medio para tomar contacto con los demás: la máquina de escribir.

Nunca le he visto pulsar las teclas. El espectáculo es irreal. En su silla de ruedas, ese cuerpo arrugado se proyecta con una especie de rabia hacia la máquina. Es un salto calculado, un movimiento que se concentra por completo en alcanzar una única tecla, pues Frédéric sólo puede pulsar una tecla a la vez. Con un solo dedo de su torcida mano derecha, hunde la tecla elegida. Luego, todo su cuerpo rebota hacia atrás, como si se replegara. Después de cada pulsación, después de cada letra, la silla de ruedas retrocede más de un metro y Frédéric se prepara para un nuevo asalto. Esta lucha resulta a la vez magnífica y patética.

Mi primera reacción consiste en pensar: «¡Está loco, debería dejar a esa pobre máquina en paz! Se va a agotar… ¡Todos esos esfuerzos inútiles para nada!». Me acerco para retirársela. Gruñe, me hace saber que quiere que le deje solo. Echo una ojeada por encima de su hombro. Sorpresa: su texto está escrito sin faltas, con sus puntos, sus comas y todo lo necesario. De inmediato, le dejo con su máquina, le dejo componer su misterioso texto.

Durante dos días, Frédéric escribe a máquina. Cada vez que paso detrás de su puerta, sus tic, tic, me arrancan un dolor, un pensamiento de compasión. Imagino las idas y venidas del cuerpecito hecho un nudo ante el aparato, su irreductible voluntad de expresión, que despierta respeto y admiración, la infinita paciencia. Me acuerdo con vergüenza de esa máquina que reventé en mi transitorio hogar porque no encontraba la tercera letra de mi nombre en el teclado…

Es extraño, el sufrimiento de los demás me desgarra, me hace trizas, aunque nunca he reconocido que yo mismo pueda sufrir.

La noche del nueve de agosto, Frédéric hace rodar su silla hacia mí antes de la cena. Leo en su mirada una suave picardía. Se acerca y me tiende, todo lo que puede, con sus brazos doblados, cruzados

sobre sí mismos, una hoja de papel. Es una carta de cinco líneas. Esto es lo que tecleaba con tanto frenesí. Cinco líneas escritas en dos días de agotadoras pulsaciones, dos días de idas y venidas con su silla, dos días de concentración intensa.

Cinco líneas para desearme un feliz cumpleaños. Cinco líneas de amor. El primer regalo de cumpleaños de mi vida.

Cojo mi carta de amor y me marcho corriendo como un ladrón a mi habitación. Me calzo mis guantes de boxeo —todo lo que me queda de mi pasado— y vuelvo a leer su poema. Me dice cosas sobre mí que nunca ha osado decirme nadie.

Ante este regalo, de repente, doy marcha atrás. Frédéric me ha sorprendido. Su gesto me ha cogido desprevenido. Retrocedo como el cangrejo, me defiendo de esta intrusión de amor no prevista. Estoy hasta furioso, pues he recibido sin dar nada. Eso no me gusta. Normalmente, soy yo el que da. Incluso con prodigalidad. He ganado mucho dinero gracias al boxeo y lo quemo en regalos. Disfruto viendo chispear los ojos de mis amigos cuando les tiendo mis paquetes.

En mi habitación, evacuó mi cólera dando golpes sobre un trozo de madera. Da paso a un gran vacío. Me siento al borde de la cama y miro estas cinco líneas. No es un francés hermoso y académico, no es gran literatura, sino el meollo del corazón. El fondo del corazón. No es pacotilla.

Frédéric jamás habría podido salir en la portada de los periódicos o de las revistas de moda. Uno se siente incómodo cuando le ve la facha. Y sin embargo, Frédéric es un Apolo del corazón. ¡Qué paciencia de amor para escribir una carta así! Sufre la humillación de no poder hablar. La única palabra que articula de vez en cuando, es «pa-ta-ta». Estas tres sílabas le exigen un esfuerzo colosal. «Pa-ta-ta», cuando te mira a los ojos, significa: «Te quiero».

Muchas personas piensan que habría que eliminar a los Frédéric. Doy gracias de que haya escapado a la limitada ley de los hombres con buena salud. Desde la perspectiva de sus dieciséis años y de su «vida rota», como a toda prisa piensan algunos, Frédéric ha comprendido lo esencial: el amor gratuito, el esfuerzo, la generosidad. Para mí es un ejemplo de vida. Este regalo me pone de rodillas en mi corazón. Miro esta carta, sus cinco líneas de amor. Mi mirada se empaña, la garganta me pica, la cólera da paso a las

lágrimas. Lloro como un niño. Mi vida acaba de dar un vuelco.

El padre Thomas sólo me echó una vez la bronca: cuando rechacé un regalo que me daba. Me cogió la mano, diciendo:

—Nunca hay que decir no a un regalo, eso puede bloquear la generosidad del otro. Eso puede impedirle crecer, puede desanimarle. A través del regalo, Dios nos pide que tengamos la humildad de recibirlo, de aceptarlo y de dejar crecer en el otro la capacidad de dar.

El amor es un bumerán: recibes mucho más de lo que das. Saber recibir es tan importante como saber dar.

Aunque he intentado con todas mis fuerzas cerrar el grifo de las lágrimas llamándome «afeminado», no consigo el menor efecto sobre mi llanto. Lloro a mares. Al cabo de largos minutos, la fuente se seca, mis ojos se aclaran. Me pongo a pensar. Frédéric ha encontrado el medio de crear algo hermoso con su existencia. La minusvalía de su cuerpo no le sirve de excusa para no convertirse en el artífice de una vida de amor. Yo padezco otra discapacidad. Lo que está torcido es mi infancia, no mi cuerpo. Y cuando quiero olvidar mi agitado pasado, una violencia subterránea me salta a la garganta. Mi amiga «adrenalina» exige circular de nuevo por mis venas. La rabia transforma mis ojos en dos grietas de cólera. Sólo consigo verlo todo rojo y empezar a pegar.

Quiero cambiar, hacer gestos de amor, mirar con amor a los demás. Transformar mi vida en una existencia de amor. Quiero unir lo bello y lo bueno en mi vida.

Mis amigos minusválidos me muestran el camino. El pequeño Camino. Su regalo más hermoso, es su vida.

Lo recibo, prosternado en mi corazón.

De ahora en adelante, para mí comienza un combate que jamás podré ganar.

MIS AMIGOS LOS QUE HAN PADECIDO EL SUFRIMIENTO DEL MUNDO

Cinco líneas de amor acaban de dar un vuelco a mi vida.

¿No me han amado? Vale, pues yo voy a amar a los demás como me gustaría que me amaran. Si espero a haber recibido para dar, aún estaré esperando cuando las ranas críen pelo. Mis futuros combates los libraré para vivir lo que me han impedido vivir.

Voy a mirar a los demás como me gustaría que me mirasen a mí. Voy a verles con amor, con paciencia, con misericordia, y voy a dejar de verles con los ojos del camorrista de la supervivencia, unos ojos afilados como cuchillas. Voy a aprender a dar con mi corazón.

Está decidido.

De pronto afloran a la superficie de mi memoria, como fétidas burbujas, estas palabras insoportables que envenenaron mi infancia: «Los niños apaleados, es algo genético, apalearán a sus hijos», «Los hijos de los alcohólicos, es algo genético, beberán», «Los niños abandonados, es cosa genética, abandonarán a sus hijos», «Los hijos de padres separados, es genético, se separarán»…

—Y de todas formas, querida amiga, ¡los perros no paren gatitos! ¡Pobres niños, entre el 75 y el 80% de ellos van a reproducir las taras de sus padres! ¡No pueden evitarlo, es genético!

Esa noche, en mi habitación, a solas con el buen Dios, decido desmentir a la genética, meter el pasado en el armario y remozar mi memoria. Decido no seguir escuchando los sermones de las personas que siempre lo saben todo ni las jilipolladas de los que siembran la desesperación.

Se puede poner el contador a cero, basta con quererlo.

Amar no es solamente decirle al otro que es guapo, sino asegurarle que puede salir adelante. Es decirle al que está magullado: «Eres magnifico». Y también lo es asegurarle: «No tengas miedo de ti mismo ni de tu pasado, no tengas miedo de tus padres. Eres libre, puedes cambiar, puedes reconstruir tu vida». Amar es creer que todas las personas heridas en su memoria, en su corazón o en su cuerpo, pueden transformar su herida en fuente de vida. Amar es depositar expectativas en el otro e inocularle el virus de la esperanza.

El niño golpeado, la persona abandonada, el alcohólico, el drogodependiente y el que padece otros infiernos, no los sufre porque haya en él algo genético. Todas esas personas tienen derecho a cambiar.

Hay que acordarse del pasado, pero no para atorarse en él, sino para mantenerse alerta: no, no cederé a los cantos de sirena que anuncian la fatalidad.

Puesto que todos somos únicos, saquemos provecho de ello. Un simple gesto de amor gratuito puede hacer que se desmorone una genética desesperante, puede conmocionar por completo unos cromosomas que, según se pretende, están programados.

El regalo de Frédéric es una inyección de esperanza. Ese día, gracias a él, decido que un día me casaré. Y que tendré hijos. Sí, me casaré para toda la vida, no viviré de alquiler con una puerta de salida y la perspectiva de pirármelas al primer chasco, a la primera decepción. Me comprometo a no abandonar a mis hijos. Les daré lo que yo no he recibido.

He elegido unos sueños gigantescos. Soy un vacilón y me atrevo a ventosear más alto que mi c… Vale la pena apuntar alto cuando se viene de muy abajo.

Esa noche del 9 de agosto, en mi cuartito, me siento feliz, en mi cabeza y en mi corazón, como si el buen Dios hubiera hecho brotar en ellos la primavera. ¡Qué cumpleaños!

Al día siguiente, estoy drogado de felicidad. Chutado de amor, ebrio de vivir. Animado por el deseo de realizarlo todo y de realizarlo todo bien.

No se cambia así, dándole a un interruptor en la cabeza. Las viejas costumbres se aferran a uno, fíeles a su puesto, como centinelas rebeldes que se negaran a dejar que las buenas

resoluciones penetrasen en la fortaleza, a pesar de las órdenes del príncipe.

La vida en común exige que uno esté incesantemente atento a la meteorología del corazón del otro. A menudo soy sordo y torpe. Sin quererlo, hiero a mis prójimos. ¿Cómo evitar este estropicio? Un día, monto un aparador siguiendo los consejos técnicos del constructor. Una vez montado, miro el mueble, orgulloso de mí mismo, y súbitamente comprendo: «¡Pero qué tonto soy! Un hombre es como un mueble: tiene un modo de empleo, diferente según los modelos. Para vivir en armonía con alguien, tiene uno que atreverse a preguntar a la persona su modo de empleo y aventurarse a darle el propio».

Muy orgulloso con mi hallazgo, lo intento durante quince días. Voy a ver a todos los que frecuento y les digo: «Si te quiero mal, dímelo para que cambie. Si te quiero como es debido, dímelo también para que siga así. ¡No dentro de seis meses, dímelo inmediatamente para que no pierda el tiempo!»

El amor es como las compras por correo. Hay que probar. Ama a los demás como quisieras que te amaran. Mírales como quisieras que te miraran. Da como quisieras que te dieran. Inténtalo durante quince días. Si no estás contento, devuélvelo al remitente…

Quien prueba el amor, lo adopta. Durante los meses que siguen a tan importante cumpleaños, mi vida cambia por completo. Me uno a amigos de todas las opiniones, de todos los medios, de razas y de culturas diferentes, rechazando toda etiqueta, buscando sus diferencias. Estas personas aparecen a mis ojos como un país extranjero que he de descubrir: me parecen menos un obstáculo que superar que un misterio por explorar. Me convierto en un trotamundos de la diferencia, en un hombre libre en su forma de amar, en alguien que ya no es prisionero de su pueblecito, de sus relaciones excesivamente cercanas, en un viajero del universo. Mis amigos se parecen al bosque que tanto me gusta, están llenos de aromas diferentes. Los árboles torcidos dejan pasar mejor la luz que los troncos impecablemente tiesos.

¡Aire libre, azul del cielo! Maravillado por el corazón de un hombre, quiero conocer la tierra y la cultura, el país que lo ha formado. Un amigo hace que me entren ganas de visitar su casa.

Me marcho. No sé exactamente lo que voy a buscar. Surco

Europa haciendo dedo a los camiones. Cargo y descargo, vigilo los camiones mientras el chófer descansa. Viajo, y me apeo cuando me entran ganas de hacerlo. Bélgica, Holanda, Suecia, Noruega, Dinamarca, Italia, la ex Yugoslavia…

Me gusta atravesar las fronteras. Es como si el hecho de cruzarlas me liberara simbólicamente de todos los límites impuestos a mi infancia.

Me gusta sonreír a los desconocidos, y no disponer más que de la mirada y de unos cuantos gestos simples para decir las cosas. Aprendo que no sé nada pero que cada uno de nosotros es un tesoro gracias a esos chicos y a esas chicas que comparten una porción de sí mismos. En Grecia, en Turquía, en el Líbano, en Israel, en Estados Unidos, en Canadá…

En el transcurso de mis peregrinaciones, con la mochila al hombro, el descubrimiento de países, de personas y de costumbres diferentes me fortalecen en mi fe en el hombre. Me siento emocionado por la acogida de los pobres que me abren su puerta y comparten conmigo su vida cotidiana. En el fondo, sólo me importa una pregunta cuando abordo a uno de estos hermanos en humanidad, y se la hago poniendo mi mano sobre su pecho: «¿Cómo va tu corazón?».

Constato como algo evidente que no existe sufrimiento mayor que el que le toca vivir a cada cual. El sufrimiento no conoce las clases sociales. Se reconoce fácilmente a los pobres. Llevan sobre sus hombros el manto de la miseria. Les tiendes la mano por caridad y tu gesto se puede convertir en amor.

También existen personas muy «correctas» a las que les preguntamos cuando nos cruzamos con ellas: «¿Estás bien?», y contestan «Estoy bien». No pueden decir otra cosa, son prisioneras de sí mismas y de las obligaciones sociales. No pueden confesar el sufrimiento que las asfixia y las quebranta. Y pasamos, sin percibir su mirada de señal de socorro, y sin escuchar el silencio de su grito, sin tan siquiera damos cuenta de que la meteorología de su corazón indica «tempestad».

Todos estos amigos del mundo son para mí como lámparas encendidas. Gracias a ellos, me doy cuenta de que, en el ser humano, Dios no se fija en las dos centésimas de segundo en que,

catapúm, se viene abajo. Dios se fija en el periodo en que vuelve a ponerse en pie. Esas horas, esos días, esos meses, esos años en que el hombre y la mujer trabajan, de manera invisible, para hacerse mejores. Vidas escondidas como tesoros.

El hombre en cambio, con demasiada frecuencia, sólo se fija en las caídas cuando mira a su prójimo.

No hay que juzgar nunca.

Cuatro meses después de mi cumpleaños, me invitan a la casa de los padres de una amiga para pasar la Nochebuena. La mesa está espléndida, con platos de porcelana y vasos de cristal. La mamá de Cathy me sirve una espesa sopa y luego se la ofrece a su marido. Se hablan de usted, cosa que me parece de grillados, así que les coloco a los dos la etiqueta de «chiflados». Los platos desfilan, deliciosos, en medio de risas y de amabilidades, y hete aquí que, hop, atrapo al vuelo un instante de nada, una centésima conmovedora, un simple intercambio de miradas entre este señor y esta señora. Por mucho que se hablen de usted, se aman tiernamente, esa mirada no puede engañar. Esa noche comprendo que es mejor hablarse de usted amándose que hablarse de tú sin hacerse caso. Algunos «usted» acercan, mientras que existen algunos «tú» que matan.

Después de la misa del gallo, el señor de la casa me dice:

—Vayamos a tomar el chocolate al salón, venga a ver el árbol.

El árbol, ¡horror! Me han pillado, he caído en la trampa. No puedo negarme. ¡Maldito árbol! Me acerco con pies de plomo, con el ánimo lúgubre. Gruño por dentro —«¡Nunca deberías haber aceptado esta invitación, sabes que las nochebuenas no funcionan con los niños sin familia!»—. Entonces, la madre de Cathy me dice:

—Tim, tengo algo para usted.

¿He oído bien? Pues sí: me tiende un paquete envuelto con un papel rojo y una cinta dorada. Lo abro con toda calma, respetando el embalaje. Me acuerdo del hospital, del papel de regalo que me enseñó a andar y a dibujar. En el interior, tres velas —una verde, una amarilla, una roja— y un jabón en una bonita caja en la que está grabada la palabra «Armador». Me quedo con la respiración cortada, con un nudo en la garganta. Esta atención no tiene precio para mí. El buen Dios tiene sentido del humor: me burlaba sin mala idea de su diferencia y ellos me miman cuando menos me lo espero. ¡Qué imprevisto!

Duermo en su casa con mi regalo de Navidades entre los brazos, como el niño que me hubiera gustado ser.

LAS AVENTURERAS DE DIOS

Un día desembarco en Roma, en la estación de Termini. Sigo a la búsqueda de encuentros insólitos. Diviso, en el borde de la acera, a una mujer mayor, minúscula, que viste un extraño hábito blanco. No se atreve a saltar al ruedo de los coches y parece asustada por una circulación que parece compuesta por reses bravas. Me acerco.

—¿Le puedo ayudar?

Me mira con unos ojos vivos y muy claros situados en medio de un rostro completamente arrugado, y sonríe. Acepta el ofrecimiento, en inglés. Cruzamos. Se queda agarrada a mi brazo. Del otro lado de la calle, toca el timbre de la puerta de un inmueble. Tres hombres abren juntos. Sus caras se iluminan.

—¡Oooh, madre!, gritan.

La mujercita que me coge del brazo parece hipnotizarles. Un indio, con la piel muy mate, me dice:

—Oh, qué suerte tiene de estar con la Madre…

La mujer mayor le interrumpe con un golpecito amistoso en el brazo. Con su bondadosa sonrisa me pide que la acompañe a casa de unos amigos. No tengo nada previsto, vivo a fondo el instante presente. Vamos allá. Me gusta, esta damita de estatura de champiñón, arrugada como un pie de viña, que tiene tanto ascendiente sobre los hombres.

La sigo.

Todas las personas que visitamos esa tarde me dicen:

—¡Oh, qué suerte tiene de estar con la Madre Teresa!

Yo me encojo de hombros, no me importa nada, no sé quién es la Madre Teresa. Sólo sé que esta mujer es profundamente buena en su corazón, lo siento. Estoy lejos de sospechar que es la madre de los pobres y probablemente una santa. Mi cultura sobre las monjitas

es más bien limitada. Farfullo el inglés, y nos reímos mucho en los autobuses romanos.

Nos paramos en la basílica de Santa María la Mayor. Allí saludo a unos amigos vagabundos, a Francisco, de Bérgamo, y a Mario, el napolitano. Les presento a «Ma», como apodan a la Madre Teresa. Mario está degustando una bolsa de comida que le han dado los Hermanitos de la Caridad (ignoro que sea ella quien ha fundado esta orden). Mientras pela con todo cuidado su naranja, y señalando la inmensa escalera de la basílica, Mario nos dice:

—Instálense, queda sitio.

Nos echamos a reír y nos sentamos en los peldaños. Como un gran señor, Mario comparte con nosotros su naranja. Es un gran compañero del alma. Vive en la calle desde hace años. Cuando no estamos de acuerdo, él se pone a parlotear en dialecto napolitano y yo en *chtimi*, el dialecto del norte de Francia. Estas incomprensibles polémicas terminan siempre con una broma y un digestivo de la calle, un buen trago de morapio.

Abandonamos a Francisco y a Mario para continuar con una serie de visitas un tanto pesadas. Son ricos donantes a los que pasa a saludar para darles las gracias. No falla, las personas que nos reciben me miran con envidia y todas sueltan la misma cantinela:

—¡Oh, qué suerte tiene de estar con la Madre Teresa!

Encuentro muy cansada a mi madrecita Teresa. Caminamos en silencio, se agarra a mi brazo. Se encorva cada vez más con el correr de las horas. Pero en el momento en que se dirigen a ella —y no para de desfilar gente— siento que su cuerpo se yergue de nuevo y que su mano se afianza. ¡Qué energía hay en esta mujer! Me digo: «¿No pueden dejarla en paz? Es mayor, tiene la edad en que es preciso descansar, ¡dejen pues de pisarle los talones!». Ella no dice nada y afronta estos múltiples encuentros con sonriente bondad.

Abandonamos el barrio de Termini y vamos en metro hasta Trefontane. Silencio, al fin. Subimos por un camino de tierra que pasa junto a un monasterio de hombres. Al final de la cuesta, desembocamos ante un paisaje espléndido y sorprendente: casitas de tipo vietnamita diseminadas en medio de una abundante vegetación. Este Edén está bañado por una ligera brisa. La humedad y el rumor de Roma quedan lejos.

Unas religiosas nos rodean y saludan a «Ma» con respeto. Ésta

me presenta a una guapa mujer que lleva un vestido de tela vaquera y un velo sobre la cabeza. Se llama Madre Madeleine. Me desnuda el corazón con su mirada que parece un radar y me coge de la mano para guiarme. Es la primera persona del día que no me dice que tengo suerte por estar con la Madre Teresa. Su delicadeza se instala en mi corazón. Degustamos una tisana. Las dos mujeres se apartan para hablarse. Me alejo.

En el momento de irme, la Madre Madeleine me ofrece un regalo y me dice: «Vuelve a verme cuando pases por Roma, ¿prometido?». Asiento con la cabeza, pues las palabras se han averiado en el fondo de mi ser. Me siento muy intimidado por esta aventurera de Dios. Abro el paquete: es un niño Jesús de arcilla.

La Madre Teresa me abraza. Se va en coche con unas hermanas. Yo recupero mi libertad.

Sólo dos años más tarde me daré cuenta de la suerte de este encuentro. En Trosly, una noche, estamos viendo en la televisión un reportaje sobre las Hermanitas de Charles de Foucauld. Las religiosas de esta joven congregación femenina eligen vivir inmersas en el corazón de la miseria, en los poblados de chabolas y en los suburbios. Son la amante presencia de Jesucristo en medio de los más pobres entre los pobres. El periodista entrevista a una guapa religiosa, con un gran carácter, la fundadora de esta magnífica orden. Exclamo:

—¡Pero si la conozco! ¡Es Madeleine, mi amiga Madeleine!

Por supuesto, nadie me cree, excepto el padre Thomas.

—¡Os lo juro, es la mujer de Roma de la que os hablé!

—¡Ya que estás, dinos también que conoces a la Madre Teresa!, bromean el resto de los presentes.

—¡Bueno, esto…, pues, sí! Fue la Madre Teresa quien me presentó a la Madre Madeleine…

Para el carro, van a creer que estoy contando una sarta de mentiras. Y sin embargo…

El siete machos que soy sigue impresionado por estas dos mujeres de carácter que han sufrido de lo lindo antes de encontrar su camino. Estas pioneras han afrontado los acontecimientos adversos y la premiosidad de las instituciones para permanecer fieles a su llamada interior.

La Madre Madeleine se ha convertido en alguien precioso en mi

vida. La visito de vez en cuando en Roma: se convierte en mi madre espiritual. Irradia una presencia tierna y apacible. Se parece al padre Thomas, en femenino. Cada vez que la dejo me vuelvo mejor. La Madre Madeleine habla de Jesús de una forma tan sencilla, tan amorosa, con un amor tan ardiente que sería capaz de fundir el hielo de un corazón hostil.

Me considera como a uno de sus hijos y me mima en el momento de irme, metiendo en mi bolsa pasteles, bocadillos, y siempre un libro espiritual para alimentar mi interior en peligro.

Su modo femenino de entender las cosas ha cambiado mi opinión sobre la mujer. Es un modo que mira el mundo con hermosura, con bondad, respeto y ternura gratuita, el tipo de ternura que no espera contrapartidas. Mi pobreza espiritual no es un obstáculo para ella. Al contrario.

«Sólo el vacío puede colmarse; no estés nunca repleto de ti mismo», me dice, con el brazo izquierdo en jarra.

Lo que también me conmueve en estas mujeres, al igual que en el padre Thomas, es su castidad. Estos seres son puros, no hacen teatro. Y su pureza no juzga mi fango. Ella me impresiona, a mí que soy un gran ligón que va encadenando, una tras otra, a las lolitas. En las discotecas, las chicas caen rendidas en mis brazos. A menudo juegan a hacerse las puritanas, pero no se disgustan cuando uno les toca una serenata distinta a la de la musiquilla nocturna… Las llevo a escuchar el bramido de los ciervos en el bosque y, en ocasiones, eso se convierte en su canto del cisne.

Uno de mis compañeros me impresiona también mucho, Joél, ingeniero agrónomo, a quien he conocido en un cursillo. Este tipo está prometido con una chica desde hace cinco años. Un día en que le estoy tomando el pelo sobre el sexo, me contesta con gravedad:

—Nunca he tocado a Annie. No haremos el amor hasta que estemos casados. Es la más hermosa prueba de amor que puedo darle.

He estado a punto de caerme de espaldas. ¡La pureza y la rectitud de este tipo han sido como una sacudida!

Yo intento dominar a la bestia que hay en mí, sin demasiado éxito…

Un día, me despido del padre Thomas, repleto de buenas resoluciones. Mi moto está averiada, así que hago autostop para

volver a Compiégne. Se para una mujer, me coge. Es médica, charlamos. Media hora más tarde estoy en su cama, con mis resoluciones bajo la almohada. ¡No hay nada que hacer! Lloro todas las lágrimas de mi cuerpo, corroído por la pena, pido perdón a Jesús y prometo no volver a hacerlo nunca. Tres horas más tarde, con mis resoluciones completamente nuevas en el ojal, estoy bebiendo una cerveza en la terraza de un café cuando me aborda una chica. Charlamos, me habla con el corazón. Me vuelvo a encontrar en su cama. Es una maldición y una enfermedad. Necesito una potente vacuna contra la desesperación.

Vuelvo a toda prisa a ver a mi padre Thomas. Nadie. Sobre la puerta, estas palabras: «He salido de viaje». Entro en la capilla de viejas piedras, junto a su habitación. Me siento en su vetusto sillón de cuero desfondado. Miro al Santísimo Sacramento colocado sobre el altar, luego al icono de la Santa Virgen. Empiezo a hablarles, a decirles con toda sencillez que estoy harto de los cataplines ardientes y de las lolitas en serie. Lloro mientras hablo, hablo mientras lloro, sin cólera, con una inmensa angustia. Hablo y después cierro el pico, siempre así, sentado en el asiento del padre, frente a Dios y a su Madre. Pasa la noche, la mañana, la tarde… Un inmenso vacío de silencio.

Al final del día, justo antes de la misa del padre, que acaba de volver, me entra súbitamente un arrebato y le lanzo a la Virgen María:

—¡Me comprometo a un año de abstinencia. Amor pero no sexo durante un año, te lo prometo!

¿Qué me ocurre? ¡Mi récord de abstinencia es de tres días!

Durante la misa del padre, me encuentro al lado de una chavala espléndida, una nueva auxiliar del Arca. Le hecho un rapapolvo a la Santa Virgen:

—¡Mi voto arranca muy fuerte, gracias!

Bajo los ojos, me cierro en banda y tomo las de Villadiego al final de la celebración.

—¿Puedo hablarte?

La chica ha venido detrás de mí. Le digo:

—No, no, tengo que poner la mesa, y además no tengo tiempo, y además…

Me desarma por completo, la siento completamente pura.

—Bueno, de acuerdo, podemos vemos después de la comida, voy a ir a observar a los corzos a la caída de la noche.

Me maldigo interiormente: «¡Te metes en la boca del lobo, estás loco! ¡No olvides tu palabra!».

Esa noche, paseamos bajo las estrellas, sin tocamos. Repetimos al día siguiente. Y luego al otro. ¡Bato mi récord de ayuno! ¡Victoria! Durante este año de abstinencia, voy a descubrir la belleza de la amistad sin segundas intenciones, y con la alegría de poder ofrecer a las chicas el regalo más hermoso que un hombre pueda dar a urna mujer: el respeto.

Insaciable en mis descubrimientos y encuentros, vuelo hacia Canadá, en busca de mis raíces. Me despido del Arca para tomarme un año sabático que durará seis meses más. Tras largas peregrinaciones en pos de las huellas de mis antepasados, y habiendo vivido profundas emociones, me encuentro en el monasterio trapense de Oka, a sesenta kilómetros de Montreal. Decido vivir en él un largo periodo de retiro.

Allí degusto la delicadeza de Dios por medio de las atenciones del padre Lucien, un cisterciense con una sonrisa de pérgola, florido y luminoso. Doy con él largas marchas silenciosas. Al cabo de tres meses, me dice, durante un paseo:

—¿Podrías ser cisterciense, o dominico?

Sabe el afecto que siento por el padre Thomas Philippe. Le miro:

—Padre, mañana al mediodía le traeré la respuesta. Va a dármela la Santa Virgen.

¿Por qué le he dicho eso? No es mi estilo. Al día siguiente, una mujer joven y guapa llamada Sonia viene a verme:

—Tengo una gran casa y en ella acojo a personas minusválidas. He oído decir que usted tiene experiencia en ese campo, que ha pasado varios meses en el Arca de Jean Vanier. ¿Quiere venir a ayudarme?

Me reúno con el padre Lucien, como le había prometido, y le digo:

—Ya está, padre, la Santa Virgen me ha respondido. No seré ni cisterciense ni dominico. Voy a vivir con los minusválidos.

Me mira con su dulce sonrisa, me acompaña al coche y me bendice. Mientras nos alejamos de Oka, le veo en el camino, haciéndonos grandes señas de despedida con las dos manos. Este

padre queda también en mi corazón de por vida. Apenas puedo creerme los mimos del cielo.

Durante un año, vivo con Sonia y cinco minusválidos en Sainte-Marthe, cerca de Oka, a orillas del lago, en intensa comunión con la naturaleza y con mis hermanos heridos. Sin embargo, una noche, de repente, siento que debo volver a Francia. Al día siguiente despego de Montreal en dirección a Bruselas. Ocho horas después, aterrizo en Bélgica. Vuelvo a coger mi mochila y hago dedo. Dos coches más tarde, viajo en dirección a la Granja de Trosly-Breuil. Qué alegría volver a ver a mi buen padre Thomas y toda mi banda del buen Dios: Janine, Régine, tía Agnés, Simone, Guy, Jean-Bernard, Dominique y los demás. Mi familia del alma.

Damos una fiesta. En medio de esta euforia, noto sin embargo una ausencia. Me falta alguien. Sé quien es. Al final de la comida, me escabullo con una excusa:

—Voy corriendo a ver a mi chavala.

Janine me para, un poco incómoda:

—Tim, tu amiga está en el hospital. No quiere ver a nadie, se deja morir…

Me da un vuelco el corazón, salgo, encuentro mi moto en el garaje. Arranca sin un quejido. Voy a toda marcha hasta el hospital de Compiégne.

—No puede verla, señor, está en el servicio de reanimación…

—¡Precisamente, señora, me necesita para reanimarse!

Empujo amablemente a la enfermera y encuentro la habitación de mi amiga. La anciana está tumbada, pálida como un cadáver, con los ojos cerrados, con tubos por todas partes. Al verla, me flaquean las fuerzas, me arrolla la tristeza. Me acerco a ella y le susurro al oído:

—Tu canadiense ha vuelto.

Beso delicadamente su mejilla arrugada. Ella abre los ojos y me sonríe como si yo fuera un resucitado.

—Es usted una pillina, cruzo el océano para verla y la encuentro en el hospital. Va usted a salir de aquí y a curarse, ¿verdad?

No soporto los hospitales. Demasiados malos recuerdos, tengo ganas de irme. Por esta razón me muestro torpe, me faltan las palabras. Mi amiga me acaricia el brazo. Con un hilo de voz, me murmura que me quiere, pero que desea reunirse con su marido.

Escuchar esta confidencia, su deseo de partir para el Gran Viaje, es demasiado para mí. La quiero y no tengo ganas de compartirla con el cielo, ni de esperar a la vida eterna para volver a verla. La abrazo una vez más y salgo corriendo, huyendo de este mundo blanco y angustioso.

¡Rabio! Me enfado con Dios. Estoy echándole la bronca cuando, de pronto, me golpea un coche. Cojo al conductor por la ventanilla, lo sacudo como a un ciruelo. ¡No tiene la culpa, el pobre, era yo el que iba por el medio de la calle! Se me cruzan los cables por el dolor.

Está siendo dura la vuelta. Han robado mis cosas del desván de la Granja. Me han robado todo, mi vajilla, mis guantes de boxeo, y, sobre todo, las fotos de mi padre.

Ahora que casi estoy en paz con él en mi corazón, ya no me es posible verle…

Segunda calamidad: mi entrenador se ha ido con mis ahorros. Ha vaciado mi cuenta del banco.

No tengo nada.

Durante un mes, todos los días, me acerco hasta la cabecera de mi vieja amiga de Trosly. Cada día la siento irse un poco más. Cada día, me dice que me quiere, pero no puedo retenerla.

Muere agarrándome la mano. Esa noche lloro en silencio, ante el cuerpo inerte de mi amiga, la vieja dama de Trosly. Mi único consuelo es saber que ya no sufrirá más y que ha encontrado, en la gran casa del buen Dios, al hombre que tanto quería. A partir de ese momento, ese pensamiento que antes me irritaba, habrá de tranquilizarme.

En la calle, mi corazón vacila, va y viene. Por un lado, le pido a Dios que la acoja con gran pompa. Pero al mismo tiempo, en el fondo de mí mismo, le regaño por habérsela llevado.

Esa mujer vivía en Trosly desde hacía mucho tiempo. Cuando llegué me advirtieron:

—Cuidado, no es fácil relacionarse con ella, no le gustan los minusválidos.

Un día, en efecto, caminamos junto a su jardín durante un paseo con varios de los chicos minusválidos del hogar. Se produce un éxtasis general al ver ese jardín de flores que haría empalidecer a las revistas especializadas. Los pájaros lo disfrutan, y bajo los

ramajes, anidan en él por docenas, con un concierto de gorjeos y de arrullos.

Nos paramos y comentamos el esplendor. Ella está esponjando la tierra de un arriate con la azadilla cuando nos ve. ¡Mecachis! Ahí la tenemos lanzando una letanía de insultos capaz de avergonzar al mismísimo capitán Haddock. La miro fijamente a los ojos. Ella hace lo mismo, y luego sigue removiendo la tierra.

Acabamos nuestro paseo. Acompaño a los chavales de vuelta al hogar, cojo una azadilla y vuelvo a su casa. Entro en su jardín y empiezo a cavar en el otro extremo del arriate hasta que me ve.

—¿Qué hace usted ahí?, pregunta. ¡No le he autorizado a entrar!

—Vengo a ayudarla, me gusta trabajar la tierra.

En menos que canta un gallo doy la vuelta a la tierra de sus arriates. Ella quiere pagarme, pero me niego.

—¿Por qué me ha ayudado?

—¡Me apetecía…! Y además, hace un rato, bramaba usted como una tormenta. Y yo he querido traerle el arco iris. ¡Ahora que la tierra ya está aireada, podemos soñar con verduras y con flores!

Ella sonríe y me invita a tomar el té.

Así es como llegamos a familiarizamos el uno con el otro. Volví a tomar el té con ella muchas veces. Su corazón se abrió poco a poco. Era la señora Hermán. Viuda desde hacía unos 15 años, vivía sola y se había vuelto solitaria. En el pueblo, algunos la habían apodado «la alemana». Ese odioso apodo la había herido horriblemente. Por esa razón, se picaba a las primeras de cambio. En realidad, su corazón se parecía a su jardín de flores.

Mi partida hacía Canadá la había entristecido. Me escribió largas cartas maternales y delicadas. Compartíamos el amor por lo bello y ciertas desolladuras del alma.

Un poco antes de que muriera, postrada en su habitación de hospital, le dije:

—Cuando vea a Dios, háblele de mí. Sea mi abogada. Tengo una buena pizarra que limpiar con el borrador. Quiero cambiar. Diga al Señor que me ayude a convertirme en un hombre justo y amante, y a encontrar una buena mujer.

Mi mensajera voló.

Mantuvo su palabra más allá de todas mis esperanzas.

VEINTIDÓS AÑOS
LA CHICA DE LA CASA DE LA FELICIDAD

Tras la muerte de la señora Hermán, vuelvo a mi vida trashumante. Salgo hacia Roma para visitar a la Madre Madeleine, y después a una canadiense inglesa en Florencia. De allí subo a Austria, a Salzburgo, a ver a una amiga alemana, una músico conocida en Trosly. Comparte su apartamento y su vida con otras cuatro mujeres músicos. Me enamoro de esta orquesta femenina y voy a vivir cinco meses en su compañía, en la gran casa que tienen alquilada en Salzburgo. Mis musas provienen de cinco países diferentes, cada una de ellas tiene un carácter diferente y toca un instrumento diferente. ¡El trotamundos de la diferencia se siente pletórico!

Me inician en la música clásica y me hacen descubrir un mundo de armonías desconocido para mí. Estas embajadoras de la belleza, refinadas, cultas, me nutren de cultura y de cariño. Vivo a su lado en perfecta avenencia, cuando, una tarde, sin saber por qué, experimento la necesidad de volver a París. Anuncio bruscamente mi marcha a mis cinco amigas, que, esa misma noche, me acompañan con tristeza a la estación de Salzburgo.

Al día siguiente, a las cinco de la mañana, diviso a la Señora Jirafa con su largo cuello. Voy a tomar el desayuno a casa de Christelle, una amiga que vive en el distrito 15.

—Una tal Martine te busca, me dice, por algo relacionado con el arreglo de un apartamento. Aquí tienes su número de teléfono.

Martine es una amiga del Arca, una chica sencilla a pesar de sus orígenes de buena familia. La llamo.

—Hola, hermanito, ¿dónde estás? ¿En París?

—Desde las cinco de esta mañana. ¿Me necesitas?

—Sí, estoy haciendo obras en mi apartamento, cerca del Trocadero. Necesito que me echen una mano.

—O.k., enseguida llego, soy tu hombre.

Una hora más tarde, estoy en la calle Vineuse. Un edificio muy elegante. Subo, toco el timbre, Martine abre, me mira y me abraza. Vuelvo a encontrar intacta, tras estos meses de ausencia, a esta gran mujer morena y directa.

—Buenos días, hermanito, gracias por haber venido tan deprisa. Me explica sus proyectos. Nos ponemos manos a la obra. Todo el día, pinto, sierro, acuchillo, clavo, monto armarios… Por la noche, agotado, me siento un instante para respirar y hete aquí que Martine me declara su amor. Afortunadamente, ya estoy sentado sobre mi trasero, no iré más abajo. La sorpresa es total. Conozco a Martine desde hace tres años. Hace un año y medio que rezo para que conozca a un buen tío que sea el hombre de su vida. Nunca osé imaginar, ni tan siquiera por una fracción de nanosegundo, que ese tipo pudiera ser yo. Me enamoro de casi todas las chicas que pasan, pero no de ella. Ella es de un medio muy pijo, se siente cómoda con todo el mundo, muy a la última. La gente viene a contarle su vida, a pedirle consejo.

Una chica de gama alta, desde todos los puntos de vista. Inaccesible para un tío de mi clase. Nos separa un abismo.

—No, Martine, lo nuestro no es posible. No pertenecemos al mismo mundo. Tú eres una burguesa, yo, un niño de la calle. No es un barrio lo que hay entre nosotros, es un precipicio.

Se defiende, argumenta, provoca:

—¿Te asustan las diferencias? ¿Y tú te llamas el trotamundos de la diferencia? Déjame que me ría…

A pesar de sus argumentos, y sobre todo de su amor, resisto. Me voy diciéndome: «No te enamores, Tim, no te dejes coger en la trampa».

La única pega es que hay que terminar bien la obra… Vuelvo a ver a Martine todos los días. Cada día me enamoro más. «No, Tim, resiste, amigo, no te dejes arrastrar por la corriente…». Ya no puedo dominar mis sentimientos, soy el piloto ebrio de un avión descontrolado.

Qué quieres, me fascina. Es burbujeante, alegre, artista… Su voz me parece muy hermosa. Cuando empieza a cantar acompañándose

con la guitarra, quedo hechizado. El rodillo de pintura avanza solo. Pongo cuatro capas sin darme cuenta. ¡Por los hermosos ojos de Martine y por la gracia de su voz sería capaz de repintar la torre Eiffel!

A la quinta capa, Martine para la música y yo la pintura… Me propone ir a celebrar el final de las obras a casa de su familia, en la región de Burdeos.

Unas horas más tarde, me presenta a su padre, un gran señor estilo inglés, con un aire de leñador poeta muy simpático. Su madre, digna y delicada, tipo reina madre, con un porte de cabeza distinguido y un pelo inmaculado cuidadosamente peinado, me impone. También está su hermano mayor Antoine, sosia del rey Juan Carlos, Évelyne, su hermana mayor, asistenta social —algo que me trae recuerdos…—, y su último hermano varón, mayor que Martine, que me impresiona por su aspecto de joven impecablemente distinguido. Nos cuesta ganar cierta familiaridad. Nuestros planetas no pertenecen a la misma galaxia.

Pasamos a la mesa. Les observo atentamente durante la cena. Risas, cariño, atenciones. No puedo ni creérmelo. Me lío con los cubiertos.

Tomamos café en el salón. La misma movida. Exploto para mis adentros: «¡Esto es puro camelo, amigo. Van de fraternales para darte con su clase en las narices!». Una familia entera que parece quererse es algo que no me entra en la cabeza. Si su cariño es verdadero, resulta odioso que me lo haya perdido. Si es una farsa, el espectáculo resulta lamentable, hipócrita y malvado. De todas formas, me resulta insoportable. Abandono el salón y voy a respirar afuera.

Camino por el jardín. El aire fresco me calma, el manto de la noche me apacigua. Reflexiono. «¿Por qué habrían de representar una farsa? ¿Qué podrían ganar con esta mascarada?».

Debo confesarlo, me siento conquistado por la delicadeza del padre de Martine. Su cultura y su refinamiento me recuerdan al señor León. Un hombre mundano, en el noble sentido del término, que sabe escuchar a su invitado, valorarle, comunicar un saber sin dejar planchado a su interlocutor, llevar una conversación y solicitar la opinión de todos, para, al final, afinar la partitura. Este hombre sabio me maravilla. Su inteligencia está acorde con su

corazón. De él emana una profunda y fascinante armonía interior.

La mamá de Martine, más reservada, exige, como las piedras preciosas, que uno se incline sobre ella para poder captar el detalle de todas las facetas ocultas.

Vamos, entra, Tim. Deja de poner mala cara. Observa las diferencias, a ti que tanto te gusta jugar a ese juego. Vuelvo al salón. Siento el alivio de Martine al verme relajado y sonriente. Decido mirar a estas personas con ojos benevolentes.

Después de este fin de semana en el campo, la vuelta no es alegre. No resulta fácil explicarse con el ruido que hace el tubo de escape del escarabajo de Martine. Me dice que somos muy diferentes, que es un problema delicado… Le replico que ésa es la primera objeción que puse después de su declaración. ¡Entonces me contestó que no tenía importancia! ¡En qué quedamos!

Furioso, me enrabieto de paso con el buen Dios: ¿qué quiere Él en el fondo?

Durante diez días, hay una atmósfera de gran tensión.

Acumulo las meteduras de pata. El amor me vuelve tonto y torpe. El teléfono no arregla nada. Las equivocaciones se multiplican.

Una mañana, me levanto y le digo a Dios:

—No soy la clase de tipo que se suicida por amor y tampoco soy el que sufre tontamente. Tal como estamos, me temo, no voy a soportarlo mucho tiempo.

El fin de semana siguiente vamos de peregrinación a Chartres, a rezar a la Virgen del Amor Hermoso. Desvalijo al florista de la estación de Montparnasse y deposito un ramo gigante, no a los pies de mi amada, sino a los de la Virgen negra. Rezo con mis flores y le digo a la Virgen:

—Si no haces un milagro, mañana me despido de Martine y vuelvo a mi casa, a Canadá.

Al día siguiente, al final del día, con mi billete de avión en el bolsillo, llamo a la puerta de Martine. Me recibe. De repente, una certidumbre se impone en nosotros con fuerza y misterio. Dios nos quiere juntos. Así de simple y claro. Sí, Dios nos quiere juntos.

Martine se ha liberado de todas sus interrogantes, y decidimos comprometemos. De repente me propone:

—¡Corramos al Sagrado Corazón de Montmartre, a la última misa de las 22 horas!

Ahí tengo la respuesta de la Virgen. Mientras termina de arreglarse, me pongo en comunicación con mi Padre Celestial para darle gracias y presentarle mis excusas. Saltamos a un taxi. Me siento más ufano que un Cid Campeador, con una novia tan magnífica a mi lado. Mis ojos están húmedos. Con un amor inesperado cogido de mi brazo, cruzo las mismas calles que tan a menudo he recorrido a pie, desesperado. ¡Qué bonito está París en esta noche de mayo del 78!

Los esponsales no pueden ser más íntimos en la basílica del Sagrado Corazón. Martine, yo mismo y nuestros dos testigos: Dios y la Virgen María.

Nuestras diferencias nos empujan al secreto. ¿Cómo confesar nuestra pasión a la familia de Martine y a nuestros amigos? Van a pensar que es una broma.

Durante tres meses, casi cada domingo, encadenamos, una tras otra, las peregrinaciones parisinas. ¡Rezamos para que el corazón de los padres de Martine esté preparado para recibir esta bomba! Empezamos nuestras travesías en la plaza del Trocadero, frente a la Señora Jirafa, desgranando un rosario, en dirección a la capilla de la Medalla milagrosa, en la calle del Bac, y después vamos a Notre-Dame de París, antes de subir otra vez al Sagrado Corazón de Montmartre donde asistimos a la misa del final del día, antes de festejar el amor ante un buen cuscús en Pigalle.

Tras estos tres meses de secretos esponsales, decidimos anunciar nuestra boda sólo seis semanas antes de la fecha fijada, para no dejarles tiempo a que filosofen sobre nuestras diferencias de pedigrí. Quedamos citados con mis suegros en su casa de Arcachon. No sospechan la buena noticia de que queremos hacerles partícipes.

Martine me muestra una gran casa blanca, cerca del espigón. Es la casa de su abuela, donde ella pasaba sus vacaciones de infancia.

Se me hace un nudo en la garganta. Una ola de emoción me inunda, un recuerdo intenso y preciso me deja clavado en el sitio. Me vuelvo a ver en este mismo espigón, con mi cuerpo débil, aún frágil sobre mis piernas remendadas, mi cabeza al cero, y soñando

despierto frente a la casa blanca, mientras el viento juega con las tocas de las monjas, agitándolas como las alas de un cormorán.

La gran casa blanca que me muestra Martine, cerca del espigón, es la casa de la felicidad de mi infancia. La reconozco. Vuelvo a ver la medalla milagrosa que me regaló una de las amables monjas del centro de rehabilitación. Me acuerdo de mi promesa infantil: «Más tarde, cuando sea un hombre, me casaré con una chica de aquí».

Quince años más tarde, llevo de la mano a la hija de la casa de la felicidad. Ella jugaba en esta terraza mientras yo soñaba en el espigón. En su corazón, me lo confiesa, compadecía a esos huérfanos que no tenían familia.

Después de la cena, tranquila, Martine explica a sus padres que nos amamos y que vamos a casarnos.

Gran silencio.

Mi futuro suegro, un caballero de gran elegancia, muy religioso, exclama:

—¡Aaaaah, qué buena noticia!

Él, que en varias ocasiones ha repetido a sus hijos que «el matrimonio es una cosa lo suficientemente difícil como para no complicarla más con las diferencias de clase» acoge a su futuro yerno con una anchura de corazón y de miras fuera de lo común.

La madre de Martine se encuentra en estado de choque, pasmada. Afortunadamente, está sentada. No puede ocultar su emoción y suelta estas palabras llenas de fe:

—Es extraño… Verdaderamente… Es algo que sólo se comprende cuando se vive.

Podemos palpar la eficacia de la oración.

VEINTITRÉS AÑOS
LA BODA DEL HIJO PRÓDIGO

Pues sí que empezamos bien. La mañana del matrimonio civil llego con retraso al Ayuntamiento. Para tratar de parecer un apuesto príncipe, he lavado y trenzado mis largos cabellos, he bruñido mis botas de cosaco hasta poder ver en ellas el paso de las nubes, como en unos retrovisores. Se me ha pasado la hora… Corro como un galgo.

Llego al Ayuntamiento del distrito 16 sudando a mares, con el pelo mojado. El ujier pregunta a todo el mundo quién es el novio, excepto a mí. Al cabo de un rato, le doy unos golpecitos en el hombro y le digo, con una sonrisa de oreja a oreja:

—¡Yo soy el novio!

Me mira fijamente con ojos de besugo, y yo le clavo una mirada directa. Vuelve a convertirse en un ser civilizado y me anuncia con solemnidad. Todo el mundo está de punta en blanco. Martine está deslumbrante.

Digo el sí del compromiso ante la sociedad con tanta mayor gravedad cuanto que, a esta hora, no debería estar vivo.

Dos semanas antes, iba a toda velocidad en mi moto por la plaza de La
Motte-Picquet
cuando un Escarabajo se salta el semáforo rojo de la calle del Commerce. En una fracción de segundo, sé que no puedo evitar el choque. Pienso: «Estoy perdido, estoy muerto». Se me escapa un gesto instintivo: acelero. La moto salta, golpea el coche. Despego, vuelo por encima del automóvil, ruedo por el suelo al otro lado. ¡Pataplaf! Mi pierna ha triplicado su volumen y el arco de una de

mis cejas sangra. No estoy muerto. Estoy incluso bien vivo, y muy aliviado al ver que mi entrada en el paraíso queda para más adelante. Ya no tengo ninguna gana de morir…

Mi amiga Catherine nos ha abierto su corazón y la puerta de su bonito apartamento, en la avenida de Breteuil, para la comida de celebración con nuestros testigos. Unos años antes, dormía en un garaje de bicis cercano…

Mis botas de cosaco impresionan mucho a Marc, el testigo de Martine. Mira de reojo estos retrovisores a ras de asfalto, me inspecciona con curiosidad y suelta, con una punta de envidia y con un acento muy de barrio pijo, como si me preguntara la receta de un cóctel:

—¿Cómo haces para ser tan… natural?

Es cierto que no nos viste el mismo sastre y que él sólo compra su calzado en Weston. Mientras sigue hablándome, Marc gira su mano, manosea su muñeca, tratando de llamar mi atención sobre su reloj de pulsera. Le hago la pregunta que está deseando que le hagan:

—Bueno, ¿qué pasa con tu reloj, te hace cosquillas? —¿Esto? ¡Esto no es un reloj, amigo mío!

—¡Vaya, pues sin embargo se parece rabiosamente a un reloj! ¿Qué es entonces?

Marc está encantado, se pavonea y suelta, tras haber saboreado el suspense:

—Hum… Es un… hum… ¡Un Rolex!

—¿Ah, síííí…? ¿Y que tiene un Rolex que no tenga un reloj?

—¡Eres un completo ignorante, amigo mío! ¡El Rolex es el Rolls de los relojes! Una joya suiza, con un mecanismo montado a mano, irrompible, con garantía de por vida y un precio de diez mil francos…

—Pues bien, me apuesto lo que quieras a que paro tu Rolex irrompible y con garantía de por vida solo con ponérmelo.

—¡No sabes lo que dices, amigo, un Rolex no puede pararse!

—¡Conmigo no funciona ningún reloj!

—Sí, pero un Rolex, es un Rolex. ¡No se para! Acepto la apuesta…

Me pongo su reloj en la muñeca.

Tic-tac

,
tic-tac.
Pasan cinco minutos. Empiezo a dudar de ese magnetismo que revienta uno por uno todos los relojes que se me ocurra llevar.
Tic-tac
. El Rolex sigue imperturbable, y Marc está exultante.
Tic-tac
,
tic-tac.
Empieza a cantar victoria cuando el segundero empieza a retrasar… Palidece.

—No, no es verdad… Mi Rolex…

Un minuto más tarde, el Rolex se ha parado. Marc está lívido, Me mira, a mí, al
Gran-Manitú-que-para-los-Rolex
.

—¡No te preocupes, tiene garantía de por vida!

Marc es mi antítesis. Nos vamos a hacer amigos —gracias, Rolex — y a sincronizar nuestros relojes. A medida que me vaya familiarizando con él iré penetrando cada vez más en el mundo del sufrimiento de lo que se llaman las «buenas familias». ¡Cuántas heridas ocultas bajo los signos externos de la riqueza! Padres divorciados, veinte años de psicoanálisis, la seguridad de una cuenta bancaria y el corazón irremediablemente triste… Descubro gracias a Marc que la pobreza no es únicamente material, y que se sufren de manera más intensa y menos visible algunas miserias afectivas y espirituales.

Al día siguiente del matrimonio civil, nos casamos ante Dios en la iglesia de Trosly, rodeados por nuestros amigos del Arca. Su corazón se ha vestido de domingo. La fiesta es magnífica. Todo el mundo me felicita:

—¡Qué suerte tienes de conseguir a semejante mujer!

De acuerdo. ¡También me gustaría oír que mi mujer tiene la suerte de conseguir un marido como yo!

El Evangelio de la misa de bodas ha sido especialmente escrito para mí. Esta página, redactada por san Lucas hace dos mil años, me parece completamente nueva. Es la historia de un hijo que se

enfada con su padre, que se larga de casa, y que vuelve a su padre años más tarde…

«… Y, *levantándose, partió hacia su padre*.

Estando él todavía lejos, le vio su padre y, conmovido, corrió, se echó a su cuello y le besó efusivamente. El hijo le dijo: «Padre, pequé contra el cielo y ante ti; ya no merezco ser llamado hijo tuyo». Pero el padre dijo a sus siervos: «Traed aprisa el mejor vestido y vestidle […]. Celebremos una fiesta, porque este hijo mío estaba muerto y ha vuelto a la vida; estaba perdido y ha sido hallado…».

La Palabra de Dios está viva. Me da ideas…

—Philippe, ¿acepta usted tomar a Martine por esposa?

Ya está. Llegó el momento fatídico. Un sí, son dos letras, una sola sílaba que pronunciar, medio segundo que compromete de por vida.

Sí, es sí de por vida.

—Sí.

En ese instante, por ése sí, está decidido, juro desmentir a la genética, con la ayuda del Espíritu Santo y de nuestro amor.

¡Y después, también nosotros celebramos una fiesta!

Ya casados, Martine y yo continuamos explorando, tras haberlo tanteado durante nuestros esponsales, el abismo de nuestras diferencias. Yo soy más bien tipo cepillo de carpintero. Martine es más papel de lija. Nos amamos e, inevitablemente, nos hacemos sufrir. Martine vive con el corazón y las puertas abiertas. Acoge a todo el mundo, venga de donde venga, mientras que yo tengo una enfermiza necesidad de intimidad. Amablemente, me prepara pasteles —vivo una época golosa—, y yo, en vez de darle las gracias, le digo: —Tengo más necesidad de cariño que de dulces. Expeditivo, áspero, la hiero a menudo con mis frases cortantes y mis cóleras tempestuosas.

Ser diferente exige adaptarse al otro, conocer su modo de empleo, dejarse conocer, hacer concesiones sin parar. Familiarizarse exige mucho tiempo, paciencia, dulzura…

Sufro sobre todo cuando se reúne la familia de Martine. Me siento

excluido de su complicidad. No tenemos ninguna referencia común. Por supuesto, comprendo que le cueste integrar a un chiflado sin familia, con botas de cosaco y un pelo que le llega hasta la mitad de la espalda, pero no acepto no sentirme adoptado. Estar en familia me resulta insoportable. No me siento un hijo, aunque mi suegro me dijera el día del anuncio de nuestro amor: «¡Eres como mi hijo!».

Lo más duro, es ser siempre «como» un hijo, en vez de serlo sin más. Nadie puede evitarlo.

Las reuniones familiares me desuellan vivo. Los miedos me paralizan: miedo a resultar poco interesante, a no ser como los demás, a parecer analfabeto… Me convierto en una persona grosera. Mis reacciones son exageradas.

—¡Tú nunca tienes que hacer ningún esfuerzo!, le digo a Martine. Nunca has estado con tu familia política. ¡Y por qué motivo!

Me ahogo en París, doy vueltas como un león enjaulado. Me faltan mis amigos los árboles y algunos animales que domesticar. Nos proponen poner en marcha varias explotaciones, en las Landas o en Bretaña. ¿Qué piensa de esto mi Colega el buen Dios? ¿Dónde quiere Él que vayamos? A la mañana siguiente del día en que le planteo esta pregunta, Marie-Héléne Mathieu, responsable de la Oficina cristiana de los minusválidos, en donde trabaja Martine, le pregunta a mi mujer:

—¿Aceptarías ocuparte de nuestra delegación de Lourdes? La responsable tiene que dejarlo por razones de salud.

Ésta es la respuesta de mi Colega.

Está decidido, nos vamos a Lourdes.

Poco antes de mudarnos, mi mujer me lleva a un hogar de caridad, a
Châteauneuf-de-Galaure
, en la Dróme, para asistir a un retiro. Gran concesión. Voy por amor a mi mujer, porque no me imagino pasarme seis días sentado y escuchando a un cura. Aunque el predicador no sea otro que el hermano del padre Thomas Philippe. Se llama Marie-Dominique —extraño nombre para un hombre— y lleva el mismo hábito blanco de los dominicos —¿será una enfermedad de familia?—. No es más corpulento que su hermano. Sus ojos brillan tras unas gafas de

cristales gruesos como lupas. Todo el mundo le apoda Marie-Do. Tema del retiro: el Apocalipsis, el último libro de la Biblia. Este nombre me sugiere más bien el nombre de una discoteca: Calypso.

Cuando Marie-Do comienza con el retiro, se establece el silencio. Va a reinar durante seis días. Sus conferencias son palpitantes. Cautivado, lo escribo todo en un cuaderno de colegial.

Un baño de luz. Seis días sin decir nada. Las personas se observan amablemente unos a otros. Surgen afinidades sin intercambiar una sola palabra, de forma inexplicable.

A mitad de semana, se propone a quienes lo deseen de entre los participantes del retiro ir a hacer una visita a Marthe Robin. Es una campesina del lugar, una mujer muy sencilla que, según se asegura, vive en su cuerpo la Pasión de Jesucristo, y que irradia bondad y verdad. Algo difícil de creer para un gran pecador de intelecto limitado. Vive enclaustrada en una habitación de su granja natal, con las persianas cerradas, pues sus ojos enfermos no soportan ya la luz. Vienen personas de todo el mundo para confiarle peticiones de plegaria y recibir sus consejos.

La gente espera pacientemente para verla, y la lista de candidatos es ya muy larga. Martine desea inscribirse. Yo, bien macho y orgulloso, mantengo: «¡No lo necesito!».

Durante un almuerzo, una chica dice por el micrófono los nombres de las siete primeras personas que pueden ir a ver a Marthe Robin esa misma tarde. Estupor: somos los primeros nombrados. Miro a Martine y no puedo evitar exclamar:

—¡Pero si no nos hemos inscrito…!

Doscientos asistentes nos miran con fijeza. Me pongo colorado como un tomate.

No tengo elección, sigo a mi mujer. Subimos hasta la granja de los Robin, situada en un llano próximo. La cocina, rústica, con una estufa que funciona con madera, se ha convertido en sala de espera. La gente habla en voz baja. Una joven nos hace pasar, a Martine y a mí, a una habitación a oscuras. Todo parece muy misterioso. Nos sentamos cerca de una cama, que adivinamos en la negrura. Imagino que esta santa mujer va a leer inmediatamente en mi alma y a expulsarme con un vibrante «¡Fuera, Satán!». No, una voz clara, sorprendentemente joven, brota de la sombra y nos da la bienvenida. Confiamos a esa mujer invisible que somos recién

casados y muy, muy diferentes. ¡Se ríe!

Se ríe y dice:

—Eso son fantasías para el buen Dios. Vuestro amor debe basarse en la Fe, la Esperanza y la Caridad.

Martine le anuncia que esperamos un hijo. Se alegra, se maravilla. Habla de los hijos como si los hubiera criado toda su vida.

Le hablo de mis miedos de ser padre, dados mis poco alentadores antecedentes, y de mi terror a reproducir las heridas recibidas. Escucha, y luego responde:

—Vuestros hijos crecerán en función de vuestro amor.

Esta frase me queda grabada a fuego.

Cuando le explicamos nuestro proyecto de mudamos a Lourdes y de buscar una casa, nos interrumpe:

—¡Una casa para acoger a los que os envíe la Santa Virgen!

Martine y yo nos miramos. Desde nuestros esponsales, soñamos con una casa que poder compartir con otros. Marthe, sin conocemos, nos lo confirma y nos tranquiliza:

—La Santa Virgen os indicará.

Al final de nuestra entrevista, a pesar de la oscuridad, distinguimos el cuerpecito acurrucado bajo las sábanas, cuya voz es dulce como la de un ángel, y cuyas palabras son luz.

Volvemos a salir al patio de la granja, cegados, deslumbrados, asombrados por lo que acabamos de vivir. Este momento, tan sencillo y tan importante en nuestra existencia, es una piedra de cimentación. En ese momento nos encontramos llenos de esperanza, recuperados por completo. Marthe Robin ocupará a partir de entonces un lugar primordial en nuestra vida.

Al final del retiro, un cura acompañante me pide que dé mi testimonio. No quiero, refunfuño. Al final, obedezco.

Después de este día me callaré. Ese silencio durará once años. Hasta la muerte de mi padre.

VEINTICUATRO AÑOS
EN LOURDES, EN LAS MANOS DE MARÍA

Lourdes…

De niño, esta palabra alimentaba mis sueños. Era una palabra mágica, como Canarias o Seychelles. Para mí evocaba las inmensas montañas, el agua de los torrentes, el aire puro, los bosques salvajes, la libertad…

El alcalde de nuestro pueblo, en un día en que se festejaba la infancia, regaló a todos los
«ch'tios»
una moneda de cinco francos. Aposté esta fortuna, de una tacada, en la tómbola de la fiesta municipal. El primer premio era un viaje a Lourdes. Estaba seguro de conseguir el gran premio —mi deseo era demasiado intenso para que no se cumpliera…—. La decepción estuvo a la altura de la ilusión. Lo perdí todo de un golpe: mi moneda de plata y mi sueño. El chico más rico del municipio fue quien ganó el viaje a Lourdes.

Me acuerdo de esta historia la noche de nuestra mudanza. Los faros de mi camioneta acaban de iluminar con su haz el cartel que indica «Lourdes» en la carreterita que serpentea detrás de los prados que rodean al santuario. Son las dos y media de la mañana, y hay miríadas de velas que lucen todavía en la noche, al otro lado del río Gave, delante de la gruta donde se apareció María a la pastora Bemadette. Dios tiene memoria. No sólo me regala un viaje, sino una vida en Lourdes. Mi Colega siempre concede más.

Vivimos en un apartamento de la calle de la Grotte, con vistas al castillo. Siento que me falta espacio entre estas cuatro paredes.

Busco en los campos de los alrededores alguna casa en mal estado que pueda reformar. Cada tarde, le digo a Martine:

—Ven a ver, creo que ya la he encontrado.

Cada tarde, me sigue dócilmente. Hacemos la visita. Y lo dejamos. Falsa pista.

Nuestra prisa es mayor porque desde ese momento compartimos nuestro alojamiento con Roger, un chico de origen senegalés. Este invierno ha celebrado las Navidades con nosotros. Dos meses más tarde, un juez y una asistenta social se pusieron en contacto con nosotros y nos anunciaron que Roger había estado a punto de morir de sobredosis y que, estando en el hospital, les había declarado:

—Sólo hay un sitio donde pueda conseguir salir de esto, en casa de mi hermano Tim, en Lourdes.

La asistenta social nos preguntó si estábamos dispuestos a acogerle…

—¡Le acogemos! ¡Mándenoslo!

He pinchado en hueso, me está bien empleado. No le he preguntado su parecer a Martine. Me lo da enseguida:

—¡Tenemos un bebé y sólo dos habitaciones pequeñas! ¿No crees que ya estamos bastante estrechos así?

—¡Églantine dormirá en nuestra habitación! ¿Dónde está el problema? Martine, si no acogemos a Roger, dejo de ir a la iglesia. Dios me dirá un día: «Quise ir a tu casa y no me acogiste…».

Martine, la reina de la puerta abierta, acepta. Ha dicho sí por fe. Me quito el sombrero.

Vivir con Dios no es siempre fácil. Vivir con Tim Guénard tampoco.

Y así, Roger desembarca. Es una atracción de luz y sonido ambulante. Está enganchado a la heroína y mide dos metros. Acarrea su inmenso armazón con un radiocasete aullando sobre el hombro. Las crisis de abstinencia siguen a las crisis de excitación que suceden a las crisis de depresión. La convivencia es caótica.

El padre de Roger era senegalés, su madre normanda. Murieron en un accidente de coche con su hermana pequeña. Al quedarse solo, Roger también conoció la herida del abandono y de la marginalidad. Para su familia paterna, no era lo suficientemente negro; para su familia materna, no era lo suficientemente blanco. Joséphine Baker, la gran cantante, le adoptó. Cuando murió, el

corazón de Roger volvió a desgarrarse. Édith Piaf, su madrina, trató de enchufarle como botones en los hoteles de gran lujo parisinos, pero él vaciaba las botellas de champán en los pasillos en vez de servir a los clientes. Después, Roger *el Negro* conoció a la «blanca», la heroína, y con ella el descenso a los infiernos…

Martine y yo rezamos intensamente a la Santa Virgen para que nos encuentre una casa amplia y aireada. Es urgente. Se nos están empezando a cruzar los cables.

Un agente inmobiliario nos lleva un día a unos kilómetros de Lourdes, por caminos de tierra, frente a un caserón, en mitad de la ladera de la colina. El flechazo es inmediato. Es una antigua granja, transformada en sede de una colonia de vacaciones, que se llama Chalé Notre-Dame. Aquí mi colega nos hace un magnífico guiño. «La Santa Virgen os indicará», nos había dicho Marthe Robin…

Cerramos el asunto y bautizamos inmediatamente a nuestra futura casa con el nombre de Granja Notre-Dame. En recuerdo de la Granja del padre Thomas Philippe, de la granja de Marthe Robin y de la «firma» de la Virgen María.

Hay currelo. Eso no me asusta. Trabajamos durante el día en la Granja, al aire libre, en nuestra colina. Roger, nos llena a tope las orejas con las canciones de amor de Julio Iglesias. «Qué amore…». Al final me harta, pero menos que su chantaje:

—Si no me meto nada durante una semana, ¿qué me das?

—Nada Roger, nada. Es por ti por quien dejas de drogarte, no por mí.

—Síií, lo sabía, Tim, tú no me quieres, voy a suicidarme.

Al principio de su estancia no me llegaba la camisa al cuerpo. Por la mañana, al despertar, me precipitaba e iba a verificar si seguía vivo. Luego me acostumbré y le dejaba hablar.

Un día, ignoro por qué, Roger no lleva su radiocasete a la Granja. ¿No más canciones de amor, no más Julio Iglesias? Menudo chollo, unas vacaciones, el silencio. ¡Al fin! Estoy repintando la fachada de la casa cuando llega, sube a la escalera y me da un beso:

—Tim, hermano, te quiero. Estoy bien aquí. Has visto qué hermoso es todo, el silencio, los pájaros… Eh, Tim, ¿no te apetecería un café?

—Sí, encantado. Sabes, Roger, a mi también me gusta esto, el silencio, y me alegra que lo aprecies…

¡Casi me caigo de espaldas, no salgo de mi asombro! Este repentino cambio me llena de gratitud. Bueno, sigo pintando, despreocupado, en acción de gracias. Pasa una media hora. Empiezo a pensar que tarda mucho en preparar el café. Por fin llega Roger. Anda como quien pisa huevos, titubeando. Su piel negra se ha puesto amarilla. Me froto los ojos, creyendo que el enlucido blanco perturba mi visión. Farfulla:

—¡Mira, herma… hermano, el ca… el café está lis… listo!

—Gracias, Roger. Dime, ¿qué tal estás? ¡Tienes un aspecto raro!

—Estoy b…, estoy bien… Síííí…

Se marcha y cae cuán largo es en el barro, completamente ebrio. Se ha chutado un cóctel de medicamentos y de alcohol. Da pena ver su inmenso cuerpo, desvencijado por la droga. Le vuelvo a poner de pie y le lanzo:

—Roger, vamos a volver al apartamento inmediatamente. ¡No te muevas, voy a buscar el coche!

Voy andando hacia la camioneta cuando oigo el ruido de un tubo de escape. Aprovechando que me encuentro de espaldas, Roger ha conseguido arrancar su Mobylette y toma el camino de bajada acelerando. ¡Ay, ay, ay! Ha tomado la primera curva a toda velocidad… ¡Mierda! Sigue todo recto, cae al vacío.

¡Es el trampolín de despegue, el salto de la muerte! Me maldigo por haberle dejado un instante solo. Corro hasta el precipicio, esperando encontrar un cadáver en el fondo del barranco. No. Un matorral ha frenado la caída de Roger. La Mobylette está en equilibrio sobre él. ¡No sé como se sostiene este andamiaje! Esto parece una aventura de Tintín. Subo la Mobylette agarrándome a unos arbustos. Luego voy a buscarle. Se ríe como un loco, yo, en absoluto. Estoy harto.

Apenas vuelve a ponerse en pie, Roger monta de nuevo en su moto y se larga riendo cada vez más, sin mi beneplácito, por supuesto. Me la vuelve a dar con queso por segunda vez, estoy furioso. No puedo hacer nada, excepto seguirle echando pestes y recitando unos «Dios te salve María» a los que añado palabras improvisadas:

—Protege a este chiflado, María. Consérvale con vida. Haz que la hora de su muerte no llegue ahora mismo.

Una vez sano y salvo en la entrada de Lourdes, tras cinco

kilómetros de zigzags que felizmente han coincidido más o menos con las curvas de la carretera, Roger arremete contra el letrero de «Lourdes» como si quisiera franquear una imaginaria línea de llegada. La Mobylette pasa bajo el panel y termina abismándose en la cuneta. Roger queda colgado del letrero. Exploto:

—¡Sube al coche, estoy harto!

Grita:

—Mi Mobylette, mi Mobylette, ¡no quiero abandonar mi Mobylette!

—¡Cierra el pico, Roger! ¡Mañana volverás a ver tu Mobylette!

Le siento en la camioneta y volvemos juntos.

Al llegar a la calle de la Grotte, sube al apartamento y se va derecho al cuarto de baño. Se queda allí dos horas.

—¿Qué le pasa a Roger?, pregunta Martine. ¿Ha hecho de las suyas?

Le cuento las peripecias de la tarde. La cosa no cae en buen momento, esa noche vamos a recibir a una invitada. En la mesa, Roger mira a nuestra amiga como un zombi, con los ojos fijos, y le pregunta su nombre sin parar.

—¿Cómo te llamas? ¿Cómo te llamas? Di, ¿cómo te llamas?

Nos pone los nervios de punta. Vuelve al cuarto de baño, pero no se le pasa en absoluto la borrachera. Enchufa a Julio Iglesias.

Mientras Martine y nuestra amiga acuestan a Églantine, estallo. Corro al cuarto de baño, descuelgo el espejo, vuelvo al salón y le planto el espejo delante de la cara:

—¡Mírate!

—No, no. No quiero, déjame en paz.

Le pongo el espejo delante de los ojos:

—¡Mírate, mierda, mírate a la cara!

—No, no. No tienes derecho a obligarme, no quiero verme…

Ya no puedo más con este tío. Me derrumbo. Voy a toda prisa al cuarto de baño, con el espejo en la mano. Allí, sentado en el borde de la bañera, lloro como un chiquillo. Me ha dejado vacío. ¡No sólo me agota, sino que es incapaz de dejarme tranquilo un segundo! Empuja la puerta. Pienso que voy a destripar a este tío, que soy el rey de los imbéciles por haber querido acoger a esta especie de bobo, que no me volverán a pillar en una embarcada como ésta, que es algo superior a mis fuerzas. Me levanto para plantarle el puño en

la cara cuando me coge en los brazos y me dice con una voz pastosa:

—Tim, tú eres el único que me quiere, y yo también te quiero.

Silencio.

Tengo la impresión de estar escuchando un mensaje que no va destinado a mí. Durante meses, me ha dado la matraca con el chantaje del suicidio con sus «Tú no me quieres», «¿Qué me das si dejo de drogarme?», «¡De todos modos, te importo un bledo!», etcétera. Ahora, me consuela con declaraciones de amor y besos húmedos.

De pronto, añade:

—¡Ven, hermano, vamos a verla!

Se levanta y sale disparado como si tuviera fuego en el trasero.

Sé muy bien a qué mujer quiere ir a ver Roger. Es su último cartucho. Se ha enamorado de la Virgen Coronada del santuario de Lourdes desde que le llevé a sus pies, completamente desanimado, la noche misma de su llegada. Yo estaba ya hasta las narices. Todo el día había enhebrado, una tras otra, las idioteces. Yo estaba al borde de la crisis.

Desde las nueve de la tarde hasta la una de la madrugada, habíamos enlazado idas y venidas a pie entre la gran estatua de la Virgen y el apartamento de la calle de la Grotte. Una especie de mini peregrinaciones sucesivas salpicadas de crisis. Yo no paraba de lanzar al cielo mis silenciosas y desesperadas señales de SOS:

—María, no puedo más, este tío me devora, me agota, me succiona, me vacía… Es hijo tuyo. No voy a poder soportarlo, Martine tenía razón. ¡Siempre hay que hacerle caso a la mujer! María, eres mi último recurso. ¡No me dejes solo, no dejes sólo a Roger!

Increíble pero cierto, a la una de la madrugada, Roger se arrodilló ante la estatua. Se había convertido.

Desde aquella memorable noche, era frecuente que Roger volviese sólo ante la Virgen. Se arrodillaba frente a su querida estatua, elevaba sus brazos de gigante hacia el cielo y lanzaba, en medio del gentío, sin ningún respeto por el público:

—¡Te amo, María, te voy a llevar conmigo! ¡Oh, te amo!

Volvía de esa limpieza mariana lavado, purificado, apaciguado. La oración parecía ser para él la mejor terapia durante sus crisis de

abstinencia.

Al día siguiente de la escapada salvaje con la Mobylette, al día siguiente de aquel 11 de febrero, festejamos a Nuestra Señora de Lourdes. Volvemos juntos al santuario con Martine y nuestra pequeña Églantine de pocos meses. Se ha reunido una muchedumbre para la gran procesión. Roger nos precede y se abre paso entre la multitud gritando:

—¡Venid, hermano y hermana, venid, seguidme!

El servicio de orden de los camilleros rodea la gruta en la que el obispo está recogiéndose. En absoluto intimidado, Roger suelta con su acento africano:

—Quiero ver al obispo enseguida, si no voy a montar un escándalo.

Los camilleros tratan en vano de hacerle callar.

—Yo quiero ver al obispo. He dicho: enseguida. Es muy importante…

Intrigado por el alboroto, el obispo se acerca, sin miedo. Roger le coge la mano. Sin una palabra, el gigante besa el anillo episcopal con devoción, como si fuera una reliquia.

Vuelve a casa, emocionado por esta visita. ¿Qué le ha ocurrido? Ya nunca será el mismo. Creo que Roger experimentó ese día una curación interior de numerosas heridas, gracias a la Virgen Coronada y a ese gesto del obispo que se acercó a él.

Roger se quedó con nosotros un año y medio, luego se fue a Montélimar. Nos telefoneaba de vez en cuando desde un café:

—Hola, hermano. ¿Qué tal está la Mamá? ¿Le ponéis flores? ¿Y el obispo qué tal está? Diles que les quiero.

Su corazón no podía aguantar más el sufrimiento. La droga le había carcomido el cuerpo. Roger murió poco después. Se reunió con su Madre del cielo que le tomó en los brazos y le llevó hasta el ardiente corazón de Dios.

Roger, mi hermano, fue nuestro primer «enviado».

Hoy soy un hombre feliz. No es eso lo que ayer pensaba. Doy gracias por este pasado. Me ha dado este presente, una imprevista vida de ternura.

Martine y yo tenemos cuatro hijos. Ha corrido mucha agua sobre el pedregoso lecho del Gave. He colgado mis guantes de boxeo para

cultivar miel. Es más pacífico.

Mi cuadrilátero es mi corazón. En cada uno de nosotros se desarrolla, en cada instante, el combate del amor.

He conocido a miles de jóvenes: en los colegios, en las prisiones, en los estadios…

Les cuento mi parábola preferida, la que me ha enseñado la vida: la oración del estiércol.

Para hacer crecer hermosas flores en un jardín hace falta estiércol. Es nuestro pasado. Dios se vale de él para hacemos crecer.

Cuando el cagajón sale del culo del caballo está demasiado caliente, es demasiado ácido y demasiado pesado. Apesta, da asco. Si lo extiendes inmediatamente sobre las flores y sobre las semillas, las quema y las aplasta.

Es preciso dejar reposar el estiércol, esperar a que seque, a que se descomponga lentamente. Con el tiempo se convierte en algo maleable, inodoro, ligero, fértil.

Entonces da las flores más bellas y los brotes más hermosos.

Dios se vale de nuestro pasado como si fuera estiércol para nuestras vidas. Para hacemos crecer.

Pero si dejas la cabeza en tu pasado, un pasado aún demasiado caliente, te asfixia.

Hay que dejarlo reposar.

Poco a poco, se descompone en nosotros lo que está mal por la acción del tiempo y de la gracia.

Hemos de amar lo que nos daba vergüenza y nos parecía innoble. Este estiércol se convertirá en fuente de fecundidad.

Nuestro pasado, nuestro sufrimiento, nuestros infiernos, nuestros gritos, son el aspecto que adquiere el canto en la lengua de los pobres.

No se puede ser hoy sin haber sido ayer.

Quienquiera que seas, cualesquiera que sean tus heridas y tu doloroso pasado, nunca olvides, en tu memoria magullada, que te espera una eternidad de amor.

SETENTA Y SIETE VECES SIETE

Me faltó un pelo para matar a mi padre. Sin hacerlo adrede.

Era en los comienzos de mi encuentro con Dios.

El padre Thomas Philippe empezaba a administrarme sus perfusiones de perdón, y yo me sentía raro. Aún no había abandonado todos mis hábitos belicosos.

Un sábado por la tarde, mientras pirateo con mi pandilla los bailes campesinos, decidimos terminar la noche en una sala de fiestas de la zona. Nada más cruzar la puerta, y una vez habituados los ojos a la penumbra, reconozco a dos de mis hermanastros en un rincón del bar. Como el recuerdo no es muy alegre, prefiero largarme. En el mismo momento en que me las piro, uno de mis amigos provoca, sin querer, una pelea. La trifulca degenera rápidamente. Se generaliza, enfrentando a los míos con el resto de la sala. Llueven golpes por todas partes.

En la oscuridad, no sé muy bien a quien pego. Mis golpes hacen daño, mi adversario retrocede. La pandilla rival se escabulle en coche. Al verles marchar siento un malestar indefinible. Esa noche no duermo bien.

Al día siguiente lo comprendo todo. He dado una paliza a mi padre. No se ha defendido. Le he partido la cara a ese mismo padre al que soñaba con matar, al que no he visto desde hace años. Me siento mal.

Si hubiera sido solamente unos meses antes, me habría sentido exultante. Sin embargo, en adelante rechazo esa hora tan deseada de la venganza.

El deseo de perdonarle llega un poco más tarde, gracias al regalo de

Frédéric. Sus cinco renglones a máquina me han abierto el corazón. Gracias a ellos, quiero volver a empezar mi vida desde cero: una vida edificada sobre el amor, no sobre el odio.

Gracias al regalo de Frédéric y a unas pocas palabras pronunciadas por una niña pequeña. Sylvie es una chiquilla de seis años. La conozco cuando van a internarla en la DDASS.[4]

Su padre, con una grave dependencia del alcohol, le pega. Sin embargo, ella no quiere abandonarle, tiene esperanza en él, tiene esperanzas para él. Un día me dice:

—Quiero quedarme con mi padre. Cuando no ha bebido es bueno.

Sus palabras me llegan al corazón. Dos años después, ese hombre se vuelve abstemio. La esperanza de su hija le ha salvado.

Gracias a Sylvie y a Frédéric, busco algo positivo en mi padre. Y lo encuentro. Me doy cuenta de que gracias a él me he convertido en campeón de boxeo. Le debo en parte la felicidad de la que hoy en día disfruto.

Un día me cruzo, en la ciudad, a una preciosa joven acompañada por un chico. Reconozco, dándome la vuelta, a mi hermanastra y a su hermano.

Decido abordar a esa chica que nunca fue mala conmigo cuando éramos niños. Me planto delante de ella y le pregunto sin reflexionar:

—¿Sabes quién soy?

Ella medita un momento y de pronto se vuelve hacia su hermano:

—Le reconozco, es el hijo de papá.

Me siento emocionado por la forma profundamente afectuosa con la que ha dicho la palabra papá. Si habla con tanto amor de ese hombre, no puede ser malo. Debe ser incluso un padre excelente con sus segundos hijos.

Me entero por casualidad de que solía lavar a mano mis pañales cuando era pequeño. ¡Mi padre me pegaba, pero me lavaba los pañales!

Así pues, regresé a la casa de mi padre. Como en la parábola del Evangelio. Vivía en un chalé, en la periferia norte de París. Llamé a

la puerta. Abrió él. Le reconocí, a pesar del tiempo. Su alta silueta aún no estaba encorvada. Me miró en silencio, sin sorpresa. No dijo frases del estilo de «Hombre, por fin estás aquí, después de tantos años», o «¡Lárgate de aquí, nunca he podido soportarte!», o incluso «Hijo querido, perdóname». No, no dijo nada.

Sus ojos hablaron por él.

Fui directo al grano, seguramente para dominar mis nervios:

—Me he convertido al cristianismo, te perdono. ¡Empezamos la vida poniendo el contador a cero!

Hice la estupidez de mi vida.

Me di cuenta inmediatamente de que se ponía rígido. Sus ojos se llenaron de brumas, su mirada oscureció. Se dobló, como si acabara de recibir un puñetazo en el estómago.

Acababa de volver a meter a ese hombre en su infernal pasado, un pasado del que trataba de huir desesperadamente. Yo no era más que un cabrón, un egoísta que, en el fondo, no pensaba más que en una sola cosa: procurarse alivio. Quería vivir el perdón para mí y únicamente para mí. Regalarme una flamante buena conciencia.

Mi padre no tuvo la suerte de tener una mujer como la mía ni amigos como los que a mí me han sido concedidos. Me he planteado con frecuencia la pregunta: ¿por qué? ¿Por qué tuve yo esa suerte y él no? Sin duda trataba de huir de las garras del remordimiento y de los horribles recuerdos de su indignidad. Trató de remediar lo que estaba en su mano, siendo un padre justo y bueno para sus otros hijos. Aún no podía perdonarse a sí mismo. Se juzgaba con toda la severidad de quien siente escrúpulos.

Y yo, me planto delante de él después de tantos años de ausencia y le arrojo mi perdón a la cara como un juicio y una condena.

El corazón puede conceder un perdón que la boca debe a veces retener.

En el Evangelio, Cristo no dice a la mujer adúltera que quieren lapidar los fariseos: «Yo te perdono tus noches de pecado». Se calla. Dibuja sobre la arena.

Me marché enseguida, lleno de remordimientos. Traté de colmar el vacío que nos separaba enviándole tarjetas postales. ¿Parece una estupidez, verdad…, cartas postales? Unas líneas para transmitirle

la dicha de vivir, un guiño cómplice aquí y allá, un instante de felicidad que compartía con él, así, al vuelo, según venía.

Después de algunos años, hubo más presente que pasado entre nosotros.

Supe entonces que podía aceptar mi perdón.

Un día, me enteré de que había dejado de beber. Para este gran alcohólico era un acto heroico. Empecé a admirarle.

Me enteré de la muerte de mi padre por casualidad. En 1990.

Me cruzo en la calle con uno de mis tíos y su hijo. El hombre me reconoce. Se me acerca:

—Eh, Tim, debes de sentirte feliz.

—Feliz…, sí. ¿Por qué me lo dices?

—¿Sabes que ha muerto el cabrón de tu padre?

Directo en la boca del estómago. Se me corta la respiración. Silencio. Desgarro.

—… No… ¿Hace tiempo?

—Tres meses escasos.

Mi primo es buena persona. Sabe lo que me hizo mi padre. Añade:

—Menudo cabrón…

No le guardo rencor a mi primo. No sabe que Dios ha entrado en mi vida y que lo ha conmocionado todo, de arriba abajo. Sin embargo, sí que se lo guardo a Dios por robarme a mi padre sin miramientos.

Por robarme a mi padre, a mi abuelo, a mi suegro y al padre Thomas. Todos ellos, muertos, en muy poco tiempo. Es mucho. Dios me planteó la cosa al por mayor.

Dos años antes, la mañana de mi cumpleaños, suena el teléfono en casa. Otro tío, un hermano de mi madre, llama:

—Tengo que verte, he de decirte algo… Algo importante… Preferiría que nos viéramos a solas, en privado…

Nos citamos en Lourdes, un poco después. A la hora señalada, bajo a la ciudad. Me encuentro con él, que viene con su mujer.

—A tu abuelo han tenido que amputarle la única pierna que le quedaba…

Yo acuso el golpe. Y él remata:

—Empezó con problemas de gangrena, los médicos no han podido hacer nada… Ha muerto.

Intento permanecer impasible, pero el pensamiento desgarrador de no volver a ver en este mundo a ese abuelo al que tanto quería me arranca un gemido.

El tío suelta a su compañera:

—Lo ves, sabía que significaría algo para él…

Les doy la espalda, retomo el camino de la montaña y lloro largo tiempo mientras acaricio el tronco de los árboles.

Vuelvo conmocionado a la granja. Martine me dice:

—¿Quieres que retrasemos hasta mañana tu cena de cumpleaños?

—No, la vida es así. Os quiero. Haremos nuestra fiesta.

Por la tarde, vuelvo a la ciudad y compro regalos para todo el mundo. Aparto la mordedura del odio que acarrea más odio que acarrea más odio… Es preciso romper este círculo vicioso a toda costa.

Mi fiesta de cumpleaños dura hasta bien avanzada la noche. He convertido este presente del odio en felicidad para los demás.

Mi padre Thomas, murió el 4 de febrero de 1993. Tenía 87 años. Murió como había vivido. Y vivió tal como predicaba. Se volvió pobre, muy humilde, él que tan a menudo había enseñado la particular presencia de Dios a quienes sufren y viven angustiados.

Dos años antes se había visto obligado a abandonar su querida Arca. Ya no era capaz de contener las riadas de personas que acudían a la granja para recibir sus consejos, confesarse y percibir el amor del Señor a través de su compasión. Cuando supe que mi buen padre Thomas se había reunido con su Señor, lloré de nuevo.

—La bendición de las lágrimas nos hace pequeños, enternece nuestro corazón y borra todo lo que en él pueda ser duro y cerrado, decía. Al buen Dios le gusta el silencio respecto de los demás, pero también le gusta que, como los más pequeños, dejemos fluir nuestras lágrimas junto a él…

El perdón no es una varita mágica.

Existe un querer perdonar y un poder perdonar: a veces se quiere perdonar pero no se puede. Cuando se puede, cuando por fin la cabeza y el corazón terminan poniéndose de acuerdo, queda el

recuerdo, esas cosas dolorosas que suben a la superficie, que perturban y reavivan el odio. Es el perdón de la memoria. No es precisamente el más sencillo. Exige mucho tiempo.

Durante diez años, le he venido preguntando todas las mañanas a Martine: «¿Me quieres?». No podía creer en su amor. Mi curación se ha producido en el largo plazo. Sí, se necesita tiempo. He tenido la suerte de encontrar a personas auténticas. Me han querido, aceptando la huella de mi pasado. Se atrevieron a admitir mi diferencia, mis sobresaltos de hombre herido. Escucharon mi sufrimiento, y me siguieron amando después de las tormentas. Ahora tengo conciencia de haber recibido.

El pasado se despierta por efecto de un sonido, de una palabra, de un olor, de un ruido, de un gesto, de un lugar apenas entrevisto… Basta una nada para que surjan los recuerdos. Me zarandean, me desgarran. Me recuerdan que aún tengo la sensibilidad a flor de piel. Aún me duele. Quizás nunca me apacigüe del todo. Sin duda deberé renovar mi perdón, una y otra vez. ¿Es éste el «setenta y siete veces siete» del que hablaba Jesús?

Perdonar no es olvidar. Es aceptar vivir en paz con la ofensa. Es difícil cuando la herida ha atravesado el ser entero hasta marcar el cuerpo como un tatuaje letal. Recientemente he debido sufrir una operación en las piernas: los golpes de mi padre provocaron algunos estropicios físicos irreparables. El dolor se despierta con frecuencia, y con él, la memoria.

Para perdonar, es preciso recordar. No hay que esconder la herida, enterrarla, sino, al contrario, exponerla al aire, a la luz del día. Una herida escondida se infecta y destila su veneno. Es preciso que se la vea, que se la escuche, para poder convertirse en fuente de vida.

Yo doy fe de que no hay herida que no pueda ir cicatrizando lentamente gracias al amor.

Hasta la edad de 16 años, soñé furiosamente que mi madre venía a recogerme. Después acepté la intolerable idea de haber sido abandonado por quien me llevó en su vientre. Entonces decidí que sería mejor que no la volviese a ver jamás.

Y sin embargo, sucedió. De improviso. Fue después de mi boda. Una tía me había invitado a una reunión de familia sin decirme que allí me encontraría con mi madre. Me encontré de pronto frente a

una mujer morena, joven y bella.

No hizo un solo gesto al verme. Ni una mueca.

Me acerqué a ella y le dije:

—Mi único sueño es que me des un beso…

Se echó hacia atrás imperceptiblemente.

—… o tu mano sobre mi hombro, si lo prefieres. Un solo gesto. Eso bastará…

Ella mantuvo las distancias y respondió:

—Eres como tu padre… ¡El honor, nada más que el honor!

Esperé durante algunos segundos un gesto que no habría de llegar. Me largué de allí. Iba a salir cuando mi madre me cogió en el rellano. Me preguntó:

—¿Has perdonado a tu padre?

—Sí le he perdonado.

Ella se encerró en sí misma. Su rostro quedó crispado, duro. Sin duda, no podía aceptar que hubiera perdonado a ese hombre que me había quebrado el cuerpo. No admitía que los pusiese a los dos en un mismo plano de perdón. Me soltó:

—Sí, eres como tu padre. Serás un mal marido y un mal padre…

Hay palabras más violentas que los puñetazos. Las palabras del veneno de la desesperanza, de la fatalidad. Mi madre no medía el alcance de su afirmación.

Fue preciso otra mujer, Martine, mi esposa, para poder purgar este veneno mortal. Ella me cuidó con una paciencia de ángel, día tras día.

Gracias a Martine, hoy puedo decir esto que parece impensable: la felicidad que recibo de nuestros cuatro hijos, también se la debo a mi madre. Ella es quien me ha dado la vida, ese inestimable tesoro.

Hoy lucho para ser un buen padre, un buen marido y un buen hijo… de Dios Padre.

Mis hijos se han convertido en mis raíces. Junto a ellos, el hombre herido que soy ha obtenido curación. Cuando me llaman papaíto siento que me recorre la espina dorsal un delicioso escalofrío. Es una emoción exquisita. No quiero acostumbrarme a que me llamen papaíto. Es la cosa más hermosa del mundo. Me acuerdo de todos esos «papaíto» que me faltaron. Doy gracias. Y confío a Dios Padre a

todos los niños que no tienen a nadie a quien decir «papaíto».

TIM GUÉNARD nacido en 1958, está casado y es padre de cuatro hijos. Apicultor y auxiliar del *tour* de Francia, vive en el sudeste francés, cerca de Lourdes, lugar en el que acoge, junto con su mujer, a personas con dificultades. Desde hace años, su testimonio está ayudando a denunciar las carencias de amor y la violencia que padecen los jóvenes de hoy en día.

Notas

[1] Célebre dueño de unos grandes almacenes, convertido en sinónimo de interés material y éxito en los negocios. (*N. del t.*) <<

[2] Marca de motocicletas italiana. (*N. del t.*) <<

[3] El padre Thomas Philippe
(1905-1993),
ordenado sacerdote a la edad de veinticuatro años, pertenecía a la familia religiosa de los dominicos. En 1963, este eminente teólogo y gran místico fue, junto con Jean Vanier, uno de los primeros fundadores del Arca en Trosly-Breuil. Los vecinos del pueblo le llamaban «el Padre Blanco», porque con su hábito blanco de dominico iba en bicicleta a visitar a los enfermos y a los necesitados. (*N. del ed.*) <<

[4] La Diréction Départementale
d'Action
Sanitaire et Sociale, organismo que se encarga en Francia de la protección de la infancia y de la política sanitaria y social en las provincias. (*N. del t.*) <<